



El Programa de Transición

León Trotsky

ePUB

En la amplia producción teórica de León Trotsky *El programa de transición*, escrito en 1938, ocupa un lugar esencial. Escrito en el fragor de la batalla por edificar una nueva dirección revolucionaria, pretende construir un puente natural entre las reivindicaciones inmediatas de la clase trabajadora, en un periodo de aguda crisis del capitalismo, y las tareas estratégicas de la revolución socialista. Como señala el propio Trotsky, la necesidad de este programa surge de la principal contradicción que se produce en la época de decadencia del capitalismo monopolista: la que se da entre la madurez de las condiciones objetivas para la transformación socialista de la sociedad —derivada de la crisis general del sistema y de la movilización general de las masas oprimidas que pone en el orden del día la cuestión del poder—, y de la inmadurez de las condiciones subjetivas para asegurar la victoria revolucionaria, esto es, la ausencia de una dirección marxista del proletariado.



Leon Trotsky

El programa de transición

La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional

ePub r1.0

Titivillus 24.07.18

Leon Trotsky, 1938

Traducción: Julio Rodríguez Arambarri & Javier Maestro

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Introducción a la edición española de ***El programa de transición***

Alan Woods

Confucio escribió: «Hay tres cosas que no se pueden ocultar: el sol, la luna y la verdad». La decisión de la Fundación Federico Engels de publicar *El programa de transición* de Trotsky no podría ser más oportuna. Han pasado veinte años desde la caída del Muro de Berlín y del subsiguiente colapso de la Unión Soviética. En aquel momento, mucha gente pensó que el Comunismo y el Socialismo habían muerto.

La burguesía estaba eufórica. Hablaba del «fin de la historia» y predijo un maravilloso futuro de paz y prosperidad sobre las bases de la «economía de libre mercado». Ahora, sólo dos décadas más tarde, todos los sueños de la burguesía y los defensores del capitalismo yacen en ruinas y las ideas del socialismo y del marxismo, una vez más, están en el orden del día.

Lo que falló en la Unión Soviética no fue el socialismo o el comunismo, sino una caricatura burocrática y totalitaria que surgió sobre las bases del aislamiento de la Revolución Rusa en condiciones de extremo atraso material y cultural. La degeneración burocrática de la Revolución Rusa provocó el ascenso de la monstruosa dictadura de Stalin. Como resultado, las genuinas ideas del marxismo revolucionario estuvieron marginadas en el seno del movimiento obrero durante décadas.

Ya en 1938 todos los colaboradores de Lenin habían sido asesinados tras los monstruosos juicios farsa organizados por Stalin y la burocracia, cuyos

intereses él representaba. Como cualquier criminal, los usurpadores no querían dejar tras de sí ningún testigo. Sólo un hombre permaneció firme y levantó su valiente voz contra los crímenes de Stalin, en defensa de las tradiciones reales del leninismo y de la Revolución de Octubre: las tradiciones de la democracia obrera y el internacionalismo socialista.

Trotsky y sus seguidores de la Oposición de Izquierdas, después de ser expulsados de la Unión Soviética, intentaron reformar los Partidos comunistas y la internacional comunista y devolverles a las ideas y programa de Lenin. Trotsky esperaba que la victoria de Hitler en 1933 —el resultado directo de la política de Stalin— provocase un fermento en el seno de los Partidos Comunistas internacionalmente. Pero la degeneración estalinista de la Komintern había llegado ya demasiado lejos. Los estalinistas declararon que la victoria de los nazis sería breve y lanzaron la increíble consigna de «¡Después de Hitler, nuestro turno!». El Partido Comunista más grande del mundo fuera de la URSS fue aniquilado, e igual destino sufrieron los socialdemócratas y los sindicatos.

Después de la experiencia alemana, Trotsky llegó a la conclusión de que la internacional Comunista había seguido el camino de la Segunda Internacional (socialista) y que estaba acabada como herramienta para la transformación revolucionaria de la sociedad. Consciente de que una nueva guerra mundial era inevitable, Trotsky proclamó la necesidad de una nueva bandera, un nuevo programa y una nueva Internacional. Escribió *El programa de transición* como el programa para el Congreso Fundacional de la Cuarta Internacional dos años antes del estallido de la guerra.

En aquel contexto, las fuerzas de los trotskistas (bolcheviques leninistas) eran minúsculas, aisladas y sometidas a la persecución más feroz. En Alemania sus seguidores estaban en las prisiones de la Gestapo, en la URSS en los campos de concentración de Stalin y en el Estado español en las cárceles de la GPU. El objetivo primordial de Trotsky en *El programa de transición* fue superar el aislamiento de las fuerzas de la joven organización y construir un puente hacia los trabajadores en lucha.

Las reivindicaciones elaboradas por Trotsky no caían del cielo, hundían sus raíces en el programa y la política de Lenin y del Partido Bolchevique, y son la esencia destilada de los documentos programáticos de los primeros

cuatro congresos de la Internacional Comunista, muchos de los cuales fueron escritos por el mismo Trotsky. Aquí tenemos el resumen de las ideas, programa y método del socialismo científico, elaborados en primer lugar por Marx y Engels hace más de 150 años en *El Manifiesto Comunista*.

Existe una clara línea de continuidad en estas ideas. Puede que haya cambiado uno u otro detalle, pero en esencia las ideas del marxismo hoy son tan válidas como en 1938 o 1848. Por contraste, los economistas y políticos burgueses se avergonzarían de publicar hoy de nuevo lo que escribieron hace dieciocho meses.

INTENSIFICACIÓN DE LA EXPLOTACIÓN

Durante décadas los economistas burgueses han sostenido que Marx falló en sus pronósticos y análisis y que las crisis eran algo del pasado. Pero los acontecimientos han demostrado la falsedad de las predicciones de los economistas burgueses. Ahora la crisis económica mundial plantea a quemarropa la cuestión del socialismo, mientras la clase dominante se desliza hacia la catástrofe con los ojos cerrados.

El prolongado *boom* en EEUU parecía ofrecer la posibilidad de soluciones individuales: trabajando duro, con horas extras, etc. Pero el comienzo de la recesión ha destruido esta burbuja y está empujando a la población a cuestionar el sistema existente. En realidad, este cuestionamiento del capitalismo ya ha comenzado, se intensificará en el período turbulento que está por venir y cuando la clase obrera comience a moverse, el ambiente cambiará rápidamente.

En el Estado español y en otros países el *boom* económico no proporcionó beneficios reales para la mayoría de los trabajadores. Los niveles de vida subieron en términos relativos pero sólo sobre la base de una intensificación de la explotación, el trabajo precario, largas jornadas y horas extraordinarias. El aumento de la presión sobre todos los trabajadores, incluidos los trabajadores de cuello blanco, como los profesores, que en el pasado eran considerados capas privilegiadas, se extendió. En todas partes el

endeudamiento aumentó enormemente. Así no es de extrañar que la proporción de los salarios en la renta nacional éste en todos los países en su nivel más bajo de los últimos cuarenta años, mientras que la proporción dedicada a los beneficios ha alcanzado un nivel más alto.

Este hecho es particularmente cierto en el Estado español donde la febril especulación inmobiliaria alcanzó niveles sin precedentes. El consiguiente *boom* del sector de la construcción estuvo acompañado de un horrible aumento de los accidentes de trabajo al tiempo que los beneficios de los empresarios se dispararon. Ahora todo ha colapsado dejando a la economía del Estado español más expuesta que en cualquier otro país en Europa. Dialécticamente, todo se ha vuelto en su contrario. Este acontecimiento tendrá un gran impacto en la conciencia de la clase obrera en el próximo período.

Los economistas burgueses consideran el ciclo comercial como la expresión de la expansión y la contracción del crédito. Constantemente hablan de la «sequía del crédito». Sin embargo, la escasez de crédito en realidad es sólo otro síntoma del ciclo *boom*-recesión, no su causa. La causa real de la crisis es la rebelión de las fuerzas productivas contra la propiedad privada y el Estado nacional, que constituyen las verdaderas barreras que impiden el desarrollo del progreso humano.

Después de todos los discursos desafiantes sobre la superioridad de la economía de mercado, la realidad es que para la raza humana el capitalismo ha fracasado. A pesar de todos los avances de la ciencia y la tecnología, en la primera década del siglo XXI, la mayoría de la humanidad vive al borde del hambre. Millones de personas tiene escaso o ningún acceso a los servicios públicos, como el suministro de agua potable, carreteras, sanidad y educación. Y, no obstante, sólo con el dinero gastado en el rescate de los bancos sería *suficiente para resolver el problema de la pobreza mundial durante cincuenta años*.

La pobreza no se limita a lo que con frecuencia se conoce como el «Tercer Mundo». Con una población de 301 millones de personas, EEUU es el país más rico del mundo. Pero en este país 28 millones de personas (un 9,3 por ciento de la población total) depende de los cupones de comida para alimentarse ellos y sus familias, es decir, sólo para sobrevivir. El programa de

cupones de comida fue introducido en la década de los años sesenta y nunca había alcanzado el nivel actual. El número real de receptores de cupones de comida ha aumentado respecto a los 26,5 millones que había en 2007.

La tasa total de desempleo en EEUU supera ya el seis por ciento. Muchos norteamericanos corrientes están perdiendo sus empleos, el ritmo de destrucción de empleo se está acelerando y todo esto va acompañado de un incremento rápido de los precios. Además, esta situación se produce antes de que la crisis realmente haya comenzado a golpear. Como escribía alguien recientemente, las cosas están mal en Wall Street, pero están aún peor en cada una de las calles habitadas por la clase obrera estadounidense.

Tomemos como ejemplo el estado de Michigan. Durante los últimos años este estado ha vivido el colapso de su base industrial, en particular la producción de automóviles, con el resultado de que uno de cada ocho habitantes de ese estado depende de los cupones de comida. ¡Esta cifra es dos veces más alta que la que existía en el año 2000! En otros cuarenta estados han aumentado las solicitudes de cupones.

La crisis del capitalismo significa que, en todas partes, la burguesía quiere situar toda la carga de la misma sobre los hombros de la gente que menos puede permitirse pagarla: los trabajadores, la clase media, los parados, los ancianos y los enfermos. *El programa de transición* adquiere, por tanto, una relevancia extraordinaria en la situación actual.

LA LUCHA POR LAS REFORMAS

Nuestra tarea es conquistar el poder. Pero antes de que conquistemos el poder primero es necesario conquistar a las masas. Durante ese largo período de trabajo preparatorio y de organización es necesaria la propaganda, la formación y la agitación. La construcción del partido revolucionario sería una tarea sencilla si bastase sólo con su proclamación. Para llegar a las masas con nuestras ideas debemos explicar la situación tal como es, no como nos gustaría que fuese. Nuestro punto de partida debe ser el nivel real de la conciencia de los trabajadores, que no es revolucionaria en todos los

momentos y lugares.

Debemos construir un puente hacia las masas, basándonos en sus preocupaciones y aspiraciones reales. El problema central es: ¿cómo relacionar el programa acabado y científico del marxismo con el movimiento necesariamente inacabado y poco claro de los trabajadores? A menos que seamos capaces de responder a esta pregunta nos pondremos al nivel de una secta. Trotsky en *El programa de transición* elaboró parte de la solución de este problema. En él encontramos una propuesta concreta de reivindicaciones socialistas que ofrecen una alternativa práctica al programa del reformismo.

La diferencia entre los revolucionarios y los reformistas no es que los primeros no luchen por las reformas. Todo lo contrario, los marxistas siempre han estado en primera línea de la lucha por las reformas y mejoras de los niveles de vida, los salarios y condiciones de las masas. La revolución socialista sería impensable sin la lucha cotidiana para avanzar bajo el capitalismo. Sólo a través de estas luchas las masas pueden adquirir la experiencia, cohesión y organización necesarias para cambiar la sociedad.

Nuestra crítica a los reformistas no es que luchen por las reformas sino que no luchan con la suficiente determinación y energía. De hecho, en las condiciones modernas, el reformismo no significa reformas sino, al contrario, representa contrarreformas. En cada país todos los gobiernos, ya sean socialdemócratas o conservadores, de «izquierda» o derecha, están aplicando la misma política de recortes y reducciones de los niveles de vida.

La razón de esto no es la incompetencia o mala fe de los políticos individuales. Es una ley, o aplicas una política socialista y defiendes los intereses de los trabajadores, campesinos y pobres, o aceptas el sistema capitalista, en cuyo caso estarás obligado a llevar a cabo una política en interés de los terratenientes, banqueros y capitalistas. No hay un camino intermedio.

NACIONALIZACIONES

En el pasado los socialdemócratas representaban las reformas. En los

períodos de avance del capitalismo europeo (por ejemplo los períodos anteriores a la Primera Guerra Mundial y después de la Segunda Guerra Mundial), la burguesía podía permitirse ciertas concesiones. Pero ahora habrá que luchar duramente por cada reforma. La burguesía sólo estará dispuesta a conceder reformas significativas cuando tema perderlo todo. En este sentido, en el período actual, las reformas sólo son un subproducto de la lucha revolucionaria por el cambio de sociedad. Al mismo tiempo la lucha por las reformas actúa como una escuela preparatoria de la revolución.

La lucha contra el desempleo, contra los cierres de fábricas, por mejores salarios y condiciones de vida, inevitablemente traerá a la mente de los trabajadores la pregunta central: ¿quién controla la sociedad? En las condiciones actuales, cada lucha por reformas, si se persigue consistentemente, llevará inevitablemente a desafiar la sociedad existente y las relaciones de propiedad actuales.

En las últimas tres décadas (el denominado período neoliberal) existió una tendencia hacia la privatización, pero ahora todo oscila hacia la estatalización. Resulta irónico que suceda esto cuando los dirigentes de la socialdemocracia y los antiguos comunistas han abandonado la nacionalización. Ahora incluso George Bush se ha visto obligado a nacionalizar bancos. Este detalle pone en evidencia la mentalidad retrógrada de los dirigentes reformistas que han olvidado todo y no han aprendido nada.

Naturalmente este tipo de nacionalización no tiene nada en común con la nacionalización socialista. Es una especie de capitalismo de estado diseñado para proteger los intereses de los banqueros y capitalistas. Nosotros defendemos la expropiación de la tierra, los bancos y las grandes empresas bajo el control y administración democrática de la clase obrera. La cuestión de la compensación no es una cuestión de principios, pero estamos radicalmente en contra de que el Estado pague sumas exorbitantes ya sea en concepto de rescate o para comprar bancos y empresas arruinadas por sus propietarios. En el mejor de los casos estaríamos dispuestos a considerar una compensación limitada para los pequeños inversores (pensionistas y demás) sólo sobre la base de la necesidad comprobada.

A menudo se ha objetado que la nacionalización enajenaría a la clase media. Esto es totalmente falso. Los bancos y los grandes monopolios son los

que están arruinando a la clase media. Los bancos se niegan a dar crédito o dinero a las pequeñas empresas ni conceden hipotecas a los compradores de viviendas. Los grandes monopolios de la alimentación exprimen a los campesinos y ofrecen precios ridículos por sus productos. Debemos señalar a la clase media que la nacionalización de los bancos, los monopolios, bajo el control de la clase trabajadora, y la eliminación de toda una serie de intermediarios, significarán crédito barato y costes más bajos.

En última instancia, sólo será posible resolver las contradicciones más apremiantes de la sociedad mediante la introducción de una economía socialista planificada donde los medios de producción sean propiedad común de la sociedad y todas las decisiones clave que afectan a las vidas de las personas se tomen de una manera democrática, en interés de la sociedad en general y no para el beneficio insultante de unos pocos ricos.

LOS SINDICATOS

Diferentes países tienen distintas tradiciones que afectan a la forma en que se mueven los trabajadores. En los países del norte de Europa los trabajadores en general se movilizan más lentamente que en el sur, pero tienen una organización más fuerte. Los trabajadores latinos tienen una tradición insurreccional y se mueven más rápido, pero no tienen las mismas tradiciones organizativas que sus hermanos y hermanas del norte de Europa.

Aunque los sindicatos en el Estado español tienen una larga historia, las actuales organizaciones sindicales (UGT y CCOO) surgieron de la lucha revolucionaria contra la dictadura de Franco. Esta tradición revolucionaria nunca debe olvidarse: los trabajadores hicieron sacrificios extraordinarios para crear sus organizaciones de masas y no las abandonarán fácilmente. Pero en el período decisivo de la lucha de los años setenta, los dirigentes tanto de los sindicatos como de los partidos políticos de los trabajadores (PSOE y PCE) no tenían la perspectiva de derrocar el capitalismo. Utilizaron toda su autoridad e influencia para desviar la lucha revolucionaria de las masas hacia el camino «democrático». El resultado fue el aborto de la llamada Transición,

el fraude del siglo.

La aparente inercia y apatía de los trabajadores en el último período en gran parte fue el resultado de este fraude. Una causa fundamental del problema de las tres décadas pasadas ha sido la conducta de los dirigentes sindicales, tanto de UGT como de CCOO, que desmoralizaron a una parte importante de los viejos activistas. No obstante, cuando han proporcionado incluso un amago de dirección, una referencia de lucha, los trabajadores han respondido. Cada vez que los dirigentes sindicales, debido a la presión desde abajo, han convocado huelgas generales y manifestaciones, los trabajadores han participado de manera entusiasta. Pero los dirigentes ven estas demostraciones como una forma de soltar vapor o, en el mejor de los casos, como un medio de presión. Una vez han pasado las huelgas y manifestaciones, regresan a su política de colaboración de clase.

La máquina burocrática de los sindicatos aún funciona y es un arma poderosa en manos de los dirigentes sindicales reformistas. Estos últimos no quieren huelgas ni alborotos. Quieren lo que todos los burócratas quieren: una vida tranquila. Pero en las condiciones actuales no tendrán garantizada una vida tranquila. Temporalmente, pueden tener éxito en contener a las masas. Después de todo, ésa es la función que les ha asignado la clase dominante y los tolera en la medida que ellos cumplen ese papel. Pero no pueden contener a las masas para siempre y, cuanto más lo hagan, más violenta será la explosión cuando ésta llegue. Y llegará.

En la actualidad el número de huelgas no es grande. Eso es lógico. El rápido aumento del desempleo crea un ambiente de temor e incertidumbre. Los dirigentes sindicales no ofrecen una alternativa. Pero esta situación no durará eternamente. Entre los trabajadores se extenderá la idea: «Esto es intolerable. *Debemos hacer algo*». El movimiento puede comenzar con pequeñas huelgas que escapen al control del aparato burocrático. Los trabajadores tratarán de contactar con trabajadores de otras zonas. Crecerá el movimiento desde la base. Ya lo vimos en los años ochenta con la extensión de la denominada «indisciplina sindical». Puede darse un movimiento hacia las ocupaciones de fábrica para evitar los cierres.

Allí donde los sindicatos se convierten en obstáculos en el camino de los trabajadores, pueden florecer todo tipo de comités de base con fines

específicos. Debemos participar en ellos y, donde sea posible, tomar la iniciativa de crearlos. Pero siempre es necesario vincularlos con los propios sindicatos. Bajo ninguna circunstancia estas organizaciones para fines específicos pueden sustituir a los sindicatos o actuar como un sustituto de ellos. Los esfuerzos de las sectas de contraponer los comités de base a los sindicatos siempre han llevado al desastre. Lucharemos por la transformación de los sindicatos en genuinos órganos de combate de la clase trabajadora, mientras se toman iniciativas para la creación de comités de lucha y control obrero. Vincularemos esto, a su vez, a la reivindicación de la expropiación de los bancos y las grandes industrias.

A largo plazo no hay sustituto para luchar por la transformación de los sindicatos. El ambiente cambiará de manera gradual, creando las condiciones para una oposición seria dentro de los sindicatos, incluso en los más burocráticos y derechistas. Nos oponemos implacablemente a la escisión de los sindicatos o creación de sindicatos «revolucionarios» minúsculos y aislados de la clase trabajadora. Al principio el ambiente de oposición no se verá en los congresos sindicales oficiales, que están manipulados por la burocracia y no son una expresión fiel del ambiente en las fábricas. Pero tarde o temprano, cuando la clase entre en acción, el ambiente de oposición crecerá y encontrará una expresión.

La idea tan querida por los dirigentes sindicales reformistas, de un sindicalismo no combativo, no político y de colaboración de clases, basado en los «servicios», ahora es totalmente inadecuada para satisfacer las necesidades de la situación. Las condiciones no permiten a los trabajadores quedarse sentados con los brazos cruzados. En el pasado era posible obtener concesiones sin luchar. Pero hoy no es así. Habrá que luchar por cada reivindicación, no importa lo modesta que sea.

Los dirigentes sindicales pensaban que si moderaban sus reivindicaciones obtendrían concesiones. Esto era incorrecto incluso antes de la crisis ya que toda la experiencia pasada demuestra que la debilidad invita a la agresión. Pero con la llegada de la crisis ahora es totalmente imposible. Sobre la mesa no hay concesiones y los sindicatos sólo pueden defender los niveles de vida a través de una lucha seria. Los dirigentes se resistirán a esto en la medida de lo posible. Pero les será imposible convencer a sus militantes de que

modifiquen sus objetivos o contenerles durante mucho tiempo. Se preparará el escenario para el fermento y las crisis dentro de los sindicatos.

Debemos tener en cuenta que las cosas siempre se mueven de una manera contradictoria, de manera dialéctica, no en línea recta. En una crisis los trabajadores más atrasados y «apolíticos» algunas veces pueden saltar sobre la cabeza de las capas más avanzadas, con mucha frecuencia se puede ver esta situación en las huelgas. Puede haber muchas sorpresas. Durante la huelga general revolucionaria de 1968 en Francia, la CFDT, el sindicato derechista cristiano, estuvo más a la izquierda que la CGT. En el Estado español podrían desarrollarse acontecimientos similares.

Ahora existe una actitud más seria, según los trabajadores comienzan a comprender el alcance real de la crisis. En el período pasado nadamos contra la corriente. Ahora comenzamos a nadar a favor de la marea de la historia. Podemos esperar cambios bruscos y repentinos en la situación. En estas condiciones, incluso un pequeño grupo de sindicalistas revolucionarios que saben lo que quieren y cómo conseguirlo, puede tener un efecto mucho mayor de lo que sugiere su número real de militantes. Es necesario ser audaces, pero sin denuncias estridentes ni tácticas ultraizquierdistas que sólo sirven para granjearse la antipatía del activista sindical corriente.

Nuestra tarea es explicar pacientemente, mientras participamos activamente en cada lucha de los trabajadores. Los días del sindicalismo no político se han terminado. En condiciones de crisis capitalista, cada lucha seria plantea cuestiones políticas: la actitud del gobierno, la ley, el comportamiento de la policía, los derechos de los trabajadores, etc. Utilizando hábilmente los métodos y un lenguaje que los trabajadores puedan comprender, debemos explicar los fundamentos del programa socialista —la política— en las discusiones que se produzcan en el centro de trabajo. Apoyándonos en las condiciones existentes de comprensión, debemos ayudar a la clase a sacar las conclusiones correctas y elevar su conciencia al nivel planteado por la historia.

REIVINDICACIONES DEMOCRÁTICAS

La burguesía española siempre ha sido una clase dominante particularmente violenta y reaccionaria. Mientras vivía con temor al movimiento revolucionario de los trabajadores, se vio obligada a ocultar sus características repulsivas debajo de la máscara de la pseudodemocracia. Incluso esta «democracia» tiene un carácter limitado y distorsionado. Y según se profundice la crisis y desarrolle la lucha de clases habrá nuevos ataques a los derechos democráticos.

Los marxistas siempre defendemos cada una de las reivindicaciones democráticas en la medida que aún tienen un contenido progresista. El comienzo de la crisis significa que aquellos derechos democráticos que fueron conquistados por la clase obrera en el pasado están amenazados. No es casualidad que incluso antes del inicio de la crisis, partidos de derechas como el Partido Popular, que aún tiene en sus filas a no pocos viejos miembros de la Falange fascista, comenzase a utilizar un lenguaje de la época de Franco en sus ataques contra la izquierda.

El jefe del Estado, el rey, nunca ha sido elegido sino que fue nombrado por el dictador Franco sobre la base de un juramento de lealtad a los principios fascistas del Movimiento. Dejamos a los reformistas que nos expliquen de qué manera esto es compatible con la verdadera democracia. Nosotros defendemos la abolición de la monarquía. No obstante, la lucha por una república democrática, si es seria, significa una lucha contra toda la basura acumulada del pasado, incluyendo los repugnantes privilegios de la iglesia católica. Ésta, a su vez, está inseparablemente unida al capital.

Los capitalistas, terratenientes y banqueros españoles forman un bloque reaccionario que busca apoyo en la Monarquía, la Iglesia, el ejército, la policía y la guardia civil, en resumen, en la totalidad del viejo aparato de Estado que fue heredado de Franco. Es imposible tocar una parte de este edificio sin amenazar con acabar con toda la estructura, por eso en España la consigna de una república burguesa no tiene la más mínima base.

Una lucha seria contra la Monarquía sólo puede realizarse a través de la abolición de la dictadura de los bancos y los grandes monopolios. Una República sólo puede realizarse como un subproducto de la lucha por el socialismo. Los trabajadores en el Estado español nunca deben de olvidar que el intento de los reformistas y estalinistas de limitar la revolución a la defensa

de la República burguesa llevó a una terrible derrota y 40 años de dictadura franquista. Nuestra bandera no es la tricolor de la República burguesa, sino la bandera roja de la Revolución Socialista. Nuestra consigna no es la República burguesa, tan querida por la pequeña burguesía radical y por los impotentes nostálgicos, sino una República obrera en la que la tierra, los bancos y las industrias estarán en las manos de los obreros y los campesinos pobres.

La iglesia católica, a la que aún se la permite ejercer un dominio completo en las escuelas privadas, al tiempo que vergonzosamente se llena los bolsillos con el dinero del Estado, está llevando a cabo una campaña reaccionaria, con manifestaciones masivas contra el gobierno socialista bajo la bandera de grupos de presión «pro vida», contra el aborto, los derechos de los homosexuales, etc. En ningún otro lugar es tan urgente como en el Estado español la reivindicación democrática de la separación total de la iglesia y el Estado.

Pero la separación de la iglesia y el Estado no es suficiente. La propiedad de la Iglesia, que es una parte importante del Capital en el Estado español, y que ha sido pagado con las donaciones generosas del contribuyente, debería ser expropiada y utilizada para ayudar a los pobres a construir nuevas casas, escuelas y hospitales. Esta medida está totalmente de acuerdo con la filosofía original del fundador de la cristiandad. No significa la prohibición de la religión o la limitación del derecho a rendir culto (o el derecho a *no* rendir culto), sólo que aquellos que deseen inculcar nociones religiosas en las cabezas de sus hijos deben hacerlo fuera de las escuelas y exclusivamente con el dinero pagado por los donativos voluntarios de los fieles.

SOCIALISMO UTÓPICO

El carácter fundamental del período actual es su inestabilidad extrema y universal. Éste se expresa más claramente en la enorme volatilidad y la inquietud de la pequeña burguesía, especialmente la juventud de clase media. Para nosotros esto es muy importante, por supuesto, pero su importancia es sintomática, más que cualquier otra cosa. Los fenómenos que parecen no

tener relación y en efecto son contradictorios expresan realmente una y la misma cosa.

El movimiento antiglobalización que asumió un carácter de masas hace unos años es uno de estos fenómenos. Los giros violentos de la opinión pública vistos en las recientes elecciones en Francia y Holanda, el dramático giro total en EEUU, son otros. ¿Qué tienen estos acontecimientos en común? Sólo una cosa, todos manifiestan (aunque en formas distintas y contradictorias) el mismo fenómeno: el creciente fermento de descontento en la sociedad en general y en la juventud de clase media en particular.

Desafortunadamente, una gran parte de la izquierda (incluidos algunos de los que se autodenominan marxistas) han caído en la trampa. Hacen referencia, no a la lucha contra el *capitalismo*, sino a la lucha contra el llamado *neoliberalismo*. Es decir, no proponen una lucha para eliminar el capitalismo sino sólo un cambio de *modelo*. Dicen, en tantas palabras, «no queremos *este* capitalismo desagradable; queremos *otro* más bueno, un capitalismo más humano». Este coro con frecuencia es repetido por grupos reformistas como Attac e intelectuales de «izquierda» como Toni Negri y Heinz Dieterich.

Ocultos detrás de una verborrea pseudoizquierdista extienden de manera sistemática confusión y desorientación, mientras proponen un programa puramente reformista, es decir, antirevolucionario. ¿Qué es lo que propone esta gente? Sólo esto: que los ricos son demasiado ricos y los pobres demasiado pobres, por lo tanto, los ricos deberían aceptar dar una parte de sus riquezas para que los pobres puedan ser menos pobres y todo el mundo estaría feliz. Los empresarios seguirán siendo empresarios y los obreros seguirán siendo esclavos asalariados, pero serán esclavos asalariados más felices y por tanto menos inclinados a rebelarse.

Todas estas ideas no son nuevas ni realistas. Sólo es una nueva variación de un tema muy viejo: la colaboración de clase. Es, en esencia, el mismo procedimiento que utilizaban los socialistas utópicos premarxistas que pasaron toda su vida intentado persuadir a los capitalistas con el argumento racional de que sería mejor para sus propios intereses dar algo de sus beneficios para mejorar la vida de los trabajadores. Los reformistas no comprenden que es imposible reconciliar intereses de clase antagónicos. Es

imposible reconciliar los intereses del trabajo asalariado y el capital. Si no comprendes esta idea, nunca entenderás nada.

La sociedad está dividida en clases antagónicas. Un socialista irlandés lo planteó de la siguiente manera: hay dos clases, las que producen todo y poseen nada y los que no producen nada y poseen todo. Esto es una ligera simplificación, por supuesto, porque también hay capas intermedias, la clase media (a la que inevitablemente pertenecen los teóricos del reformismo). Sin embargo, describe con acierto las dos principales clases de la sociedad: el proletariado y la burguesía.

Que sectores de la intelectualidad pequeño burguesa estén adoptando posiciones radicales e incluso semirrevolucionarias es una fuente de satisfacción para los marxistas. No obstante, debemos ser cuidadosos y no aceptar acríticamente las ideas y la filosofía de esta capa, incluso cuando parecen tener un contenido progresista. Mientras que los dirigentes de izquierda Unida en el Estado español y de Rifondazione comunista en Italia mantienen una actitud acrítica hacia estos movimientos «alternativos» y capitulan ante ellos, debemos ver que este tipo de movimientos también tienen una cara negativa. El primer deber de un marxista es defender las ideas del marxismo.

No es posible reconciliar los intereses del proletariado con los de la burguesía, se pueden apoyar los intereses de la clase obrera, que es la gran mayoría de la sociedad, o se pueden apoyar los intereses de la minoría de parásitos ricos: los banqueros, terratenientes y capitalistas. Pero no se puede apoyar a ambos. Al intentar reconciliar intereses de clase irreconciliables los reformistas al final inevitablemente apoyan a la clase dominante frente a la clase obrera.

Esto no satisfará a nadie. Las políticas del reformismo son demasiado poco para las masas y excesivas para la clase dominante. Vuelven imposible el funcionamiento normal del capitalismo y conducen a la inflación e, incluso, a crisis más profundas. Esto enfurece a las clases medias y las arroja a los brazos de la reacción. Así, las políticas del reformismo siempre producen resultados diametralmente opuestos a los que se pretendían.

CONTRA EL SECTARISMO

En 1938 Trotsky escribió que en diez años no quedaría piedra sobre piedra de los viejos partidos obreros, la socialdemocracia y los estalinistas. Este pronóstico fue falsificado por la historia. La Segunda Guerra Mundial se desarrolló de una manera que Trotsky no podía prever, ni tampoco Hitler, Stalin, Churchill o Roosevelt. En cualquier caso, la guerra provocó finalmente una oleada revolucionaria, que comenzó en 1943, y las direcciones estalinistas y socialdemócratas la abortaron. Esto sentó las bases para la recuperación del capitalismo y un nuevo auge económico que duró décadas.

Cuando Trotsky fue asesinado por un agente estalinista en 1940, el movimiento fue privado de su líder y teórico más importante en un momento decisivo. Desgraciadamente, los dirigentes de la Cuarta Internacional no fueron capaces de elevarse al nivel exigido por la historia. Cometieron un desatino tras otro, oscilando del ultraizquierdismo al oportunismo y vuelta otra vez. En una guerra, cuando el ejército está avanzando, los buenos generales son importantes. Pero cuando el ejército se ve forzado a una retirada, aquéllos son cien veces más importantes. Con buenos generales el ejército puede retirarse en un buen orden, conservando sus cuadros para un futuro avance cuando las condiciones lo permitan. Los malos generales convertirán la retirada en una derrota aplastante, que es lo que le ocurrió a la cuarta internacional.

Lenin y Trotsky con frecuencia castigaron a esos sectarios ultraizquierdistas que se encuentran en los márgenes del movimiento obrero y que ignoran a las organizaciones reformistas de masas. Trotsky escribió lo siguiente sobre ellos:

«Permanecen indiferentes ante la lucha interna de las organizaciones reformistas. ¡Cómo si se pudiera conquistar a las masas sin intervenir en esa lucha! Rehúsan hacer en la práctica una diferencia entre la democracia burguesa y el fascismo. ¡Cómo si las masas no sintieran esa diferencia a cada paso!» (León Trotsky, *El programa de transición*).

Las organizaciones de masas tienen grandes reservas de apoyo en la clase obrera. Cuando los trabajadores comienzan a luchar siempre se expresan primero a través de sus organizaciones tradicionales de masas. Las pondrán a prueba muchas veces y sólo después de pasar por toda una serie de experiencias, con muchos flujos y reflujos, crisis y escisiones, buscarán una alternativa. Esta idea es un libro sellado con siete llaves para las sectas ignorantes. Todas estas ideas confusas serán barridas a un lado tan pronto como las masas entren en la lucha. En una etapa determinada las organizaciones de masas de la clase obrera se verán afectadas por la crisis. En el período reciente ha habido huelgas y huelgas generales en Grecia, Bélgica, Francia, Italia y Portugal. Se están preparando explosiones y los martillazos de los acontecimientos llevarán a una transformación completa de la conciencia de los trabajadores.

A pesar de tener ideas correctas, durante todo un período histórico, las fuerzas del genuino marxismo estuvieron aisladas y condenadas a nadar contra la corriente. Pero ahora, con más de medio siglo de retraso, se han creado las condiciones para una crisis en cada una de las organizaciones de masas reformistas. A primera vista podría parecer que los poderosos aparatos burocráticos de los viejos partidos son capaces de sofocar cualquier oposición. Pero es una ilusión. Toda la historia demuestra que ningún aparato, no importa lo poderoso que sea, puede impedir el movimiento de las masas una vez éste comienza. Cuando los trabajadores inicien su marcha el control de la burocracia se hará añicos.

Un movimiento rápido hacia la reacción o la revolución está descartado. Por lo tanto, el período revolucionario no durará meses sino algunos años, porque no es posible resolver la crisis de una forma u otra. Habrá grandes victorias, pero también grandes derrotas: períodos de avance y también períodos de cansancio, e incluso de desmoralización y reacción. Una cosa es segura: con ritmos y velocidades diferentes los trabajadores se moverán. Pero si triunfan o no depende de su dirección.

LA CRISIS DE LA DIRECCIÓN

Objetivamente, la posición de la burguesía es mucho más débil que en el pasado. Cuando Trotsky escribió *El programa de transición*, la clase dominante tenía reservas poderosas en el campesinado, pero eso ya no existe. En aquel momento la mayoría de los estudiantes procedían de familias ricas y apoyaban el fascismo. Ahora la aplastante mayoría son de izquierdas, anticapitalistas e inclinados a ser revolucionarios. Incluso en EEUU, sectores importantes de la clase media, aplastados por la crisis, han comenzado a cuestionar el capitalismo. El voto a Obama fue un voto por un cambio radical en la sociedad. Obama no les dará lo que ellos quieren, pero ésa es otra cuestión.

Las únicas reservas que la burguesía tiene ahora son los dirigentes de la socialdemocracia, los antiguos estalinistas y los sindicatos. Éstos son los elementos más conservadores de la sociedad. Las bases objetivas para la degeneración de la dirección de los partidos comunistas y socialdemócratas fue el largo período de auge del capitalismo mundial, que tiene muchas similitudes a la degeneración nacional-reformista de la socialdemocracia durante el prolongado período de auge previo a 1914.

sin embargo, el grado de degeneración es mucho mayor ahora que en cualquier otro momento del pasado. Todos estos dirigentes «inteligentes», «realistas» están ciegos ante los procesos de la sociedad. Alegremente arrojaron el socialismo al cubo de basura y se adaptaron al mercado. Ahora, con el comienzo de una profunda crisis del capitalismo mundial, muestran una impotencia absoluta. Los dirigentes del ala de derechas de los partidos obreros y sindicatos en Europa, el producto de décadas de degeneración reformista, han estado conteniendo el movimiento. Pero en el próximo período estas organizaciones se sacudirán de arriba abajo. En determinado momento surgirán alas y tendencias de izquierdas, que se moverán en dirección al marxismo. Habrá todo tipo de cambios, crisis y escisiones. ¡Debemos prepararnos!

Es difícil ver quién ha degenerado más, los estalinistas o los socialdemócratas. Los dirigentes del PSOE hace mucho abandonaron toda pretensión de defender el socialismo. Eso está claro. Pero los dirigentes del Partido comunista han seguido el mismo camino. Hace mucho que dejaron de defender un programa comunista, como resultado han perdido su identidad y

su razón de ser. El colapso del estalinismo significa que ya no tienen la misma autoridad que tenían antes. En el pasado la vieja dirección estalinista al menos tenía algún parecido a las tradiciones del bolchevismo. IU hoy no es ni la sombra de lo que fue el PCE en el pasado.

En última instancia, el éxito o fracaso del movimiento depende de la capacidad de los marxistas para llegar a los trabajadores avanzados y ganarles a las ideas del marxismo. Los acontecimientos se pueden suceder más rápidamente de lo que esperamos. La Internacional comunista pasó de ser prácticamente nada a estar formada por partidos de masas sobre la base de la experiencia de la Revolución Rusa. Pero en cada uno de los casos las fuerzas de masas de los partidos comunistas surgieron de las crisis y escisiones que se dieron en los viejos partidos de la Segunda Internacional.

En las palabras de Trotsky, la crisis de la humanidad se puede reducir a la crisis de la dirección del proletariado. Estas líneas son hoy más válidas que nunca. En todos los países se está abriendo un abismo absoluto entre las clases, pero los dirigentes obreros y sindicales han ido demasiado a la derecha. No obstante, este proceso también tiene sus límites, cuando comience a soplar la brisa fresca de la lucha de clases, habrá un cambio en la psicología de la clase obrera.

Esto no significa que la revolución vaya a suceder el próximo lunes a las nueve de la mañana. La situación objetiva aún es contradictoria. Y esta naturaleza contradictoria expresa que nos encontramos ante una etapa transicional entre un período y otro. La contradicción principal es que los grandes batallones del proletariado en los países capitalistas industrializados apenas acaban de comenzar a moverse. Como un atleta que ha estado inactivo, el proletariado necesita un poco de tiempo para calentar sus músculos.

El período 1917-1939 fue de profunda crisis social. Incluso entonces hubo *booms*, con frecuencia acompañados de una intensa lucha de la clase obrera para recuperar lo que le habían arrebatado. Esto tuvo un efecto en las organizaciones de masas del proletariado. En España, Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc., se dio el surgimiento de corrientes centristas, crisis y escisiones. Este proceso afectó a la socialdemocracia pero no a los partidos comunistas, que eran totalmente monolíticos, reflejando la autoridad colosal

de la URSS.

Todo esto ha colapsado ahora. Los partidos comunistas han abandonado, incluso, cualquier pretensión de una perspectiva socialista revolucionaria y han degenerado totalmente en partidos reformistas. Por lo tanto, se verán afectados por la crisis general del capitalismo y el reformismo. Esto no contradice que, debido a la bancarrota de la socialdemocracia que en muchos países ha gobernado o está gobernando, los partidos comunistas en la oposición pudieran recuperar algo de apoyo simplemente porque tienen el nombre de «partido comunista» y esto les da una aureola de «izquierda» ante un sector de la juventud y trabajadores radicalizados. La profundización de la crisis se dejará sentir no sólo en los sindicatos y partidos socialdemócratas, sino también en los partidos comunistas. La creación del Partido de la Izquierda en Alemania es una primera señal de esta tendencia.

La situación mundial no presenta un cuadro bonito y tranquilo. Todo lo contrario, en todas partes existe una situación explosiva. La clase dominante está paralizada. Los reformistas están en crisis. Los trabajadores y la juventud están más abiertos que nunca a las ideas revolucionarias. Esto nos da oportunidades que no existían en el pasado. Las nuevas condiciones son más similares a las de los años veinte y treinta del siglo pasado que al último período. *La cuestión no es si la clase obrera se moverá o no, sino que cuando lo haga, ¿seremos capaces de aprovechar el cambio de condiciones para encontrar un camino hacia las masas y proporcionar la dirección necesaria al movimiento?*

La tarea decisiva es incrementar las fuerzas de los marxistas revolucionarios, de la Corriente Marxista Internacional, doblar y cuadruplicar el número de cuadros en el menor tiempo posible. ¡No es el momento del escepticismo ni de la rutina! Se abren enormes oportunidades a escala mundial para la corriente marxista. Podemos avanzar con absoluta confianza sobre la base de las ideas que han demostrado una y otra vez ser correctas. Debemos hacerlo con un sentido de urgencia, plena confianza en las ideas del marxismo, en la clase obrera, en nuestra corriente internacional y en nosotros mismos.

Tenemos una tarea que realizar. ¡Procedamos a ella!

Londres, 19 de enero de 2008.

Programa de Transición: La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional

Las condiciones objetivas para la revolución socialista

El rasgo fundamental de la situación política mundial en su conjunto es la crisis histórica de la dirección proletaria.

Las condiciones económicas para la revolución proletaria han alcanzado ya el más alto grado de madurez posible bajo el régimen capitalista. Las fuerzas productivas de la Humanidad han dejado de crecer. Las nuevas invenciones y mejoras técnicas no consiguen elevar el nivel de riqueza material. En las condiciones actuales de crisis social del sistema capitalista en su conjunto, cada nueva crisis coyuntural impone a las masas mayores sacrificios y sufrimientos. El paro, a su vez, aumenta la crisis de recursos financieros del Estado y socava los inestables sistemas monetarios.

Los gobiernos, ya sean democráticos o fascistas, se ven afectados por continuas crisis financieras.

La propia burguesía no encuentra salida a la situación. En los países en que se ha visto forzada a jugárselo todo a la carta del fascismo, se precipita ahora con los ojos cerrados hacia la catástrofe económica y militar. En los países privilegiados por la Historia, es decir, aquéllos en los que la burguesía puede permitirse aun durante un tiempo el lujo de la democracia a expensas de la acumulación nacional (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, etc.), los

partidos tradicionales del capital se hallan en tal estado de perplejidad que no saben lo que hacer, que su voluntad está casi paralizada. A pesar de un primer período de decisiones pretenciosas, el *New Deal*^[1] no es más que una forma específica de perplejidad política que sólo puede permitirse un país cuya burguesía ha logrado acumular incalculables riquezas. La crisis actual, que aún no ha llegado a su fin, ha conseguido poner de manifiesto que ni la política del *New Deal*, ni la del Frente Popular^[2] en Francia, tienen la clave para salir del callejón sin salida en que se encuentra la economía de esos países.

Las relaciones internacionales no presentan mejor aspecto. Bajo la tensión creciente del declinar capitalista, los antagonismos interimperialistas han llegado a tal extremo, que los enfrentamientos aislados y los choques cruentos (Etiopía, España, Extremo Oriente, Europa Central) necesariamente llevan camino de convertirse en una conflagración mundial. La burguesía no ignora el peligro mortal que una nueva guerra representaría para el mantenimiento de su dominación. Pero actualmente es mucho menos capaz de impedir la guerra que en 1914.

Las habladurías que tratan de demostrar que las condiciones históricas para el socialismo no han «madurado» aún, son producto de la ignorancia o la mala fe. Las condiciones objetivas para la revolución proletaria no sólo han «madurado», han empezado a pudrirse. En el próximo período histórico, de no realizar la revolución socialista, toda la civilización humana se verá amenazada por una catástrofe. Es la hora del proletariado, es decir, ante todo de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la Humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria.

El proletariado y sus direcciones

La economía, el Estado, la política de la burguesía, sus relaciones internacionales, se ven afectadas por la crisis social, característica de la situación prerevolucionaria de la sociedad. El principal obstáculo para la transformación de esa situación en una situación revolucionaria es el

oportunismo de la dirección del proletariado, su cobardía pequeñoburguesa ante la gran burguesía y sus traidoras relaciones con ésta, aun en su agonía.

En todos los países, el proletariado es presa de profunda desazón. Millones de personas toman una y otra vez el camino de la revolución, pero en cada una de esas ocasiones se ven bloqueadas por sus propios aparatos burocráticos conservadores.

Desde abril de 1931, el proletariado español ha intentado heroicamente, en varias ocasiones, tomar el poder y dirigir los destinos de la sociedad. Sin embargo, han sido sus propios partidos (socialdemócrata, estalinista, anarquista, poumista), cada cual a su manera, quienes le han servido de freno y han preparado el triunfo de Franco.

En Francia, la gran oleada de huelgas y ocupaciones de fábrica, especialmente en junio de 1936, mostró que el proletariado estaba dispuesto a derrocar el sistema capitalista. Pese a ello, sus organizaciones dirigentes (socialistas, estalinistas, sindicalistas) consiguieron canalizar y remansar, al menos por un tiempo, la corriente revolucionaria con el señuelo del Frente Popular.

La oleada sin precedentes de huelgas y ocupaciones de fábricas en los Estados Unidos y el crecimiento prodigioso de los sindicatos industriales (C.I.O.)^[3] es la más clara expresión de la lucha instintiva de los obreros americanos por elevarse al nivel de las tareas que la Historia les impone. Pero, una vez más, las organizaciones dirigentes, incluida la C.I.O., recién creada, hacen todo lo posible por contener y paralizar la ofensiva revolucionaria de las masas.

El paso definitivo de la Internacional Comunista^[4] al terreno del orden burgués, su papel cínicamente contrarrevolucionario en el mundo entero, particularmente en España, en Francia, en Estados Unidos y en los demás países «democráticos», ha atraído dificultades enormes a las tareas del proletariado mundial. Usurpando la bandera de la Revolución de Octubre, la Komintern, a través de la política conciliadora de los «Frentes Populares», condena a la clase obrera a la impotencia y abre paso al fascismo.

Frentes Populares, por un lado, y fascismo, por otro, son los últimos recursos políticos del imperialismo en su lucha contra la revolución proletaria. Sin embargo, desde un punto de vista histórico, ambos son

ficticios. El declive del capitalismo prosigue tanto bajo el signo del gorro frigio en Francia como de la svástica en Alemania^[5]. Sólo el derrocamiento de la burguesía puede resolver la crisis actual.

La orientación de las masas viene determinada, ante todo, por las condiciones objetivas del capitalismo decadente y, después, por la política traidora de las organizaciones obreras tradicionales. De estos factores, el decisivo es el primero: las leyes de la Historia son más fuertes que los aparatos burocráticos. A pesar de sus diferencias de método (desde la legislación «social» de Blum^[6] hasta las farsas judiciales de Stalin), los socialtraidores no lograrán romper la voluntad revolucionaria del proletariado. A medida que el tiempo pasa, sus desesperados esfuerzos por detener la rueda de la Historia demostrarán con claridad creciente a las masas que la crisis de dirección revolucionaria, que se ha convertido en la crisis de la civilización humana, no puede ser resuelta más que por la IV Internacional.

Programa mínimo y programa de transición

La tarea estratégica del próximo período (un período prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización) consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones revolucionarias objetivas y la inmadurez del proletariado y su vanguardia (la confusión y desmoralización de la generación madura y la inexperiencia de los jóvenes). Es necesario ayudar a las masas a que en sus luchas cotidianas hallen el puente que une sus reivindicaciones actuales con el programa de la revolución socialista. Este puente debe componerse de un conjunto de *reivindicaciones transitorias*, basadas en las condiciones y en la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera para hacerlas desembocar en una única conclusión final: la toma del poder por el proletariado.

La socialdemocracia clásica, en la época del capitalismo ascendente, dividía su programa en dos partes independientes: el *programa mínimo*, limitado a una serie de reformas en el marco de la sociedad burguesa, y el *programa máximo*, que prometía para un futuro indeterminado la sustitución

del capitalismo por el socialismo. Entre uno y otro no había conexión. La socialdemocracia no necesita este puente, pues para ella la palabra *socialismo* está reservada para los discursos de los días de fiesta.

La Komintern sigue el camino de la socialdemocracia en la época del capitalismo decadente, en un momento que excluye la adopción de reformas sociales sistemáticas y el aumento del nivel de vida de las masas; en un momento en que la burguesía recupera siempre con la mano derecha el doble de lo que ha dado con la izquierda (impuestos, derechos de aduana, inflación, «deflación», carestía, paro, reglamentación policíaca de las huelgas, etc.); en un momento en que toda reivindicación importante del proletariado y hasta las exigencias de la pequeña burguesía desbordan los límites de la propiedad capitalista y del Estado burgués.

La tarea estratégica de la IV Internacional no es reformar el capitalismo, sino derribarlo. Su meta política es la toma del poder por el proletariado para expropiar a la burguesía. Pero esta meta no puede alcanzarse sin prestar la máxima atención a las cuestiones tácticas, aun las más parciales y concretas.

Hay que atraer al movimiento revolucionario a todos los sectores del proletariado, todas sus capas, profesiones y grupos. La característica de la época actual no es tanto que el partido revolucionario pueda verse libre de sus prosaicas tareas cotidianas, cuanto que le permite desarrollarlas en estrecha conexión con las tareas de la revolución.

La IV Internacional no desdeña las reivindicaciones tradicionales del «programa mínimo» en la medida en que siguen siendo vigentes. La IV Internacional defiende incansablemente los derechos democráticos y las conquistas sociales de los trabajadores. Pero estas tareas cotidianas las realiza dentro de una perspectiva correcta, real, es decir, revolucionaria. En un momento en que las viejas exigencias «mínimas» y parciales de las masas chocan a cada paso con las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente, la IV Internacional avanza un conjunto de reivindicaciones transitorias, cuya esencia consiste en atacar abierta y decididamente las bases mismas del régimen burgués. El tradicional «programa mínimo» viene superado por el *programa de transición*, consistente en la movilización sistemática de las masas en favor de la revolución proletaria.

La escala móvil de salarios y horas de trabajo

Bajo el capitalismo decadente, las masas siguen viviendo la mísera vida de los oprimidos, ahora con la amenaza adicional de verse sumidas en la pobreza total. Tienen que defender su trozo de pan, ya que no pueden aumentarlo o mejorarlo. No es necesario ni factible hacer aquí un recuento de las reivindicaciones parciales que surgen a partir de circunstancias concretas, a nivel nacional, local o sectorial. Pero hay que hallar consignas y formas de lucha generalizadas contra dos males básicos que expresan la creciente aberración del sistema capitalista: el *paro* y la *carestía*.

La IV Internacional mantiene una guerra sin cuartel contra la política de los capitalistas, que en una parte considerable es compartida por sus agentes, los reformistas, y que intenta descargar el fardo del militarismo, las crisis, la desorganización del sistema monetario y todas las demás plagas que origina la agonía del capitalismo sobre las espaldas de los trabajadores. La IV Internacional exige *trabajo y condiciones de vida dignas* para todos.

Ni la inflación monetaria ni la estabilización pueden ser consignas para el proletariado, porque ambas son caras de una misma moneda. Contra la carestía de la vida, que se desbocará aún más con la inminencia de la guerra, sólo puede lucharse con la consigna de *escala móvil de salarios*. Los convenios colectivos deben incluir la subida automática de los salarios correlativa al aumento de precio de los bienes de consumo.

A menos que esté dispuesto a consentir en su propia desintegración, el proletariado no puede permitir que una parte creciente de los trabajadores se conviertan en parados crónicos, en miserables que viven de las migajas de una sociedad que se pudre. El *derecho al trabajo* es el único derecho serio que le queda al trabajador en una sociedad basada en la explotación, pero hoy se lo quieren denegar en todo momento. Frente al paro, «estructural» o «coyuntural», hay que oponer, junto con la consigna de más obras de interés social, la de una *escala móvil de las horas de trabajo*. Los sindicatos y demás organizaciones de masas tienen que unir a los que trabajan y a los parados en mutua solidaridad. Todo el trabajo existente debe distribuirse entre todos los trabajadores, determinándose así la extensión de la jornada de trabajo. El salario de cada trabajador debe ser el mismo que con la jornada antigua. Los

salarios, una vez garantizado estrictamente un *salario mínimo*, deben seguir el movimiento de los precios. No se puede defender un programa distinto en la catastrófica situación actual.

Los capitalistas y sus defensores probarán la «imposibilidad» de materializar estas reivindicaciones. Los pequeños empresarios, especialmente si están casi arruinados, se remitirán además a sus libros de cuentas. Pero los trabajadores deben rechazar categóricamente tales argumentos. No se trata de un conflicto «normal» de intereses materiales contrapuestos; se trata de salvar al proletariado de la degradación, la desmoralización y la ruina; es una cuestión de vida o muerte para la única clase creadora y progresiva y, por tanto, para el futuro de la Humanidad. Si el capitalismo se muestra incapaz de satisfacer las exigencias que surgen de las calamidades que él mismo ha generado, debe desaparecer. La «posibilidad» o «imposibilidad» de materializarlas depende ahora de la relación de fuerzas y es una cuestión que sólo puede resolverse con la lucha. Sólo la lucha, con independencia de sus resultados concretos inmediatos, puede hacer que los trabajadores lleguen a comprender la necesidad de liquidar la esclavitud capitalista.

Los sindicatos en el período de transición

Los trabajadores, hoy más que nunca, necesitan organizaciones de masas, especialmente sindicatos, para luchar por las reivindicaciones parciales y transitorias. El pujante crecimiento de los sindicatos en Francia y los Estados Unidos es la mejor prueba para refutar a los doctrinarios ultraizquierdistas que predicán que los sindicatos «han perdido su utilidad».

El bolchevique-leninista^[7] está siempre en primera línea de todas las luchas, aunque no se trate más que de la defensa de los más modestos intereses y derechos democráticos de la clase obrera. El bolchevique-leninista participa activamente en los sindicatos de masas, fortaleciéndolos y elevando su combatividad. Lucha sin cuartel contra todo intento de subordinar los sindicatos al Estado burgués y de maniatar al proletariado mediante el «laudo obligatorio» o cualquier otra forma de intervención policial no sólo fascista,

sino también «democrática». Una lucha victoriosa contra los reformistas, burocracia estalinista inclusive, sólo puede librarse en base a un trabajo semejante en el seno de los sindicatos. Los intentos sectarios de construir o estabilizar pequeños sindicatos «revolucionarios» como seudópodo del partido, no son de hecho otra cosa que la renuncia a luchar por la dirección de la clase obrera. Hay que defender esta regla de oro: la autoexclusión capituladora de los sindicatos de masas, que equivale a traicionar la revolución, es incompatible con la adhesión a la IV Internacional.

Igualmente, la IV Internacional rechaza y condena la fetichización de los sindicatos, característica de los sindicalistas.

a) Los sindicatos ni ofrecen ni pueden ofrecer, por sus tareas, composición y forma de reclutamiento, un programa revolucionario acabado; por tanto, no pueden ser sustitutos del Partido. La construcción de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la IV Internacional, es la tarea central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aun los más poderosos, no llegan a englobar a más del 20 ó 25 por 100 de la clase obrera, fundamentalmente a los sectores más cualificados y mejor pagados. La mayoría más oprimida de la clase sólo participa en la lucha episódicamente, en momentos de ascenso excepcional del movimiento obrero. En esos momentos hay que crear organizaciones *ad hoc*, capaces de abarcar al conjunto de las masas en lucha: comités de huelga, comités de fábrica y, finalmente, soviets.

c) Como organizaciones que expresan los intereses de las capas superiores del proletariado, los sindicatos —lo ha demostrado la experiencia histórica, incluso la reciente de los sindicatos anarquistas en España— generan poderosas tendencias al pacto con el régimen democrático-burgués. En períodos de aguda lucha de clases, los organismos dirigentes de los sindicatos tratan de hacerse con las riendas del movimiento de masas para hacerlo inofensivo. Esto es lo que ocurre ya con las simples huelgas, especialmente cuando se trata de huelgas de masa con ocupación de fábricas, que socavan el fundamento de la propiedad privada. En tiempos de guerra o revolución, cuando la burguesía se ve asediada por dificultades excepcionales, los dirigentes sindicales suelen convertirse en ministros burgueses.

Por todo ello, las secciones de la IV Internacional no sólo deben luchar en todo momento para que se renueve el aparato sindical, proponiendo con audacia y decisión, en los momentos decisivos, a nuevos dirigentes combativos para sustituir a los funcionarios caídos en la rutina y en el arribismo, sino que también deben crear en todo momento oportuno organizaciones de combate independientes que se adecúen mejor a las necesidades de la lucha de masas contra la sociedad burguesa y que, si es preciso, no titubeen siquiera ante una ruptura abierta con la maquinaria conservadora de los sindicatos. Sería criminal volver la espalda a las organizaciones de masas en base a ficciones sectarias, pero igualmente lo es tolerar pasivamente la subordinación del movimiento revolucionario de masas al control de los aparatos burocráticos abiertamente reaccionarios o encubiertamente conservadores («progresistas»). Los sindicatos no son un fin en sí mismos. Son medios para llegar a la revolución proletaria.

Comités de fábrica

En la época de transición, el movimiento obrero no es sistemático y equilibrado, sino turbulento y explosivo. Las consignas y las formas de organización deben subordinarse a este carácter del movimiento. Al tiempo que se guarda de la rutina como la peste, la dirección debe ser sensible a la iniciativa de las masas.

Las huelgas con ocupación de fábrica, una de las más recientes manifestaciones de esa iniciativa, rebasan los límites del funcionamiento normal del régimen capitalista. Con independencia de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de las fábricas es, en sí misma, un golpe al fetiche de la propiedad capitalista. Cada ocupación plantea en la práctica el problema de quién manda en la fábrica: el capitalista o los obreros.

Si las ocupaciones plantean la cuestión episódicamente, los *comités de fábrica* le dan una dimensión organizativa. El comité de fábrica, elegido por todos los trabajadores de la empresa, se convierte inmediatamente en un contrapeso a la voluntad de la administración.

Al reformismo de quienes contraponen los patronos de viejo tipo, los llamados «patronos por la gracia de Dios» del tipo Ford, a los explotadores «buenos» y «demócratas», nosotros oponemos la consigna de los comités de fábrica como centros de lucha contra unos y otros.

Los burócratas sindicales se opondrán por regla general a la creación de comités de fábrica, del mismo modo que se oponen a todo paso audaz en el camino de la movilización de masas. Sin embargo, cuanto más fuerte sea el impulso del movimiento, tanto más fácil será vencer esas resistencias. Allí donde ya en tiempos de «calma» todos los obreros de la empresa estén sindicados, el comité coincidirá formalmente con la sección sindical, pero renovará su personal y ampliará sus funciones. Pero lo decisivo del comité es que se convierte en el estado mayor militante de todos aquellos sectores de la clase que los sindicatos tradicionalmente no han logrado movilizar. Será precisamente de estos sectores más explotados de donde emergerán los batallones más entregados a la causa revolucionaria.

Tan pronto como surge un comité se instala de hecho en la fábrica un poder dual que, por su propia esencia, no puede ser más que transitorio, pues reúne en sí dos regímenes irreconciliables: el capitalista y el proletario. La importancia decisiva de los comités de fábrica radica en que abren paso a un período prerrevolucionario, si no directamente revolucionario; un período a caballo entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda en favor de los comités de fábrica no es prematura ni artificial lo demuestran las oleadas de ocupaciones que se han dado en varios países. Irremediablemente habrá nuevas oleadas de este estilo en el futuro inmediato. Es necesario hacer campaña en favor de los comités de fábrica para no ser cogidos por sorpresa.

«Secreto comercial» y control obrero de la producción

El capitalismo de libre competencia y libre cambio ha pasado a mejor vida. Su sucesor, el capitalismo monopolista, no sólo no disminuye la anarquía del mercado, sino que le añade caracteres especialmente convulsivos. La

necesidad de un «control» de la economía, de una «dirección» estatal, de una «planificación», la reconocen hoy, al menos de palabra, casi todas las corrientes de opinión burguesas y pequeñoburguesas, desde los fascistas hasta los socialdemócratas. Para los fascistas, se trata sobre todo de «planificar» el pillaje del pueblo con fines militares. Los socialdemócratas se disponen a achicar el océano de la anarquía con la cuchara de la «planificación» burocrática. Ingenieros y profesores escriben artículos sobre la «tecnocracia». Pero en sus cobardes intentos de «regular» la economía, los gobiernos democráticos se topan con el sabotaje inevitable del gran capital.

La verdadera relación entre los explotadores y sus «controladores» democráticos la expresa el hecho de que los señores «reformadores» se detienen con piadoso recogimiento ante el umbral de los *trusts* y sus «secretos» industriales y comerciales. Aquí domina el principio de «no injerencia». Las cuentas entre el capitalista individual y la sociedad constituyen un secreto del primero: la sociedad no tiene vela en este entierro. La razón que se da para el mantenimiento de estos «secretos» de la empresa no es otra que, como en los tiempos del capitalismo liberal, la de los intereses de la «competencia». Pero en realidad, los *trusts* no guardan secretos entre sí. Los secretos industriales de la época actual forman parte de un complot continuo del capital monopolista contra los intereses de la sociedad. Todo intento de limitar los poderes de los «patrones por la gracia de Dios» será una farsa patética mientras los propietarios privados de los medios sociales de producción puedan ocultar a productores y consumidores sus maquinaciones de explotación, robo y fraude. La abolición del «secreto comercial» es el primer paso hacia un verdadero control de la industria.

Los trabajadores no tienen menos derecho que los capitalistas a conocer los «secretos» de la fábrica, del *trust*, de las diferentes ramas de la industria o de la economía nacional en su conjunto. Deben ser muy especialmente inspeccionados la banca, la industria pesada y los transportes centralizados.

Las tareas inmediatas del control obrero consisten en investigar los ingresos y gastos de la sociedad, a partir de cada empresa; averiguar la verdadera proporción de la renta nacional que aportan el capitalista individual y los explotadores en su conjunto; denunciar los arreglos secretos y las estafas de bancos y *trusts*; finalmente, revelar a la sociedad entera el

incalculable derroche de trabajo humano que resulta de la anarquía capitalista y de la búsqueda incontrolada de beneficios.

Ningún funcionario del Estado burgués puede realizar esta tarea, por muchos poderes que se le otorguen. El mundo entero pudo contemplar la impotencia del presidente Roosevelt o del presidente Blum frente al complot de las «60» o «200^[8]» familias. Para vencer la resistencia de los explotadores hay que movilizar la presión de las masas proletarias. Sólo los comités de fábrica pueden imponer un verdadero control de la producción contando con la colaboración (como consultores, no como «tecnócratas») de especialistas sinceramente entregados a la causa popular: contables, estadísticos, ingenieros, científicos, etc.

La lucha contra el paro no puede afrontarse sin la organización audaz de grandes *obras públicas*. Pero las obras públicas sólo tienen un efecto duradero y progresivo para la sociedad y para los parados si forman parte de un plan de conjunto para una serie de años. En el marco de semejante plan, los obreros deben exigir que se vuelvan a poner en marcha, como empresas públicas, los negocios privados que han cerrado como consecuencia de la crisis económica. En tales casos, el control obrero sería reemplazado por la gestión directa de los trabajadores.

Pero la elaboración del más elemental plan económico por los explotados, no por los explotadores, es imposible sin control obrero, es decir, sin la inspección por los trabajadores de todos los recursos aparentes y ocultos de la economía capitalista. Los comités representativos de las distintas empresas deben reunirse en conferencias que elijan los de los correspondientes *trusts*, ramas industriales, regiones económicas y, finalmente, los de la industria nacional en su conjunto. De este modo, el control obrero se convierte en una *escuela de economía planificada*. Basado en sus experiencias de control, el proletariado se prepara a la gestión directa de la economía nacionalizada cuando llegue su hora.

A los capitalistas, especialmente a los pequeños y medianos, que se ofrecen por propia voluntad a abrir sus libros a los trabajadores (para justificar la necesidad de reducir los salarios), los obreros deben contestar que no tienen interés en conocer las cuentas aisladas de empresarios quebrados o semiquebrados, sino los libros de cuentas del conjunto de los explotadores.

Los obreros ni pueden ni quieren adaptar sus condiciones de vida a las necesidades de los capitalistas individuales víctimas de su propio régimen social. Se trata de reorganizar sobre bases más dignas y racionales el sistema de producción y distribución en su conjunto. Del mismo modo que la abolición del secreto comercial es una condición necesaria para el control obrero, el control es el primer paso hacia la dirección socialista de la economía.

Expropiación de ciertos grupos de capitalistas

Bajo ningún pretexto, la defensa de un programa socialista de expropiaciones, es decir, del derrocamiento de la burguesía y de la liquidación de su poderío económico, debe apartarnos de exigir en esta época de transición, si la ocasión lo permite, la expropiación de determinados sectores industriales claves para la existencia nacional, o de los grupos más parasitarios de la burguesía.

Así, en respuesta a las jeremiadas patéticas de los caballeros demócratas contra la dictadura de las «60 familias» en los EE. UU. o de las «200 familias» en Francia, nosotros defendemos la expropiación de esos 60 o 200 barones del capitalismo.

Igualmente, exigimos la expropiación de las empresas monopolistas en el campo de la industria de guerra, los ferrocarriles, las materias primas fundamentales, etcétera.

La diferencia entre estas reivindicaciones y la confusa consigna reformista de «nacionalizaciones» reside en lo siguiente:

- 1) Que nosotros rechazamos cualquier tipo de indemnización.
- 2) Que prevenimos a las masas contra los demagogos frentepopulistas que, aunque abogan por las nacionalizaciones, son en realidad agentes del capital.
- 3) Que llamamos a las masas a que no confíen más que en su fuerza revolucionaria.
- 4) Que ligamos el tema de la expropiación con el de la toma del poder por

los obreros y los campesinos.

La necesidad de defender la consigna de la expropiación en nuestra *agitación* diaria y por tanto de forma parcial, y no sólo en nuestra propaganda y de manera general, se debe a que las diferentes ramas de la industria tienen un grado de desarrollo diferente, desempeñan un papel distinto en la vida social y pasan por etapas distintas de la lucha de clases. Sólo el ascenso revolucionario generalizado del proletariado puede poner a la orden del día la expropiación total de la burguesía. La misión de las consignas transitorias consiste en preparar al proletariado para realizar este objetivo.

Nacionalización de la banca privada y estatización del sistema crediticio

El imperialismo es la dominación del *capital financiero*. Junto a *trusts* y consorcios, a menudo por encima de ellos, los bancos concentran en sus manos el verdadero dominio de la economía. Los bancos expresan en su propia estructura, de forma concentrada, toda la estructura del capitalismo moderno: combinan la tendencia al *monopolio* con la tendencia a la *anarquía*. Producen milagros tecnológicos, empresas gigantes, poderosos *trusts* y, al tiempo, crean la inflación, las crisis y el paro. Es imposible dar un solo paso contra el despotismo de los monopolios y contra la anarquía capitalista, si se dejan los puestos de mando de la banca a los perros de presa del capital. Si se quiere crear un sistema unificado de inversión y crédito junto con un plan racional que corresponda a los intereses de todo el pueblo, hay que fundir todos los bancos en un solo Banco nacional. Sólo la expropiación de la banca privada y la concentración del sistema crediticio en manos del Estado puede proporcionar al Banco nacional los recursos materiales necesarios —no sólo burocráticos y formales— para la planificación económica.

La nacionalización de la banca no significa en modo alguno la expropiación de los pequeños depósitos bancarios. Al contrario, el Banco nacional podrá crear unas condiciones más favorables para los pequeños ahorradores. Igualmente sólo un Banco nacional puede dar buenas

condiciones de crédito, es decir, crédito barato a los campesinos, a los autopatronos y a los pequeños comerciantes. Aún más importante es el hecho de que toda la economía —sobre todo la gran industria y el transporte—, dirigida por una sola entidad financiera, se pondrá al servicio de los obreros y los demás trabajadores.

Sin embargo, estos favorables resultados de *la estatización de la banca* sólo podrán asegurarse si el poder estatal pasa de las manos de los explotadores a las de los trabajadores.

Piquetes de huelga, destacamentos de combate, milicias obreras, armamento del proletariado

Las huelgas con ocupación de fábricas son serias advertencias de las masas no sólo hacia la burguesía, sino también hacia las organizaciones obreras, la IV Internacional inclusive. En 1919-20, los obreros italianos ocuparon las fábricas por iniciativa propia, señalando así a sus «dirigentes» que había llegado la revolución social. Pero sus «dirigentes» no contestaron a esa señal. El resultado fue el triunfo del fascismo.

Las ocupaciones actuales no son aún tomas de fábricas al estilo italiano, pero suponen un paso decisivo hacia ellas. La crisis actual puede agudizar la lucha de clases y aproximar su desenlace. Pero esto no significa que las situaciones revolucionarias aparezcan súbitamente. En realidad, su llegada será anunciada por todo un conjunto de convulsiones. La oleada de huelgas con ocupación es precisamente una de ellas. La tarea de las secciones de la IV Internacional consiste en ayudar a la vanguardia proletaria a comprender el carácter general y el ritmo de nuestra época y hacer que fructifique la lucha de masas a través de consignas cada vez más audaces y medidas organizativas cada vez más combativas.

La agudización de la lucha de clases significa que el capital afilará sus armas para el contraataque. Cada nueva oleada de ocupaciones de fábricas puede ser respondida, será indudablemente respondida con medidas enérgicas por parte de la burguesía. La respuesta ya se está preparando secretamente en

los estados mayores de los monopolios. ¡Ay de las organizaciones revolucionarias! ¡Ay del proletariado si se deja sorprender!

En ninguna parte se da por satisfecha la burguesía con la policía y el ejército oficiales. En los Estados Unidos, incluso en tiempo «de paz», la burguesía mantiene batallones militarizados de esquirols y pistoleros a sueldo en las fábricas. A lo que hay que añadir la aparición de diferentes grupos nazis en América. La burguesía francesa, al primer síntoma de peligro, ha movilizad sus destacamentos fascistas semilegales e ilegales hasta en el seno del ejército. Tan pronto como se deje sentir la presión de los obreros ingleses, dos, tres, diez veces se intensificará la actividad de las bandas fascistas en su cruenta lucha contra los obreros. La burguesía es perfectamente consciente de que en la época actual la lucha de clases tiende irremediablemente a convertirse en guerra civil. Los ejemplos de Italia, Alemania, Austria, España y otros países han enseñado mucho más a los magnates capitalistas y a sus lacayos que a los dirigentes oficiales del proletariado.

Los políticos de la II y la III Internacional, así como los burócratas sindicales, conscientemente prestan oídos sordos al aumento del ejército privado de la burguesía; de otro modo no podrían conservar sus alianzas con ella ni veinticuatro horas. Los reformistas inculcan sistemáticamente a los obreros la idea de que la sacrosanta democracia estará más garantizada si la burguesía está armada hasta los dientes y los obreros permanecen inermes.

El deber de la IV Internacional consiste en dar fin de una vez por todas a esa política servil. Los demócratas pequeñoburgueses —también los socialdemócratas, estalinistas y anarquistas— invocan con tanta mayor fuerza la necesidad de luchar contra el fascismo cuanto más dispuestos están a capitular ante él en la práctica. Sólo los destacamentos obreros armados, seguros del apoyo de decenas de millones de trabajadores, pueden mantener a raya a las bandas fascistas. La lucha contra el fascismo no empieza en las redacciones de los diarios liberales, sino en las fábricas, y termina en la calle. Los esquirols y pistoleros a sueldo en las fábricas son las células fundamentales del ejército fascista. Los *piquetes de huelga* constituyen las células fundamentales del ejército proletario. Éste es nuestro punto de partida. Por eso, para cada huelga o manifestación callejera, hay que propagar la

necesidad de crear *grupos obreros de autodefensa*. Hay que introducir esta consigna en el programa del ala revolucionaria de los sindicatos. Allí donde sea posible, empezando por las organizaciones juveniles, es necesario crear grupos de autodefensa e instruirlos y familiarizarlos con el manejo de las armas.

El nuevo ascenso del movimiento de masas debe servir no sólo para aumentar el número de estas unidades, sino también para coordinarlas por barriadas, ciudades y regiones. Hay que dar expresión organizada al legítimo odio que los obreros sienten por los esquiroles y las bandas de *gánsters* y fascistas. Hay que avanzar la consigna de *milicias obreras* como única garantía seria de la inviolabilidad de las organizaciones, las reuniones y la prensa obrera.

Sólo por medio de este trabajo sistemático, permanente, infatigable y arrojado de agitación y propaganda, apoyándose siempre en la experiencia propia de las masas, es posible erradicar de su conciencia las tradiciones de sumisión y de pasividad; entrenar destacamentos de luchadores heroicos capaces de servir de ejemplo a todos los trabajadores; infligir una serie de derrotas tácticas a los pistoleros de la contrarrevolución; aumentar la confianza de los explotados en sus propias fuerzas; desacreditar al fascismo ante los ojos de la pequeña burguesía y allanar el camino del proletariado hacia la conquista del poder.

Engels definió el Estado como «grupos de hombres armados». *El armamento del proletariado* es un imperativo intrínseco a la lucha por su liberación. Cuando el proletariado así lo desea, acaba siempre por encontrar el modo y los medios de armarse. También en este terreno las secciones de la IV Internacional deben convertirse en su dirección natural.

Alianza de obreros y campesinos

El compañero de armas y equivalente en el campo del obrero industrial es el proletario agrícola. Ambos forman parte de una misma clase. Sus intereses son indivisibles. El programa de transición para los obreros industriales es el

mismo programa de los proletarios agrícolas, una vez realizadas las adaptaciones correspondientes.

Los campesinos (pequeños propietarios) pertenecen a una clase distinta: son la pequeña burguesía del medio rural. La pequeña burguesía está formada por muy diversos sectores que van desde capas semiproletarias hasta grupos de explotadores. Por eso, la tarea política del proletariado industrial consiste en llevar al campo la lucha de clases. Sólo así podrá trazar una línea de demarcación entre sus aliados y sus enemigos.

Los rasgos específicos del desarrollo nacional de cada país alcanzan su máxima expresión en la situación de los campesinos; igualmente sucede, hasta cierto punto, con la pequeña burguesía urbana (artesanos y pequeños comerciantes). Estas clases, por grande que pueda ser su número, son esencialmente restos de los modos de producción precapitalistas. Las secciones de la IV Internacional deben elaborar con la mayor concreción posible un programa de consignas transitorias para campesinos y pequeños propietarios y para la pequeña burguesía urbana, teniendo en cuenta las condiciones específicas de cada país. Los trabajadores avanzados deben aprender a dar respuestas claras y concretas a los problemas de sus futuros aliados.

Mientras el pequeño propietario rural siga siendo un pequeño productor «independiente», necesitará crédito barato, maquinaria agrícola y abonos a precios asequibles, buenos transportes y una organización racional del mercado para sus productos. Por contra, los bancos, los *trusts* y los intermediarios le sacan su dinero por todas partes. Sólo los propios campesinos, con la ayuda de los trabajadores, pueden poner fin a esos robos. Hay que poner en pie *comités de campesinos pobres* que, junto con los comités obreros y los comités de trabajadores de banca, tomen en sus manos el control del transporte, del crédito y de las operaciones mercantiles que afectan a la agricultura.

Al tachar falsamente de «excesivas» las reivindicaciones de los trabajadores, la gran burguesía trata de levantar una barrera artificial entre obreros y campesinos, entre obreros y pequeña burguesía urbana sobre el tema del *precio de las mercancías*. A diferencia del obrero industrial, del empleado o del funcionario, ni el campesino, ni el artesano, ni el pequeño

comerciante pueden exigir la escala móvil de salarios. La lucha oficial del gobierno contra la carestía de la vida no es más que un engaño para las masas. Pero los campesinos, artesanos y comerciantes, en cuanto consumidores, deben irrumpir en la política de precios codo a codo con el obrero industrial. A los lamentos capitalistas sobre los costes de producción, de transporte y de distribución, los consumidores responderán: «Enséñanos tus libros de cuentas; exigimos el control sobre la política de precios».

Este control debe ejercerse por medio de *comités de control de precios* compuestos por delegados de fábrica, de los sindicatos, de las cooperativas, de las organizaciones campesinas, de la pequeña burguesía urbana, de las amas de casa, etc. Estos comités servirán para que los obreros demuestren a los campesinos que la causa de la carestía no está en el crecimiento de los salarios, sino en los exorbitantes beneficios de los capitalistas y los gastos extra que impone la anarquía capitalista.

El programa de *nacionalización de la tierra y colectivización de la agricultura* debe elaborarse de tal forma que, desde el principio, quede excluida la posibilidad de expropiar a los pequeños propietarios, así como de proceder a su colectivización obligatoria. El campesino debe seguir siendo dueño de su parcela mientras lo crea conveniente o posible. Si queremos hacer que el programa socialista vuelva a ganar su prestigio a ojos de los campesinos, es necesario denunciar sin tregua los métodos estalinistas de colectivización, que no se basan en los intereses de obreros y campesinos, sino en los de la burocracia.

Igualmente la expropiación de los expropiadores no significa la confiscación forzosa de artesanos y pequeños comerciantes. A la inversa, el control obrero de bancos y *trusts*, su nacionalización, puede ofrecer a la pequeña burguesía urbana condiciones de crédito, compra y venta mucho más favorables que las que obtiene bajo la dominación incontrolada de los monopolios. La dependencia respecto del gran capital será reemplazada por una dependencia respecto del Estado, tanto más atento a las necesidades de todos estos sectores cuanto que son los propios trabajadores quienes le han tomado firmemente en sus manos.

La participación real de los campesinos explotados en el control de las diferentes actividades económicas les permitirá decidir por sí mismos de la

conveniencia de proceder a trabajar en común la tierra, así como de la oportunidad y la escala de ese proceso. Los obreros industriales deben estar dispuestos a prestar a lo largo de esta ruta toda su ayuda a los campesinos, por medio de los sindicatos, de los comités de fábrica y, sobre todo, de un gobierno obrero y campesino.

La alianza propuesta por el proletariado (una alianza no con las «clases medias», sino con las capas explotadas de la pequeña burguesía rural y urbana, en contra de todos los explotadores, incluso de aquellos que pertenecen a las «clases medias») no puede basarse en la fuerza, sino en el consentimiento libremente manifestado en un «pacto» especial. Ese «pacto» no puede ser otro que el programa de consignas transitorias que ambas partes acepten libremente.

La lucha contra el imperialismo y la guerra

Toda la situación mundial, y por tanto la vida política de las distintas naciones, está turbada por la amenaza de una guerra mundial. La catástrofe inminente hace temblar de aprensión a las más amplias masas.

La II Internacional repite su infame política de 1914 con seguridad acrecida, ya que hoy la Komintern es el primer violín del chauvinismo. Tan pronto como llegó a concretarse el peligro de una guerra, los estalinistas, ganando por la mano a los pacifistas burgueses y pequeñoburgueses, se convirtieron en los más decididos partidarios de la «defensa nacional». La carga de la lucha revolucionaria contra la guerra descansa por completo sobre los hombros de la IV Internacional.

La política bolchevique-leninista en este punto, formulada en las tesis del Secretariado Internacional (*La guerra y la IV Internacional*, 1934), conserva actualmente toda su vigencia. En la fase que se abre, el éxito del Partido revolucionario dependerá sobre todo de la postura que adopte sobre el tema de la guerra. La política correcta debe incluir dos elementos: ningún compromiso con el imperialismo y sus guerras y un programa basado en la experiencia de las propias masas.

Más que ninguna otra, la cuestión de la guerra es usada por la burguesía y sus agentes para engañar al pueblo con abstracciones, fórmulas generales y fraseología barata: «neutralidad», «seguridad colectiva», «armarse para defender la paz», «defensa nacional», «lucha contra el fascismo», etc. Todas estas fórmulas no persiguen más que una sola finalidad: que el tema de la guerra, es decir, la suerte del pueblo, se deje en manos de los imperialistas, sus gobiernos, su diplomacia, sus generales, pozos todos ellos de intrigas y asechanzas en contra del pueblo.

La IV Internacional rechaza tajantemente todas esas abstracciones («honor», «sangre», «raza») tendentes a un mismo fin tanto en el campo democrático como en el fascista. Pero no basta con rechazarlas tajantemente. Hay que ayudar a las masas a comprender la verdadera esencia de esas abstracciones fraudulentas por medio de criterios, exigencias y reivindicaciones que sirvan para desenmascararlas.

¿Desarme? Todo el problema consiste en saber quién desarmará a quién. El único desarme que puede evitar o acabar con la guerra es el desarme de la burguesía por el proletariado. Y para desarmar a la burguesía, los obreros tienen que armarse.

¿Neutralidad? El proletariado es cualquier cosa menos neutral en la guerra entre Japón y China o en una guerra entre Alemania y la U.R.S.S. «¿Así que se trata de defender a China y a la U.R.S.S.?» «¡Por supuesto!» Pero no con ayuda de los imperialistas, que se aprovecharán para estrangular tanto a la China como a la U.R.S.S.

¿Defensa de la patria? Bajo esta abstracción, la burguesía entiende la defensa de sus beneficios y su derecho al pillaje. Nos aprestaremos a defender a la patria de los capitalistas extranjeros, cuando hayamos atado de pies y manos a los nuestros y les hayamos impedido seguir atacando patrias extranjeras; cuando los obreros y los campesinos se hayan convertido en los verdaderos dueños de nuestro país; cuando la riqueza nacional haya pasado de las manos de una ínfima minoría a las del pueblo; cuando el ejército sea un arma de los explotados y no de los explotadores.

Estos temas fundamentales han de detallarse y explicarse a menudo con ayuda de ejemplos concretos, según el curso de los acontecimientos y el estado de ánimo de las masas. Habrá que distinguir además entre el pacifismo

del diplomático, el profesor, el periodista y el del carpintero, el obrero agrícola o la asistenta. En el primer caso, su pacifismo no es más que una pantalla del imperialismo; en el segundo, una expresión confusa de su desconfianza en él.

Cuando el pequeño campesino o el obrero hablan de la defensa de la patria, se están refiriendo a la de su casa, su familia y otras familias como la suya de la invasión, las bombas y el gas tóxico. Los capitalistas y sus periodistas entienden por defensa de la patria la conquista de colonias y mercados, el aumento de la parte «nacional» de la renta mundial por medio del pillaje. El pacifismo y el patriotismo burgués están transidos de engaño. En el pacifismo, y aun en el patriotismo de los oprimidos hay una mezcla de elementos que, por un lado, reflejan su odio hacia la destrucción y la guerra y, por otro, les impulsan hacia lo que ellos estiman ser su propio bien. Esos elementos han de ser correctamente entendidos para poder extraer conclusiones correctas. Hay que saber contraponer frontalmente estas dos formas de pacifismo y patriotismo.

Con estas consideraciones por punto de partida, la IV Internacional defiende toda reivindicación, por insignificante que parezca, que pueda empujar a las masas a la política activa, que despierte su sentido crítico y que aumente su control sobre las maquinaciones de la burguesía.

Con esta perspectiva, nuestra sección americana, por ejemplo, da su apoyo crítico a la propuesta de que toda eventual declaración de guerra sea decidida en un referéndum. Sin duda, ninguna reforma democrática puede impedir por sí misma que los dirigentes imperialistas se lancen a la guerra cuando lo estimen conveniente. Esto hay que decirlo abiertamente. Pero, pese a las posibles ilusiones que las masas puedan hacerse respecto al referéndum, su apoyo refleja la desconfianza que obreros y campesinos sienten hacia el gobierno y el parlamento burgueses. Sin fomentar ilusiones, hay que apoyar con todas nuestras fuerzas toda muestra de desconfianza de los explotados hacia los explotadores. Cuanto mayor sea el movimiento pro-referéndum, antes lo abandonarán los pacifistas burgueses; tanto más desacreditados se verán los traidores de la Komintern; tanto mayor será la desconfianza hacia los imperialistas.

Desde este punto de vista, hay que defender la exigencia de que hombres

y mujeres tengan derecho al voto desde los dieciocho años. Quienes serán llamados a morir por la patria deben tener derecho a votar. La lucha antiguerra debe convertirse ante todo *en movilización revolucionaria de los jóvenes*.

Hay que hacer luz sobre el problema de la guerra desde todos los ángulos, haciendo hincapié especialmente en aquellos aspectos que en cada momento sean más comprensibles para las masas.

La guerra es una empresa comercial gigantesca, especialmente para la industria bélica. Por eso las «60 familias» son patriotas de toda la vida, y a la vez son los principales factores de guerra. El *control obrero de las industrias bélicas* es el primer paso en la lucha contra los fabricantes de guerras.

Al *slogan* reformista de *impuestos sobre los beneficios bélicos* nosotros oponemos los de *confiscación de los beneficios bélicos y expropiación de los fabricantes de la industria de guerra*. Allí donde, como en Francia, la industria militar está «nacionalizada» la consigna de *control obrero* mantiene toda su vigencia. El proletariado tiene tan poca confianza en el gobierno burgués como en los capitalistas individuales.

¡Ni un hombre, ni un céntimo para el gobierno burgués!

¡No a los programas de armamento! ¡Sí a los programas de obras de utilidad pública!

¡Total independencia de las organizaciones obreras respecto del control militar y policíaco!

De una vez por todas hay que arrebatar las decisiones sobre el destino del pueblo de las manos de las bandas imperialistas codiciosas y despiadadas que intrigan a espaldas del pueblo.

Así, pues, exigimos:

¡Total abolición de la diplomacia secreta; acceso de los obreros y campesinos a todos los acuerdos y tratados!

¡Entrenamiento militar y armamento de los obreros y campesinos bajo el control de los comités de obreros y campesinos!

¡Creación de escuelas militares para la formación de oficiales provenientes de las filas de los trabajadores, elegidos por las organizaciones obreras!

¡Sustitución del ejército regular, es decir, acuartelado, por una *milicia*

obrero indisolublemente ligada a las fábricas, las minas, los campos, etc.!

La guerra imperialista es una continuación corregida y aumentada de la política de pillaje de la burguesía. La lucha del proletariado contra la guerra es la continuación corregida y aumentada de su lucha de clase. La ruptura de hostilidades altera el equilibrio y, parcialmente, los métodos de lucha entre las clases, pero no su fin ni su rumbo fundamental.

La burguesía imperialista domina el mundo. Básicamente, por tanto, la próxima guerra va a ser una guerra imperialista. El contenido fundamental de la política del proletariado internacional ha de ser, por tanto, una lucha contra el imperialismo y su guerra. El principio fundamental de esta lucha es: «El enemigo principal está en *nuestro propio país*», o «La derrota de *nuestro propio* gobierno (imperialista) es el mal menor».

Pero no todos los países del mundo son imperialistas. Muy al contrario, la mayoría son víctimas del imperialismo. Algunos de los países coloniales o semi-coloniales tratarán indudablemente de utilizar la guerra para librarse del yugo de la esclavitud. La suya no será una guerra imperialista, sino de liberación. El deber del proletariado internacional es ayudar a los países oprimidos en su lucha contra los opresores. El mismo deber tiene de ayudar a la U.R.S.S. o a cualquier otro Estado obrero que pueda surgir de la guerra o en plena guerra. La derrota de *todos y cada uno* de los gobiernos imperialistas en lucha contra un Estado obrero o contra un país colonial es el mal menor.

Pero los obreros de un país imperialista no pueden ayudar a un país antiimperialista a través de su propio gobierno burgués, por buenas que puedan ser las relaciones diplomáticas y militares entre ambos países en un momento dado. Si sus gobiernos están unidos por una alianza temporal y necesariamente inestable, el proletariado del país más imperialista debe seguir manteniendo una posición de clase opuesta a su propio gobierno y debe ayudar al «aliado» no imperialista con *sus propios* métodos, es decir, por los de la lucha de clases internacional (agitación a favor del Estado obrero o del país colonial no sólo contra sus enemigos, sino también contra sus pérfidos aliados, utilizando el boicot y la huelga en algunos casos y rechazando el boicot y la huelga en otros, etc.).

Al defender a un país colonial o a la U.R.S.S. en el curso de una guerra, el

proletariado no debe solidarizarse ni por un momento con el gobierno burgués de un país colonial o con la burocracia termidoriana de la U.R.S.S. Al contrario, debe mantenerse independiente de uno y otra. Por su ayuda a las guerras justas y progresivas, el proletariado revolucionario se ganará la simpatía de los obreros de las colonias y de la U.R.S.S., afianzando así la autoridad y la influencia de la IV Internacional y aumentando las posibilidades de que sean derrocados tanto el gobierno burgués del país colonial en cuestión como la burocracia reaccionaria de la U.R.S.S.

Al comienzo de la guerra, las secciones de la IV Internacional se van a sentir inevitablemente aisladas: las guerras cogen por sorpresa a las masas de cada país y las empujan hacia su aparato gubernamental. Los internacionalistas tendrán que nadar contra corriente. Pero la destrucción y la miseria de la nueva guerra, que superarán con mucho en pocos meses los sangrientos horrores de 1914-18, actuarán como una ducha de agua fría. El descontento de las masas y su revuelta crecerán bruscamente. Las secciones de la IV Internacional se encontrarán a la cabeza de la oleada revolucionaria. El programa de transición cobrará una actualidad apremiante. Y el problema de la toma del poder por el proletariado se planteará en toda su dimensión

Antes de aniquilar o ahogar en sangre a la humanidad, el capitalismo se encarga de envenenar la atmósfera mundial con los vapores tóxicos del odio nacional y racial. El *antisemitismo* es actualmente uno de los más peligrosos estertores de la agonía del capital.

La denuncia implacable de las raíces de clase de los prejuicios raciales, así como de todas las formas y clases de chovinismo y arrogancia nacionalista, especialmente del antisemitismo, deben formar parte del trabajo cotidiano de todas las secciones de la IV Internacional, como elemento educativo fundamental en la lucha contra el imperialismo y la guerra. Nuestra consigna básica sigue siendo la de *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

El gobierno obrero y campesino

La consigna de «gobierno obrero y campesino» apareció por primera vez en

1917 en las campañas de agitación bolchevique, para ser definitivamente aceptada tras la Revolución de Octubre. En última instancia no significaba otra cosa que la denominación popular para la dictadura proletaria ya establecida. Lo importante de esta designación es que subrayaba la idea de la *alianza entre el proletariado y el campesinado* en que se basaba el poder soviético.

Cuando la Komintern de los epígonos trató de resucitar la consigna, ya enterrada por la Historia, de «dictadura democrática del proletariado y el campesinado», dio a la fórmula de «gobierno obrero y campesino» un significado puramente «democrático», es decir, burgués, *contraponiéndola* a la de dictadura del proletariado. Los bolcheviques-leninistas rechazamos abiertamente la consigna de «gobierno obrero y campesino» en su versión democrático-burguesa. Afirmamos en su momento y lo repetimos ahora que cuando el partido del proletariado se niega a desbordar los cauces democrático-burgueses, su alianza con el campesinado se convierte en un mero soporte del capital. Eso sucedió con los mencheviques y los socialrevolucionarios en el año 1917, con el Partido Comunista chino en 1925-27, y sucede ahora con el Frente Popular en España, Francia y otros países.

De abril a septiembre de 1917 los bolcheviques exigieron a mencheviques y socialrevolucionarios que rompiesen con la burguesía liberal y tomasen el poder. Si lo hacían, el partido bolchevique prometía a mencheviques y socialrevolucionarios, representantes pequeño-burgueses de los obreros y campesinos, su ayuda revolucionaria contra la burguesía; aunque rechazaba categóricamente entrar en el gobierno de los mencheviques y socialrevolucionarios o aceptar ninguna responsabilidad política por sus actos. Si los mencheviques y los socialrevolucionarios hubiesen roto con los cadetes (liberales) y el imperialismo extranjero, el «gobierno obrero y campesino» que se hubiese formado habría acelerado, facilitándola, el establecimiento de la dictadura del proletariado. Pero ésta era precisamente la razón de que los dirigentes de la democracia pequeño-burguesa se resistieran con todas sus fuerzas a poner en pie su propio poder. La experiencia rusa demostró, como lo confirma ahora la experiencia de España y Francia, que incluso en circunstancias excepcionalmente favorables los partidos de la

democracia pequeñoburguesa (socialrevolucionarios, socialdemócratas, estalinistas, anarquistas) son incapaces de crear un gobierno obrero y campesino, es decir, un gobierno independiente de la burguesía.

Sin embargo, la exigencia que los bolcheviques imponían a mencheviques y socialrevolucionarios («Romped con la burguesía; tomad el poder en vuestras manos») tuvo una excepcional importancia pedagógica para las masas. La obstinada negativa de mencheviques y socialrevolucionarios a tomar el poder, tan dramáticamente demostrada en las jornadas de julio, los condenó definitivamente ante las masas, preparando la victoria de los bolcheviques.

La tarea central de la IV Internacional consiste en librar al proletariado de su vieja dirección, cuyo conservadurismo está en completa contradicción con las catastróficas erupciones de un capitalismo en descomposición y constituye el obstáculo fundamental para el progreso histórico. La acusación principal de la IV Internacional a las organizaciones tradicionales del proletariado es que no desean separarse de ese semicadáver político que es la burguesía.

En estas circunstancias, la reiteración de la exigencia dirigida a la antigua dirección («Romped con la burguesía; tomad el poder») es un arma decisiva para denunciar el carácter traidor de los partidos y organizaciones de la II, la III y la Internacional de Amsterdam^[9]. La consigna de «gobierno obrero y campesino» sólo nos resulta aceptable si se le da el sentido que tenía en 1917 para los bolcheviques, es decir un sentido antiburgués y anticapitalista. Pero no la aceptamos con el significado «democrático» que le han dado los epígonos actuales, transformándola, de un puente hacia la revolución socialista, en el principal obstáculo en su camino.

A todos los partidos que se asientan sobre una base obrera y campesina y hablan en su nombre les exigiremos que rompan políticamente con la burguesía y se sumen a la lucha por un gobierno obrero y campesino. Para esta lucha les ofrecemos todo nuestro apoyo contra la reacción capitalista. Al tiempo, agitaremos incansablemente en favor de aquellas consignas transitorias que, en nuestra opinión, deberían constituir el programa del «gobierno obrero y campesino».

¿Puede esperarse que semejante gobierno sea formado por las

organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra, como se ha visto, que es, por lo menos, muy improbable. Sin embargo, no puede negarse de antemano la posibilidad de que, en circunstancias excepcionales (guerra, derrota, quiebra financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etcétera), los partidos pequeñoburgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía. De algo no hay que dudar: incluso aunque esta improbable variante pudiera materializarse en algún lugar y momento, aunque se creara un «gobierno obrero y campesino» en el sentido que acabamos de defender, no sería más que un episodio en la ruta hacia la verdadera dictadura del proletariado.

Pero es inútil perderse en adivinanzas. La agitación por «un gobierno obrero y campesino» tiene en todo momento un tremendo valor educativo. No es una casualidad. Esta consigna general va en el mismo sentido del desarrollo político de nuestra época (quiebra y descomposición de los partidos burgueses tradicionales, eclipse de la democracia, crecimiento del fascismo, impulso creciente de los trabajadores hacia una política más agresiva y activa). Todas y cada una de las consignas de transición deben llevar a la misma conclusión política: los obreros tienen que romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para poner en pie junto con el campesinado su propio poder.

Es imposible adivinar de antemano cuáles van a ser las fases de la movilización revolucionaria de las masas. Las secciones de la IV Internacional deben adoptar una actitud crítica ante cada nueva fase y defender aquellas consignas que se adapten a los deseos obreros de una política independiente, profundicen el carácter de clase de esa política, destruyan las ilusiones pacifistas y reformistas, fortalezcan las relaciones de la vanguardia con las masas y preparen la toma revolucionaria del poder.

Los soviets

Como se ha dicho, *los comités de fábrica* son órganos de doble poder en el

seno de la fábrica. Por tanto, su existencia sólo es posible cuando se da una presión de masas creciente. Lo mismo puede decirse de los *comités antiguerra*, *comités de precios* y demás órganos semejantes del movimiento, cuya sola aparición prueba que la lucha de clases ha desbordado los límites de las organizaciones tradicionales del proletariado.

Todos estos órganos y comités van a empezar a sentir, en breve, su falta de cohesión y su insuficiencia. Ni una sola de las consignas de transición podrá imponerse totalmente mientras se mantenga el régimen burgués. Al tiempo, la profundización de la crisis social no sólo hará crecer los sufrimientos de las masas, sino su impaciencia, su voluntad de resistencia, su capacidad de presión. Cada día, nuevos sectores de oprimidos levantarán su cabeza y defenderán resueltamente sus reivindicaciones. Millones de necesitados e ignorados por las organizaciones reformistas comenzarán a llamar con insistencia a las puertas de las organizaciones obreras. Los parados se unirán al movimiento y los trabajadores del campo, los campesinos total o casi totalmente arruinados, los oprimidos de las ciudades, las mujeres trabajadoras, las amas de casa, los sectores intelectuales proletarizados, buscarán como un solo hombre su unidad y una dirección capaz.

¿Cómo armonizar, aunque no sea más que dentro de los límites de una sola ciudad, las diferentes reivindicaciones y formas de lucha? La Historia ha contestado ya esta *Pregunta*: por medio de los soviets. Los soviets unificarán a los representantes de los distintos sectores en lucha. Nadie ha propuesto otra forma de organización distinta para alcanzar esos fines, y parece imposible inventar otra mejor. Los soviets no están vinculados *a priori* a ningún programa. Sus puertas están abiertas a todos los explotados. Su organización, que se extiende junto con el ascenso del movimiento, cambia y se rehace en su seno tantas veces como sea necesario. Todas las corrientes políticas proletarias pueden luchar por su dirección sobre la base de la más amplia democracia. Por eso, la consigna de soviets corona el programa de transición.

Los soviets sólo aparecerán cuando el movimiento de masas se embarque abiertamente en la ruta de la revolución. Desde su aparición, los soviets, actuando como un pivote en torno al cual se agrupan millones de trabajadores

en su lucha contra los explotadores, se convierten en competidores y oponentes de las autoridades locales primero y del gobierno central después. De la misma manera que los comités de fábrica hacen aparecer una estructura de doble poder en las fábricas, los soviets suscitan un período de doble poder en el país.

El doble poder es la fase culminante de la época de transición. Dos regímenes diferentes, el burgués y el proletario, se oponen sin tapujos. Es inevitable el conflicto entre ambos. El destino de la sociedad dependerá de su resultado. Si la revolución es derrotada, la dictadura fascista de la burguesía será su consecuencia. Si no, el poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado y la reconstrucción socialista de la sociedad.

Los países atrasados y el programa de transición

Los países coloniales y semicoloniales son, en esencia, países atrasados. Los países atrasados forman parte de un mundo dominado por el imperialismo. Su desarrollo, por consiguiente, tiene carácter combinado: las formas económicas más primitivas se combinan con el último grado de la técnica y la civilización capitalistas. Algo semejante sucede con las luchas políticas del proletariado en los países atrasados: la lucha por las más elementales reivindicaciones de independencia nacional y democracia burguesa se combina con el combate socialista contra el imperialismo mundial. En esta lucha, las consignas democráticas, las reivindicaciones transitorias y los problemas de la revolución socialista no constituyen etapas históricas aisladas, sino que están íntimamente unidas. Apenas había comenzado a organizar sindicatos, el proletariado chino se vio en la necesidad de dotarse de soviets. En este sentido, el programa de transición puede aplicarse perfectamente en los países coloniales y semicoloniales, al menos en aquéllos donde el proletariado es capaz de proseguir una política independiente.

La tarea central en los países coloniales y semicoloniales es la *revolución agraria*, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la *independencia nacional*, es decir, la liberación del yugo capitalista. Ambas tareas están

íntimamente ligadas.

No se trata de rechazar el programa democrático, sino de conseguir que, en su lucha, las masas lo desborden. La consigna de Asamblea Nacional (o Constituyente) mantiene toda su vigencia en países como China o la India. Esa consigna debe ligarse indisolublemente al problema de la independencia nacional o de la reforma agraria. Antes que nada, los obreros deben armarse de este programa democrático. Sólo ellos podrán organizar y unificar a los campesinos. Pero, sobre la base del programa democrático revolucionario, es necesario enfrentar a los obreros con la burguesía «nacional». Al llegar a un cierto estadio en la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, pueden y deberían surgir los soviets. Su papel histórico en cada momento, especialmente en relación a la Asamblea Nacional, dependerá de factores como el nivel político del proletariado, sus lazos; con el campesinado y la política del partido proletario. Más tarde o más temprano, los soviets habrán de plantearse el derrocamiento de la democracia burguesa, pues sólo ellos pueden llevar a término la revolución democrática y abrir paso así a la era de la revolución socialista.

El peso específico de las diversas consignas democráticas y transitorias en la lucha proletaria, su relación mutua y su orden de aparición vendrán determinados por las peculiaridades de los diferentes países atrasados y, en buena medida, por su *grado* de atraso. Sin embargo, la tendencia general de desarrollo revolucionario en todos los países atrasados puede determinarse por la fórmula de *revolución permanente* en el sentido que le confirieron definitivamente las tres revoluciones rusas (1905, febrero de 1917 y octubre de 1917).

La Komintern ha dado a los países atrasados una muestra ejemplar de cómo es posible hundir una revolución poderosa y prometedor. Cuando se produjo la impetuosa ascensión del movimiento de masas en China entre 1925 y 1927, la Komintern no propuso la consigna de Asamblea Nacional, al tiempo que impidió que se crearan soviets. (El Kuomintang, partido burgués, estaba llamado, según Stalin, a reemplazar tanto a la Asamblea Nacional como a los soviets). Tras la derrota de las masas por el Kuomintang, la Komintern montó una caricatura de soviets en Cantón y, tras el hundimiento inevitable de la revuelta de Cantón, la Komintern se decidió por la guerrilla y

los soviets campesinos, con total pasividad del proletariado industrial. Metida así en un callejón sin salida, la Komintern aprovechó la guerra chino-japonesa para liquidar de un plumazo a la «China soviética», sometiendo nuevamente no sólo el «Ejército rojo» campesino, sino también el llamado Partido «Comunista», al Kuomintang, es decir, a la burguesía.

Tras haber traicionado a la revolución proletaria internacional en aras de la amistad con los mercaderes de esclavos «demócratas», la Komintern tenía que traicionar también la lucha por su liberación de las masas coloniales, con mayor cinismo, si cabe, con que lo hizo anteriormente la II Internacional. Una de las finalidades de la política de Frentes Populares y de «defensa nacional» consiste en convertir en carne de cañón del Imperialismo «democrático» a cientos de millones de trabajadores de las colonias. La bandera de la lucha Por la liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales, es decir, de más de media Humanidad, ha pasado definitivamente a manos de la IV Internacional.

El programa de transición en los países fascistas

Gran diferencia hay hoy con el tiempo en que los estrategas de la Komintern anunciaban que la victoria de Hitler no era más que un paso hacia la victoria de Thaelmann^[10]. Thaelmann lleva ya más de cinco años en las prisiones hitlerianas. Mussolini hace ya más de dieciséis años que tiene a Italia encadenada al fascismo. En estos años, los partidos de la II y la III Internacional han sido incapaces no sólo de dirigir un movimiento de masas, sino de crear una seria organización ilegal semejante a la de los partidos revolucionarios rusos en tiempos del zarismo.

No hay ninguna razón para pensar que esos fracasos se deban al poder de la ideología fascista. (En esencia, Mussolini nunca propuso ideología alguna). La «ideología» de Hitler nunca ha atraído seriamente a los trabajadores. Los sectores de la población, especialmente las clases medias, que se emborracharon con el fascismo han tenido tiempo suficiente para superar la resaca. El hecho de que la única oposición apenas perceptible se limite a

círculos religiosos católicos y protestantes no prueba la pujanza de las teorías semi-delirantes y de las paparruchas sobre la «raza» y la «sangre», sino la bancarrota de las ideologías de la democracia, la socialdemocracia y la Komintern.

Tras la masacre de la Comuna de París, el terror reaccionario duró cerca de ocho años. Tras la derrota de la revolución rusa de 1905, las masas trabajadoras permanecieron mudas durante un período casi tan largo. Pero en ambos casos, la derrota era un fenómeno físico, impuesto por la correlación de fuerzas y completado en Rusia por la inexperiencia política del proletariado. La fracción bolchevique no había cumplido aún los tres años por aquel entonces. La situación alemana es radicalmente distinta: la dirección la ejercían partidos poderosos, de los cuales uno tenía ya setenta años de existencia y el otro casi quince. Pero ambos partidos, con todos sus millones de electores, estaban moralmente paralizados con anterioridad a la lucha y capitularon sin librar una sola batalla. La Historia no recuerda otro fracaso semejante. El proletariado alemán no fue vencido por el enemigo en una batalla abierta. Fue aplastado por la cobardía, la bajeza y la perfidia de sus propios partidos. Es lógico que haya perdido su fe en todo aquello en que había creído durante tres generaciones. La victoria de Hitler, a su vez, fortaleció a Mussolini.

El prolongado fracaso de la revolución en España o Alemania no es más que el precio de la política criminal de la socialdemocracia y la Komintern. El trabajo ilegal no sólo necesita la simpatía de las masas, sino el entusiasmo consciente de sus sectores avanzados. ¿Pero qué entusiasmo pueden suscitar organizaciones históricamente fracasadas? La mayoría de los líderes emigrados o están desmoralizados hasta la médula, o son agentes del Kremlin y la G.P.U., o son ex ministros socialdemócratas que sueñan con que, por arte de magia, los obreros les devuelvan sus carteras perdidas. ¿Puede imaginarse, siquiera por un momento, que estos caballeros puedan convertirse en los futuros dirigentes de la revolución «antifascista»?

Los acontecimientos del mundo —el aplastamiento de los obreros austríacos, la derrota de la revolución española, la degeneración del estado soviético— poco pueden contribuir a aumentar el empuje revolucionario en Italia y Alemania. Como, además, la información política de los obreros

alemanes e italianos depende en gran medida de la radio, cabe decir con toda seguridad que la radio de Moscú, con su combinación de mentiras termidorianas, estupidez e insolencia, se ha convertido en el más poderoso factor de desmoralización obrera en los Estados totalitarios. En ésta como en tantas otras cuestiones, Stalin se limita a servir de ayudante a Goebbels^[11].

Al tiempo, los antagonismos de clase que propiciaron la victoria del fascismo siguen actuando bajo ese régimen y lo van socavando gradualmente. Las masas están más insatisfechas que nunca.

Cientos, miles de sacrificados proletarios continúan, pese a quien pese, con su revolucionario trabajo subterráneo. Ha llegado a escena una nueva generación que no conoce directamente el hundimiento de las viejas tradiciones y las grandes esperanzas. Por debajo de la losa funeraria, la preparación molecular de la revolución proletaria prosigue. Pero para que esta energía subterránea aflore en revuelta abierta, la vanguardia proletaria tiene que abrir nuevas perspectivas, dotarse de un nuevo programa, levantar una bandera sin lacra.

Ésta es la principal dificultad. Es extremadamente difícil que los obreros de un país fascista opten por un nuevo programa. Un programa se verifica en la práctica. Y es precisamente la práctica del movimiento de masas lo que se echa a faltar en los países de despotismo totalitario. Es muy posible que sea necesario un verdadero éxito proletario en uno de los países «democráticos» para dar nuevo impulso al movimiento revolucionario en territorio fascista. Efectos similares puede tener una catástrofe financiera o militar. Por el momento, es necesario realizar un trabajo fundamentalmente propagandístico y preparatorio del que puedan obtenerse buenos resultados futuros. En este punto algo hay que decir con la mayor convicción: una vez que rompa, la ola revolucionaria en los países fascistas provocará un gran estallido que en manera alguna se limitará a resucitar un cadáver como la República de Weimar^[12].

A partir de aquí aparece una divergencia irreconciliable entre la IV Internacional y los partidos tradicionales, supervivientes de su propia bancarrota. El Frente Popular en el exilio es la peor y más nociva especie de Frente Popular. En esencia, se reduce a una impotente añoranza de la coalición con una burguesía liberal inexistente. De tener éxito, no haría sino

preparar, como en España, nuevas derrotas del proletariado. La denuncia implacable de la teoría y la práctica del Frente popular constituye la primera condición para una lucha revolucionaria contra el fascismo.

Por supuesto, esto no significa que la IV Internacional rechace las consignas democráticas como medios de movilizar a las masas contra el fascismo. Esas consignas pueden jugar un papel considerable en diferentes momentos. Pero las fórmulas democráticas (libertad de prensa, libertad sindical, etc.) no son para nosotros más que consignas ocasionales y episódicas, subordinadas a la movilización independiente del proletariado; no un nudo corredizo puesto alrededor de su cuello por los agentes de la burguesía (¡España!). Tan pronto como el movimiento asuma caracteres masivos, las consignas democráticas se entrecruzarán con las transitorias; no es difícil suponer que los comités de fábrica se interpondrán en la carrera de los viejos burócratas desde las embajadas en que se refugian hasta los edificios de los nuevos sindicatos; los soviets cubrirán Alemania antes de que pueda reunirse en Weimar una nueva Asamblea Constituyente. Lo mismo sucederá en Italia y en el resto de los países totalitarios y semitotalitarios.

El fascismo ha sumido a esos países en la barbarie política. Pero no ha cambiado su estructura social. El fascismo es un arma en manos del capital financiero y no de los terratenientes feudales.

Un programa revolucionario debe basarse en la dialéctica de la lucha de clases que existe también en los países fascistas, y no en la sicología de unos pobres derrotados. La IV Internacional rechaza con asco cualquier participación en el carnaval político que llevó a los estalinistas, los viejos héroes del «tercer período», a ponerse máscaras de católicos, protestantes, judíos, nacionalistas alemanes y liberales, para mejor ocultar su repulsiva faz. La IV Internacional aparece siempre y en todas partes bajo su propia bandera y propone abiertamente su programa al proletariado de los Estados fascistas. Los trabajadores avanzados del mundo entero están ya firmemente convencidos de que el derrocamiento de Mussolini, Hitler, sus agentes e imitadores no puede hacerse más que bajo la dirección de la IV Internacional.

La U.R.S.S. y los problemas de la fase de transición

La Unión Soviética salió de la Revolución de Octubre convertida en un Estado obrero. La propiedad estatal de los medios de producción, esa precondition del desarrollo socialista, abrió la posibilidad de un rápido crecimiento de las fuerzas productivas. Pero, al tiempo, el aparato del Estado obrero sufrió una degeneración total: de arma de la clase obrera pasó a ser un arma de violencia burocrática contra la clase obrera y, cada vez más, un arma de sabotaje contra la economía del país. La burocratización de un Estado obrero atrasado y aislado, así como la transformación de la burocracia en una casta privilegiada y todopoderosa son la más convincente refutación no sólo teórica, sino práctica, de la teoría del socialismo en un solo país.

La U.R.S.S. se ve así recorrida de tremendas contradicciones. Pero sigue siendo un *Estado obrero degenerado*. Éste ha de ser nuestro diagnóstico social. Nuestra previsión política está abierta: o bien la burocracia, al convertirse cada vez más en un instrumento de la burguesía mundial en el Estado obrero, terminará con las nuevas formas de propiedad y entregará de nuevo el país al capitalismo, o bien la clase obrera derrotará a la burocracia y despejará el camino hacia el socialismo.

Para las secciones de la IV Internacional, los procesos de Moscú^[13] no constituyeron una sorpresa, ni el resultado de la locura personal del dictador del Kremlin, sino una consecuencia natural del Termidor^[14]. Brotaron también de insoportables conflictos en el seno de la propia burocracia, reflejo de las contradicciones entre la burocracia y el pueblo, así como de las crecientes divisiones en el propio «pueblo». La naturaleza sangrienta y «sensacional» de los procesos refleja la intensidad de esas contradicciones y anuncia la inminencia del desenlace.

A su modo, las declaraciones públicas de antiguos representantes extranjeros del Kremlin que se niegan a volver a Moscú confirman que entre la burocracia pueden darse todos los matices del espectro político: desde el bolchevismo auténtico (Ignace Reiss)^[15] hasta el más completo fascismo (F. Butenko)^[16]. Los elementos revolucionarios de la burocracia, que son una pequeña minoría, reflejan, pasivamente, los intereses socialistas del proletariado. Los elementos fascistas y contrarrevolucionarios, cuyo número

aumenta sin cesar, expresan con una coherencia creciente los intereses del imperialismo mundial. Esos candidatos a convertirse en nueva burguesía compradora consideran, con razón, que la nueva etapa dirigente sólo puede consolidar sus privilegios si rechaza las nacionalizaciones, la colectivización y el monopolio del comercio exterior en nombre de una asimilación a la «civilización occidental», es decir, al capitalismo. Entre esos polos hay toda una serie de tendencias, difusamente mencheviques, socialrevolucionarias y liberales, que se inclinan hacia la democracia burguesa.

En el seno de la llamada sociedad «sin clases» existen, sin duda, agrupamientos semejantes a los que aparecen en el seno de la burocracia, aunque se expresen con menor acuidad y en proporción inversa: las tendencias capitalistas conscientes se dan principalmente entre las capas prósperas de las explotaciones agrarias colectivizadas (*koljoses*) y son características de una pequeña parte de la población. Pero en esa capa hay una amplia base para tendencias pequeño-burguesas favorables a la acumulación de riqueza individual en medio de la pobreza general que son alentadas conscientemente por la burocracia.

En la cumbre de este sistema de contradicciones crecientes, reduciendo cada vez más el equilibrio social, se ha instalado por métodos terroristas la oligarquía termidoriana, reducida hoy a la banda bonapartista de Stalin. Las últimas farsas judiciales quisieron ser un golpe *contra la izquierda*. Esto vale incluso para la liquidación de los dirigentes de la Oposición de derechas^[17], pues la derecha del viejo Partido bolchevique, desde la perspectiva de los intereses y las tendencias burocráticas, representaba un peligro *de izquierda*. El hecho de que la banda bonapartista, que también teme a sus propios aliados de derecha del tipo de los Butenko, se vea obligada a defenderse con la ejecución casi completa de la vieja guardia bolchevique, es la mejor prueba de la vitalidad de las tradiciones revolucionarias entre las masas, así como de su creciente descontento.

Los demócratas pequeñoburgueses de Occidente, que hasta hace poco aceptaban los procesos de Moscú como oro de ley, repiten hoy con insistencia que no hay «trotskismo ni trotskistas en la URSS». Lo que no explican nunca es la razón de que todas las purgas se realizan precisamente bajo la bandera de una lucha contra el trotskismo. Si entendemos por

«trotskismo» un programa acabado o, mejor aún, una estructura organizativa, no cabe duda de que el «trotskismo» es extremadamente débil en la U.R.S.S. Sin embargo, su fuerza invencible se la da el hecho de que no sólo expresa la tradición revolucionaria, sino también la verdadera oposición actual de la clase obrera rusa. El odio social que los trabajadores han acumulado contra la burocracia es lo que, desde el punto de vista de la banda del Kremlin, hace peligroso al «trotskismo». La burocracia teme como a la muerte, y no sin razón, que puedan establecerse lazos entre la profunda pero aún desorganizada indignación de los obreros y la organización de la IV Internacional.

El exterminio de la vieja guardia bolchevique y de los representantes revolucionarios de las generaciones media y joven ha alterado el equilibrio político a favor de la derecha, de la rama burguesa de la burocracia y de sus aliados a lo ancho del país. De ellos, es decir, de la derecha, puede esperarse que en el próximo período se intente revisar el carácter socialista de la U.R.S.S. para aproximarlos a la «civilización occidental» en su variante fascista.

En esta perspectiva, el tema de la «defensa de la U.R.S.S.» se convierte en algo muy concreto. Si mañana la fracción burgués-fascista, la «fracción Butenko», por decirlo así, intentase conquistar el poder, la «fracción Reiss» se colocaría inevitablemente al otro lado de las barricadas. Aun cuando hubiese de aliarse coyunturalmente con Stalin, no por ello defendería a la banda bonapartista, sino a la base social de la U.R.S.S., es decir, la propiedad arrebatada a los capitalistas y convertida en propiedad del Estado. Si la «fracción Butenko» se aliase con Hitler, la «fracción Reiss» defenderá a la U.R.S.S. de la intervención militar, tanto en el interior del país como en el frente mundial. Cualquier otra actitud sería una traición.

Aun cuando hoy es imposible negar de antemano la posibilidad, en circunstancias muy concretas, de establecer un «frente único» con la fracción termidoriana de la burocracia en contra de un ataque abierto de la contrarrevolución capitalista, la principal tarea política en la U.R.S.S. hoy sigue siendo *el derrocamiento de esa misma burocracia termidoriana*. Cada día que se añade a su dominación contribuye a corromper los cimientos socialistas de la economía y a acrecentar las posibilidades de una restauración

capitalista. No otra ha sido la actuación de la Komintern, agente y cómplice de la banda estalinista, al estrangular la revolución española y contribuir así a la desmoralización del proletariado internacional.

Al igual que en los países fascistas, la fortaleza de la burocracia se la dan la pérdida de ilusiones de las masas y su falta de nuevas perspectivas. Al igual que en los países fascistas, de los que el aparato *político* de Stalin no se distingue más que por un salvajismo más declarado, sólo un trabajo propagandístico y preparatorio es posible hoy en la U.R.S.S. Al igual que en los países fascistas, el empuje revolucionario de los obreros soviéticos vendrá probablemente determinado por acontecimientos en el extranjero. Por eso, la lucha a nivel mundial contra la Komintern forma parte hoy de modo preeminente de la lucha contra la dictadura stalinista. Hay muchos síntomas de que la decadencia de la Komintern, que no se basa *directamente* en la G.P.U., precederá a la decadencia de la banda bonapartista y de la burocracia termidoriana en su conjunto.

Un nuevo empujón revolucionario en la U.R.S.S. comenzará indudablemente bajo la bandera de una lucha contra la *desigualdad social* y la *opresión política*. ¡Abajo los privilegios de la burocracia! ¡Abajo el estajanovismo! ¡Abajo la aristocracia soviética, con sus categorías y rangos! ¡Mayor igualdad salarial para todas las modalidades de trabajo!

La lucha por la libertad sindical y de formación de comités de fábrica, por el derecho de celebrar asambleas, por la libertad de prensa se convertirá en la lucha por la regeneración y el desarrollo de *la democracia soviética*.

Como Hitler y Goebbels, la burocracia sustituyó los soviets como órganos de clase por la ficción de unos derechos electorales para todos. Hay que devolver a los soviets no sólo su forma libre y democrática, sino también su contenido de clase. De igual modo que se prohibió que la burguesía y los kulaks entrasen en los soviets, ahora *hay que expulsar de ellos a la burocracia y a la nueva aristocracia obrera*. En los soviets sólo debe haber lugar para los representantes de los obreros, los campesinos de base y los soldados del Ejército rojo.

Es imposible una democratización de los soviets sin *legalización de los partidos soviéticos*. Los obreros y campesinos deben indicar mediante su voto qué partidos reconocen como soviéticos.

¡Hay que revisar, en interés de los productores y consumidores toda *la economía planificada*! Debe devolverse a los comités de fábrica el derecho de controlar la producción. La calidad y el precio de los productos deben ser controlados por una cooperativa de consumidores democráticamente organizada.

¡Hay que reorganizar las granjas colectivas de acuerdo con las exigencias y los intereses de los obreros que trabajan en ellas!

¡La reaccionaria *política internacional* de la burocracia debe ser sustituida por una política de internacionalismo proletario! Toda la correspondencia diplomática del Kremlin debe ser hecha pública. *¡Abajo la diplomacia secreta!*

¡Revisión de todos los procesos políticos montados por la burocracia termidoriana con completa publicidad e integridad y con derecho a una defensa abierta! Tan sólo una victoria del movimiento revolucionario de masas puede devolver la vida al régimen soviético y garantizar su desarrollo futuro hacia el socialismo. No hay más que un partido capaz de llevar a las masas soviéticas a la insurrección: ¡la IV Internacional!

¡Abajo la banda burocrática de Caín-Stalin!

¡Viva la democracia soviética!

¡Viva la revolución socialista internacional!

Contra el oportunismo y el revisionismo sin principios

La política del Partido de León Blum en Francia demuestra una vez más que los reformistas son incapaces de aprender ni siquiera de las más trágicas derrotas de la Historia. Con mentalidad de siervo, la socialdemocracia francesa copia la política de la socialdemocracia alemana y va por su mismo camino. En unos pocos decenios, la II Internacional, ensamblada con el régimen democrático-burgués, acabó por convertirse en parte suya y hoy se pudre con él.

La III Internacional ha tomado el camino del reformismo en un momento en que la crisis del capitalismo ha puesto definitivamente a la orden del día la

revolución proletaria. La política actual de la Komintern en España y China —arrastrarse ante la burguesía «democrática» y «nacional»— demuestra que la Komintern es igualmente incapaz de aprender o cambiar. La burocracia que se ha convertido en una fuerza reaccionaria en el seno de la U.R.S.S. no puede desempeñar un Papel revolucionario a escala mundial.

El anarcosindicalismo ha pasado por una solución similar. Hace ya tiempo que en Francia la burocracia sindicalista de León Jouhaux se ha convertido en una agencia de la burguesía en el seno de la clase obrera. En España, el anarcosindicalismo se sacudió su sedicente carácter revolucionario y se convirtió en la quinta rueda del carro de la burguesía.

Las organizaciones centristas intermedias que se agrupan en torno al Buró de Londres^[18] no son más que apéndices «de izquierda» de la socialdemocracia o la Komintern. Han demostrado una grandiosa incapacidad para entender la situación política y extraer de ella conclusiones revolucionarias. Su mejor representante es el P.O.U.M. español, que se mostró completamente incapaz de tomar la senda de la revolución en una situación revolucionaria.

Las trágicas derrotas sufridas por el proletariado mundial durante un largo período han llevado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo aún mayor, al tiempo que han servido para que los «revolucionarios» pequeñoburgueses se pusieran a buscar «nuevos caminos». Como en toda época de reacción y declive, han aparecido por todas partes magos y charlatanes dispuestos a imponer una completa revisión del pensamiento revolucionario. En vez de aprender del pasado, lo «rechazan». Unos descubren la incoherencia del marxismo, otros anuncian el declive del bolchevismo. Hay quienes hacen responsable a la teoría revolucionaria de las faltas y crímenes de quienes la han traicionado, y quienes maldicen la medicina porque no garantiza un remedio milagroso e instantáneo. Los más osados prometen descubrir una panacea y, como medida previa, recomiendan una tregua en la lucha de clases. Algunos profetas de la «nueva moral» se preparan a regenerar al movimiento obrero con ayuda de la hegemonía ética. La mayoría de estos apóstoles han conseguido convertirse en inválidos morales aun antes de llegar al campo de batalla. De este modo, bajo la envoltura de «nuevas vías», se ofrecen al proletariado viejas recetas desde

hace tiempo muertas y enterradas en los archivos del socialismo premarxista.

La IV Internacional ha declarado una guerra sin cuartel a las burocracias de la II y III Internacional, a la Internacional de Amsterdam y a la anarcosindicalista, así como a sus satélites centristas; al reformismo sin reformas; a la democracia aliada de la G.P.U.; al pacifismo sin paz; al anarquismo al servicio de la burguesía; a los «revolucionarios» que temen a la revolución como a la muerte. Todas esas organizaciones no son valores con futuro, sino reliquias del pasado. Esta época de guerras y revoluciones las arrasará.

La IV Internacional ni persigue ni inventa remedios milagrosos. Se basa por completo en el marxismo, única teoría revolucionaria que permite comprender la realidad y poner al descubierto las causas de las derrotas para así preparar conscientemente la victoria. La IV Internacional se enorgullece de seguir la tradición del bolchevismo, que fue el primero en mostrar al proletariado cómo conquistar el poder. La IV Internacional desprecia a magos, charlatanes y maestros de moral no solicitados por nadie. No hay mayor grado de moralidad en una sociedad basada en la explotación que la revolución social. Son buenos todos los medios que aumentan la conciencia de clase de los trabajadores, su confianza en sus propias fuerzas y su disposición a sacrificarse en la lucha. Los únicos medios impermisibles son aquellos que inducen a los oprimidos a temer y a someterse a sus opresores, que aniquilan su voluntad de protesta y su capacidad de indignación y que sustituyen la voluntad de las masas por la de sus dirigentes, sus convicciones por la obediencia ciega y el análisis de la realidad por la demagogia y los amaños. Por eso tanto la socialdemocracia, que ha prostituido al marxismo, como el estalinismo, antítesis del bolchevismo, son enemigos mortales de la revolución proletaria y su moral.

Mirar la realidad de frente, no ceder a la línea de menor resistencia; llamar al pan pan y al vino vino; decir la verdad a las masas, por amarga que sea; no tener miedo de los obstáculos; ser exacto tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; basar el programa propio en la lógica de la lucha de clases; ser audaz cuando llega la hora de la acción: tales son las reglas de la IV Internacional. Hasta el momento, la IV Internacional ha demostrado que es capaz de nadar contra corriente. La próxima ola de la Historia la elevará

hasta su cresta.

Contra el sectarismo

Bajo la influencia de las traiciones cometidas por las organizaciones históricas del proletariado, han aparecido o se han reactivado en la periferia de la IV Internacional comportamientos o grupos sectarios de todo género. Se basan en el rechazo de la lucha por reivindicaciones parciales y transitorias, es decir, por las necesidades e intereses inmediatos de las masas trabajadoras en su forma actual. Para los sectarios, prepararse para la revolución significa convencerse a sí mismos de la superioridad del socialismo. Proponen dar la espalda a los «viejos» sindicatos, es decir, a decenas de millones de trabajadores organizados, como si las masas pudieran vivir al margen de las condiciones que impone la verdadera lucha de clases. La lucha en el seno de las organizaciones reformistas les deja fríos, como si fuera posible ganarse a las masas manteniéndose al margen de sus luchas cotidianas. Se niegan a ver diferencias entre la democracia burguesa y el fascismo, como si las masas no notasen la diferencia a cada paso.

Los sectarios no distinguen más que dos colores: el rojo y el negro. Para no caer en la tentación, se dedican a simplificar la realidad. Se niegan a distinguir entre los dos campos que luchan en España so capa de que ambos son burgueses. Por la misma razón creen necesario mantenerse «neutrales» en la guerra entre Japón y China. Niegan que haya una diferencia de principio entre la U.R.S.S. y los países imperialistas y se escudan en la política reaccionaria de la burocracia soviética para negarse a defender contra los ataques imperialistas las nuevas formas de propiedad creadas por la Revolución de Octubre. Como son incapaces de llegar a las masas, acusan con todo entusiasmo a las masas de ser incapaces de elevarse hasta las ideas revolucionarias.

Estos políticos estériles no suelen necesitar el puente de las consignas transitorias porque nunca han pensado cambiar de orilla. Se limitan a marcar el paso en vez de andar, contentos de repetir una y otra vez las mismas

escuálidas abstracciones. Para ellos, los acontecimientos políticos sólo sirven de excusa para comentarios, nunca de punto de partida para la acción. Como los sectarios, al igual que todos los gafes y milagreros se dan a cada paso de bruces con la realidad, se dedican a vivir en un estado de perpetua exasperación quejándose del «sistema» y «los métodos», organizando incansablemente pequeñas intrigas. Habitualmente, en sus propios círculos imponen un régimen auténticamente despótico. A la postración política del sectarismo le acompaña, como la sombra al cuerpo, la parálisis del oportunismo que revela la carencia de perspectivas revolucionarias. En la práctica, los sectarios suelen unirse con toda clase de oportunistas, especialmente centristas, para luchar contra el marxismo.

La mayor parte de los grupos y grupúsculos sectarios que se alimentan de migajas que caen de la mesa de la IV Internacional llevan una existencia organizativa «independiente», con grandes pretensiones y ninguna posibilidad de éxito. Los bolchevique-leninistas relegan a esos grupos a su propia suerte sin perder tiempo con ellos. Sin embargo, también en nuestra propia organización aparecen tendencias sectarias que ejercen una influencia dañina sobre la actividad de las diferentes secciones. Hay que negarse a mantener compromisos con ellas ni un día más. Una condición básica para adherirse a la IV Internacional es seguir una política correcta respecto de los sindicatos. Quien no sepa buscar y hallar el camino hacia las masas no es un luchador, es un peso muerto que gravita sobre el partido. No se formula un programa para los redactores de un periódico o para los animadores de clubs de debate, sino para llevar a la acción revolucionaria a millones de luchadores. Limpiar de sectarismo y de sectarios incurables las filas de la IV Internacional es una precondition del éxito revolucionario.

¡Abrid paso a la mujer trabajadora! ¡Abrid paso a los jóvenes!

La derrota de la revolución española, montada por sus «dirigentes», la vergonzosa bancarrota del Frente Popular en Francia y la denuncia de las

farsas judiciales de Moscú son tres hechos que, en conjunto, asestan un golpe irreparable a la Komintern y de paso infligen grandes heridas a sus aliados socialdemócratas y anarcosindicalistas. Sin duda, eso no significa que los miembros de estas organizaciones vayan a orientarse inmediatamente hacia la IV Internacional. La generación madura, que ha sufrido terribles derrotas, abandonará masivamente la lucha. Por otra parte, la IV Internacional no está dispuesta a convertirse en un asilo de revolucionarios inválidos o de burócratas y arribistas desilusionados. Al contrario, es necesario tomar estrictas medidas preventivas contra la influencia en nuestro partido de elementos pequeñoburgueses como los que ahora se encuentran en el aparato de las organizaciones tradicionales. Esas medidas son: un período de prueba prolongado para los simpatizantes que no son obreros, especialmente si son antiguos burócratas de partido; prohibición de desempeñar cualquier puesto de responsabilidad durante los tres primeros años, etcétera. En la IV Internacional ni hay ni habrá lugar para los arribistas, esa plaga de las viejas Internacionales. Tan sólo tendrán acceso a nuestras filas quienes deseen vivir para el movimiento y no a sus expensas. Los trabajadores revolucionarios deben sentir que son sus propios amos. Para ellos están abiertas de par en par las puertas de nuestra organización.

Sin duda hay no pocos hartos y desilusionados entre los trabajadores que en algún momento estuvieron en los primeros puestos. En el próximo período, al menos, seguirán manteniéndose a la expectativa. Cuando un programa o una organización se aviejan, también envejece con ellos la generación que les sirvió de soporte. Son los jóvenes, libres de responsabilidades por el pasado, quienes se encargan de regenerar al movimiento. La IV Internacional dedica especial atención a la joven generación proletaria. Toda su política se dirige a hacer que los jóvenes confíen en sus propias tuerzas y en el futuro. Tan sólo el fresco entusiasmo y el espíritu agresivo de la juventud pueden garantizar los primeros éxitos en el combate; y sólo esos éxitos pueden volver a atraer a los mejores elementos de la generación madura al camino de la revolución. Así ha sido siempre y así será.

Por su propia naturaleza, las organizaciones oportunistas concentran su atención en las capas superiores de la clase obrera, ignorando a la juventud y

a la mujer obrera, cuando precisamente la degeneración del capitalismo descarga sus más pesados golpes sobre la mujer en tanto que asalariada y en tanto que ama de casa. Las secciones de la IV Internacional han de buscar apoyo entre los sectores más explotados de la clase obrera y, por tanto, entre las mujeres trabajadoras. En ellas encontrarán inagotables reservas de entrega, entusiasmo y capacidad de sacrificio.

¡Bajo la burocracia y el arribismo! ¡Abrid paso a los jóvenes! ¡Abrid paso a la mujer trabajadora! Estas consignas están grabadas a fuego en la bandera de la IV Internacional. *¡Bajo la bandera de la IV Internacional!*

Bajo la bandera de la IV Internacional

Los escépticos nos preguntan: ¿acaso ha llegado ya la hora de crear la IV Internacional? Es imposible, dicen, crear «artificialmente» una Internacional que sólo puede surgir de grandes acontecimientos, etc. No sirven para casi nada.

La IV Internacional ha surgido ya de grandes acontecimientos: las mayores derrotas de la historia del proletariado, cuyas causas están en la degeneración y la perfidia de las viejas direcciones. Pero la lucha de clases no sabe de interrupciones. La III Internacional, tras la II, ha muerto para la revolución. ¡Viva la IV Internacional!

¿Pero ha llegado el tiempo de proclamarla?... Los escépticos no se cansan nunca. La IV Internacional, les responderemos, no necesita ser «proclamada». Existe y lucha. «¿Es débil?» «Sí, sus filas no son numerosas porque aún es joven. Hasta ahora está compuesta sobre todo por cuadros. Pero esos cuadros están llenos de futuro. Fuera de esos cuadros no hay en el planeta una sola corriente revolucionaria que merezca ese nombre. Por más que nuestra Internacional sea aún escasa en números, es fuerte por su doctrina, por su programa, por su tradición, por el temple incomparable de sus cuadros. Quien no vea esto hoy, que se mantenga apartado por ahora. Mañana será aún más claro».

Ya hoy la IV Internacional se ha ganado merecidamente el odio de los

estalinistas, los socialdemócratas, los burgueses liberales y los fascistas. No hay, no puede haber sitio para ella en ningún Frente Popular. La IV Internacional libra una batalla a muerte contra todos los grupos políticos que se pegan a las faldas de la burguesía. Su tarea es la abolición de la dominación capitalista. Su fin, el socialismo. Su método, la revolución proletaria.

Sin democracia interna no hay educación revolucionaria. Sin disciplina no puede haber acción revolucionaria. La estructura interna de la IV Internacional se basa en los principios del *centralismo democrático*: total libertad de discusión, completa unidad en la acción.

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria. Los trabajadores avanzados, unidos en la IV Internacional, muestran a su clase cuál es el camino para solucionar esa crisis. Ofrecen un programa fundado en la experiencia internacional de la lucha del proletariado y de todos los oprimidos del mundo por su liberación. Enarbolan una bandera sin tacha.

¡Obreros y mujeres obreras de todos los países, formad bajo la bandera de la IV Internacional! ¡Es la bandera de vuestra inminente victoria!

Discusiones con León Trotsky sobre el Programa de Transición

Cómo luchar por un Partido Obrero en los Estados Unidos

Abril de 1938

Cannon^[1]: El tema de hoy aborda la cuestión del Partido obrero en sus tres aspectos:

- 1) Nuestros principios generales.
- 2) El desarrollo de la Liga Laborista No Partidaria (L.L.N.P.)^[2], es decir, de un movimiento político de la C.I.O.^[3]. que, en ciertos aspectos, muestra tendencias favorables a una intervención política independiente en pro de la construcción de un partido; en otros sitios, como en Nueva York, esta tendencia aparece a medias: a escala local apoya a los candidatos obreros; a escala nacional, a la Republican-Fusion^[4] y a Roosevelt; en otros sitios respalda a todos los candidatos capitalistas, fundamentalmente a los del Partido Demócrata.
- 3) Se plantea entonces la siguiente *Pregunta*: ¿Deben afiliarse a la L.L.N.P. nuestros camaradas de los sindicatos que controlamos? ¿Debemos transformarnos en defensores de la L.L.N.P. o permanecer al margen manteniendo una postura crítica? No tenemos una política elaborada. En Nueva Jersey, por ejemplo, hicimos que los sindicatos se adhirieran a la L.L.N.P. y desde allí apoyamos una moción a favor de

la formación de un partido obrero independiente. En otras partes del país no lo hicimos. ¿Cuál debe ser nuestra actitud con relación a partidos obreros más o menos desarrollados como el de Minneapolis?

En principio parece que deberíamos condenarlos y permanecer al margen, pero este tipo de política no es demasiado fructífera. En Minneapolis existe una organización independiente totalmente constituida: el Partido Campesino-Laborista (Farmer-Labor Party), que a nivel del Estado presenta candidatos propios y a nivel nacional apoya a Roosevelt^[5].

Los estalinistas, que fueron expulsados de los sindicatos, se han implantado profundamente en la Asociación Campesino-Laborista —ello constituye un arma dirigida contra nosotros en los sindicatos—. La política que ahora se impulsa allí es la de un bloque formado por los sindicatos trotskistas y por lo que ellos llaman los «verdaderos campesino-laboristas», es decir, los reformistas que confían en el P.C.L. y que no desean que sea controlado por los estalinistas^[6]. ¿Hasta dónde podemos arrastrar a tal bloque? ¿Hasta dónde podemos luchar por un correcto control organizativo? Si nuestra gente se margina, los estalinistas se harán con el control. Por otro lado, si combatimos enérgicamente, como lo hacemos en los sindicatos, nos convertiremos en los abanderados del P.C.L. No se trata de una cuestión fútil; a la gente le resulta muy fácil perderse en la política reformista.

Dunne^[7]: En primer lugar diría que los estalinistas, al controlar el aparato del P.C.L., controlan algo más que el aparato: dificultan nuestro trabajo sindical. Si no participamos en el Partido con nuestros contactos sindicales, permitiríamos a los estalinistas y a los elementos más reaccionarios del P.C.L. poseer un arma contra nosotros en el movimiento obrero. Poseemos una política concreta en lo que se refiere a nuestro trabajo en los sindicatos. Nuestros camaradas, al definirse a favor del P.C.L., lo han hecho de una forma muy crítica, recomendando a los sindicatos que sólo lo utilicen hasta cierto punto. Hemos logrado mantener nuestra política claramente deslindada del reformismo, pero, como señala el camarada Cannon, es difícil

establecer hasta dónde podemos llegar con esta trayectoria; no podemos responsabilizarnos del Partido Laborista y, sin embargo, los obreros que creen que desde ahí podemos luchar a favor suyo con la misma eficacia con que lo hacemos en los sindicatos, nos atribuirían esa responsabilidad. Hasta ahora no han cambiado de opinión, a pesar de los ataques que nos dirigen los estalinistas. Éstos, junto con una amplia franja de progresistas e intelectuales, actúan en conjunto para transformar poco a poco el Partido Laborista en un bloque formado también por candidatos demócratas y liberales. En el seno del P.C.L. están intentando mantener el control ejerciendo una disciplina formalista, dirigida fundamentalmente contra nosotros. Nosotros combatimos eso exigiendo la democracia en el Partido Laborista y lo conseguimos. No cosechamos el mismo éxito al tratar de impedir la creación de un bloque más cercano al Partido Demócrata.

Hasta entonces, el joven Partido Comunista se había desinteresado e incluso dejado de lado la actividad tendente al desarrollo de un partido obrero, pero a finales de 1922 dio un viraje. Bajo la dirección de la fracción Pepper-Ruthenberg (véase la nota 15), el P. C. se hizo con el control de la Convención del Partido Campesino-Laborista en julio de 1923 y consiguió sacar adelante su línea, lo que produjo la retirada de miembros de la Federación Laborista de Chicago y de otros sindicalistas. El nombre del Partido se cambió por el de Partido Campesino-Laborista Federado.

A medida que se acercaba la campaña presidencial, quedó patente que el senador republicano-progresista de Wisconsin, Robert M. La Follette, se estaba preparando para participar en las elecciones como candidato de un tercer partido capitalista. Los elementos no afiliados al P.C., fundamentalmente campesinos, dentro del Partido Campesino-Laborista Federado, estaban entusiasmados con la idea de apoyar a La Follette. La dirección Pepper-Ruthenberg intentó romper el aislamiento del Partido Campesino-Laborista vinculándolo a la corriente favorable a La Follette.

Esta orientación causó serios celos en el P.C. y al final se acordó someter la cuestión a la I.C. para conocer su opinión. Su criterio fue

que el apoyo de La Follette equivalía a un oportunismo total. Después de una serie de complicadas maniobras, el P.C. trató de ganarse el apoyo del Partido Campesino-Laborista para su propia candidatura encabezada por Foster y Gitlow. Cuando el Comité Ejecutivo del Partido Campesino-Laborista respaldó la candidatura del P.C., los pocos elementos no alineados con el P. C. que quedaban se quejaron alegando que habían sido engañados y desertaron sumándose a la corriente de La Follette. La mayor agrupación no alineada, la Federación Campesino-Laborista de Minnesota, llegó incluso a cambiar su nombre por el de Asociación Campesino-Laborista, con objeto de deshacerse de toda vinculación con la organización anterior. Todavía no podemos pedir a los sindicatos que apoyen al S.W.P. (Partido Socialista de los Trabajadores)^[8] y no al P.C.L.

Cannon: En St. Paul, donde el P.C.L. llegó a un compromiso para apoyar a un candidato capitalista como alcalde, nosotros presentamos un candidato propio.

Trotsky: ¿Me pueden explicar cómo es posible que los estalinistas, aun controlando un sector importante de ese Partido, aprobaran una resolución contra fascistas y comunistas?

Dunne: Eso ocurrió en una zona. En algunas secciones hay militantes campesino-laboristas que trabajan con nosotros, entre ellos, los que controlaban este distrito en detrimento de los estalinistas, y en la misma zona tenemos camaradas que trataron de dar otra redacción a esta resolución, pero no formábamos parte del comité encargado de la redacción de las resoluciones. Esta resolución fue una maniobra de última hora.

Trotsky: La resolución también puede ser utilizada contra nosotros. ¿Cómo se construye el Partido? ¿Está solamente formado por sindicalistas o también por miembros de otras organizaciones por el mero hecho de ser progresistas, intelectuales, etc.? ¿Admiten a cualquier persona, o sólo colectivamente?

Dunne: El P.C.L. está compuesto por organizaciones obreras de carácter económico, sindicatos, cooperativas, etc., organizaciones campesinas de tipo cooperativo, y también por entidades territoriales, asociaciones

de vecinos. Los estalinistas e intelectuales se afilian a través de estas organizaciones; tienen incluso mayor peso que el sindicato local de transportistas, que cuenta con 4000 afiliados. Nosotros combatimos este estado de cosas, exigimos que se otorgue a los sindicatos su verdadera representatividad y para ello contamos con el apoyo de los sindicatos.

Trotsky: ¿Me pueden explicar a grandes rasgos las matizaciones que nuestros camaradas más destacados expresan en sus opiniones sobre esta cuestión?

Cannon: Hay matices en la opinión no solamente de la dirección, sino también en la base. Los problemas aparecen especialmente con relación a los sindicatos. Se ha propuesto a los sindicatos una moción favorable a la adhesión a la L.L.N.P. La corriente de opinión favorable es aplastante, especialmente en la C.I.O. Creo que nuestra política, al menos en el Estado de Nueva Jersey, debe orientarse a que no nos pongamos a una unión con la L.L.N.P. También hay en el Partido una tendencia favorable a que en la L.L.N.P. presionemos por la creación de un Partido laborista. Me atrevería a decir que los camaradas que trabajan en el sindicato estarían muy satisfechos si pudieran contar con esa decisión. Pero todavía no se han enfrentado con las dificultades. El problema estriba en que al impulsar una política agresiva se transformarían en abanderados del P.C.L. Tenemos incluso a un camarada en el Comité Ejecutivo del P.C.L. en el Estado de Nueva Jersey. Los burócratas están posponiendo la fecha para la creación del P.C.L. La política de Lewis y de Hillman^[9] consiste en aplazarlo hasta 1940. Si nuestro camarada combatiera enérgicamente, si realmente abogara a favor del P.C.L., aglutinaría a una importante oposición a los burócratas. Pero entonces el problema radicaría en que apareceríamos como protagonistas de la creación de un P.C.L., al que combatimos. En nuestro Pleno^[10] habrá diferencias de opinión. Aparecerá una tendencia favorable a que luchemos incansablemente por la creación de un Partido laborista. Mi opinión es que éste es el sentir más generalizado en el Partido: adherirnos a la L.L.N.P. y convertirnos en fervientes luchadores por la constitución de un Partido obrero contrario

a apoyar candidaturas capitalistas; si lo podemos hacer sin poner en cuestión nuestras posiciones de principio, sería lo más acertado de cara a ganar influencia. No decimos nada práctico a los obreros que están dispuestos a dar un paso adelante. El P.C. no está por impulsar un Partido obrero; es un Partido pro Roosevelt. También los burócratas sindicales obstaculizan la poderosa corriente que entre los obreros está a favor de un Partido obrero.

Schachtman^[11]: No diría que la corriente que está a favor del Partido obrero es hoy tan fuerte entre los obreros. La mayor parte de la corriente que se ha manifestado hasta ahora de modo favorable a un Partido obrero ha sido canalizada hacia Roosevelt. De nuestra profunda crisis no salió otra cosa que el Partido laborista de Nueva York. En cualquier caso, si se compara 1930 con 1924, difícilmente puede decirse que exista un movimiento favorable a la creación de un Partido obrero; entonces había una corriente auténticamente favorable en los sindicatos. Creo que cometeremos errores políticos de consideración si no nos hacemos una idea clara sobre las perspectivas de un Partido obrero. Creo que se está produciendo un gran cambio, una descomposición de los Partidos tradicionales. El mayor Partido político, el Demócrata, que goza del apoyo del 90 por 100 de los obreros y campesinos, está a punto de llegar a una escisión ante nuestros ojos. En el Congreso, la lucha no se entabla entre demócratas y republicanos, sino entre dos fracciones del Partido Demócrata. Existen sobradas razones para pensar que en las elecciones de 1940 nos encontraremos con una coalición de los republicanos de la vieja guardia con los demócratas del Sur; y, por otra parte, los demócratas del *New Deal*, seguidores de Roosevelt, con la C.I.O.-Lewis; esta coalición será suficientemente fuerte como para arrastrar al grueso de la A.F.L.^[12].. Es precisamente esta perspectiva la que impide que Lewis y Hillman aboguen por un Partido obrero. Tienen la mirada puesta en la escisión del Partido Demócrata, en la que podrían desempeñar un importante papel. Por ello, no creo que pueda producirse un avance real, serio e importante, a favor de la tendencia que aparezca en la L.L.N.P. en pro de un Partido obrero independiente.

Es cierto que nuestra postura es más bien difícil, pero hemos recogido una considerable cantidad de experiencias de las corrientes favorables a Partidos obreros. Se puede generalizar sobre nuestra situación en Minneapolis. No creo que nuestro crecimiento se deba allí a nuestra participación en el movimiento del P.C.L., sino a nuestra intervención en los sindicatos. No obstante, a medida que crecemos, tenemos que participar necesariamente en la política del P.C.L., y no puedo decir que esté totalmente satisfecho con la situación que se da allí. No puedo decir que hayamos propuesto una línea de acción alternativa. En efecto, en Minneapolis nos encontramos en un mismo bloque con los llamados reformistas honrados —que a su manera son unos oportunistas—, que a su vez forman bloque con los demócratas. Este bloque va dirigido casi exclusivamente contra los estalinistas y contra el control mecánico que los estalinistas ejercen en el P.C.L. En la práctica no nos diferenciamos de los llamados reformistas honrados. Nos diferenciamos de los estalinistas, pero sólo en la medida en que hacemos bloque con los verdaderos reformistas que votan a escala estatal por la candidatura P.C.L. y a escala nacional por los demócratas.

Si optamos por seguir una política de no respaldar a los candidatos capitalistas y apoyar a los candidatos del P.C.L. de una manera seria, sistemática y eficaz, no veo cómo vamos a poder evitar aparecer como los abanderados de un Partido laborista, como quienes toman la iniciativa de crearlo en todos aquellos sitios donde no existe. A no ser que todos los indicios demuestren ser falsos, estos Partidos laboristas serán de hecho un apéndice de Roosevelt, tal y como ocurrió con el Partido Laborista de Nueva York, que apoyaba a Roosevelt a escala nacional y a la Republican-Fusion a escala local. Una vez iniciado este proceso no logro ver cómo podremos evitar las mismas consecuencias de una política ya seguida en 1924, cuando estábamos en el P.C., ahora que, por lo demás, tenemos que contar con la dificultad de que los estalinistas están en los sindicatos; aunque es cierto que son un partido pro Roosevelt, en los sindicatos todavía aparecen como partidarios de la formación de un Partido obrero.

Cannon: No demasiado. Yo diría que los estalinistas, en la primera fase

del Frente Popular, avanzan la consigna: «Organizad el Partido Laborista como si fuera el Frente Popular americano», pero ahora ésta no es más que una consigna ritual. En estos momentos están incluso contra una escisión del Partido Demócrata. No es cierto que la corriente de opinión favorable a un Partido obrero sea menor que en 1924. Entonces carecía de apoyo en los sindicatos; era fundamentalmente una corriente de opinión campesina. Ahora este movimiento es hegemónico en los sindicatos de la C.I.O. No se trata de la vieja política de Gompers^[13]. Los sindicatos están estructurados políticamente; el sentimiento en favor de un Partido propio es bastante fuerte en la base. La L.L.N.P. no se esforzará en adaptarse a la opinión de los trabajadores. La política de Lewis y de los burócratas es completamente empírica; si los trabajadores alzan su voz, se verán obligados a hacerles concesiones. Van un paso más allá de la política de Gompers.

(Nota del taquígrafo: A partir de aquí se adujeron por parte de los Camaradas Cannon y Dunne por un lado, y por Schachtman por otro, más argumentos sobre el peso relativo que tenía el sentir favorable a la creación de un Partido obrero en 1922-24).

Trotsky: Esta cuestión es muy importante y compleja. Hace siete u ocho años, cuando la Liga^[14] valoró si debíamos luchar por un Partido obrero o no, si debíamos realizar iniciativas en este sentido, el sentir más difundido era que no debíamos hacerlo, y eso era totalmente correcto. La perspectiva de desarrollo no estaba clara. Creo que la mayoría de nosotros esperábamos que el desarrollo de nuestra propia organización iba a ser más rápido. Por otra parte, creo que nadie en nuestras filas pudo prever en aquel período la aparición de la C.I.O. con esta rapidez y fuerza. En nuestro análisis sobreestimamos la posibilidad de desarrollo de nuestro Partido a costa de los estalinistas, por un lado, y, por otra parte, no previmos este fuerte movimiento sindical y el rápido declive del capitalismo americano. Éstos son dos hechos que debimos haber adivinado. Yo no puedo hablar por propia

experiencia, sino sólo teóricamente. Sólo conozco el período de 1924 a través de la experiencia de nuestro común amigo Pepper^[15]. Vino y me dijo que el proletariado americano no era una clase revolucionaria, que la clase revolucionaria eran los campesinos y que debíamos dirigirnos a los campesinos y no a los obreros. Ésa era la valoración de ese período. Se trataba de un movimiento campesino. Pero los campesinos, por su naturaleza social, tienden a buscar panaceas (populismo, P.C. Lismo) en cada crisis. Ahora contamos con un movimiento de enorme importancia, la C.I.O.; unos tres millones de obreros están encuadrados en esta organización, nueva y más combativa. Esta organización, que empezó con huelgas salariales, y que parcialmente también comprometió a la A.F.L. en estas huelgas, se vio inmersa ya desde los inicios de su actividad en la mayor crisis conocida en los EE. UU. No hay que contar con una perspectiva de huelgas salariales durante el próximo período, dado el creciente número de sindicatos en paro, etc. Podemos apostar por que la C.I.O. vuelque todos sus esfuerzos sobre el plano político.

La situación objetiva global fuerza en este sentido tanto a los obreros como a sus dirigentes. A los dirigentes (obreros) en un doble sentido. Por un lado, explotan esta tendencia para reforzar su propia autoridad, y, por otro, tratan de romperla y evitar que les desborde. La L.L.N.P. cumple esta doble función. Creo que nuestra política no necesita ser sometida a revisiones teóricas, sino concretada. ¿En qué sentido? ¿Estamos a favor de la creación de un Partido obrero reformista? No. ¿Estamos a favor de una política que pueda otorgar a los sindicatos la posibilidad de volcar su peso en la relación de fuerzas? Sí.

Esta tendencia puede convertirse en un Partido reformista. Depende de las circunstancias. Aquí entra el problema del programa. Ayer lo señalé y hoy lo subrayo: debemos dotarnos de un programa de consignas transitorias de las que la más acabada es la de «Gobierno Obrero y Campesino». Estamos por un Partido, por un Partido independiente, de las masas trabajadoras, que tome el poder estatal. Debemos concretarlo: estamos por la creación de Comités de fábrica, por un control obrero de las empresas ejercido por los Comités de fábrica.

Todas estas cuestiones están todavía en el aire. Ellos hablan de tecnocracia y avanzan la consigna de «producción de valores de uso». Nosotros nos oponemos a esta fórmula de charlatanes y avanzamos la consigna de control obrero sobre la producción ejercido por los Comités de fábrica.

Lundberg escribió un libro: «Las sesenta familias (de EE. UU.)». *The Analyst*^[16] afirma que sus datos son falsos. Para saber quién tiene razón, nosotros decimos que los Comités de fábrica deberían abrir los libros de cuentas. Debemos desarrollar este programa al mismo tiempo que la idea de un Partido obrero en los sindicatos y la de milicias obreras. Si no, se trata de una abstracción, y toda abstracción es un arma en manos del enemigo de clase. Mi crítica a los camaradas de Minneapolis es que no han llegado a elaborar un programa concreto. En esta batalla debemos subrayar que estamos por un bloque obrero y campesino, pero no de campesinos como Roosevelt (no sé si han observado que en su campaña electoral dio como profesión la de campesino). Nosotros sólo estamos por un bloque con los campesinos explotados, no con los campesinos explotadores; un bloque con los explotados y los trabajadores agrícolas. Podemos convertirnos en los defensores de este movimiento, pero contando con un programa reivindicativo concreto. La primera tarea en Minneapolis debería consistir en demostrar estadísticamente que diez mil obreros tienen menos votos que diez intelectuales o cincuenta personas organizadas por los estalinistas. A partir de ahí, hay que introducir cinco o seis consignas, muy concretas, adaptadas a la mentalidad de los obreros y campesinos, y grabadas en la mente de cada camarada, como las de Comités de fábrica, y después la de un Gobierno obrero y campesino. Éste es el verdadero sentido del movimiento.

Cannon: ¿Debemos proponer ahora que los sindicatos se unan a la L.L.N.P.?

Trotsky: Sí. Creo que sí. Naturalmente nuestro primer paso debe darse de tal forma que sirva para acumular experiencia de cara al trabajo práctico y no embarcarnos en fórmulas abstractas, sino desarrollar un programa de acción y de reivindicaciones concretas, un programa de

transición que surja a partir de las condiciones que prevalecen en la sociedad capitalista actual, pero que inmediatamente desborde el marco capitalista. No se trata del programa mínimo reformista que nunca ha incluido las milicias obreras ni el control obrero sobre la producción. Estas consignas son transitorias porque permiten dar el salto de la sociedad capitalista a la revolución proletaria, consecuencia lógica tan pronto como se apoderen de las masas consignas como la de gobierno obrero. No podemos limitarnos a las consignas cotidianas del proletariado. Debemos dar a los trabajadores más atrasados alguna consigna concreta que responda a sus necesidades y que dialécticamente conduzca a la conquista del poder.

Schachtman: ¿Cómo motivaría la consigna de milicias obreras?

Trotsky: La situación pone de manifiesto, a través del movimiento fascista en Europa, que los bloques compuestos por liberales, radicales y la burocracia obrera no son nada en comparación con las bandas fascistas militarizadas; sólo los obreros provistos de experiencia militar pueden enfrentarse al peligro fascista. Creo que en EE. UU. tenéis suficientes esquirols y pistoleros como para vincular esta consigna a experiencias concretas; por ejemplo, denunciando la actitud de la policía, el estado de cosas en Jersey^[17]. Con esta situación decid inmediatamente que este alcalde-pistolero con sus policías ha de ser expulsado por las milicias obreras. «Queremos organizar aquí la C.I.O., pero se nos priva de este derecho violando la Constitución. Si el poder federal no puede controlar al alcalde, entonces nosotros, los trabajadores, debemos organizar milicias obreras para defendernos y luchar por nuestros derechos». O en las escaramuzas entre la A.F.L. y la C.I.O. debemos avanzar la consigna de milicias obreras para proteger nuestros mítines obreros. Especialmente podemos indicar en contraposición a la concepción estalinista del Frente Popular, cuál ha sido el resultado de este Frente Popular: el destino de España y la situación de Francia. Después podéis señalar el estado del movimiento en Alemania, los campos de concentración nazis. Debemos decir: vosotros, trabajadores, seréis en esta ciudad las primeras víctimas de las bandas fascistas. Debéis organizaros, debéis estar preparados.

Cannon: ¿Qué nombre daría a tales grupos?

Trotsky: Les podéis dar un nombre modesto: milicias obreras.

Cannon: Comités de defensa.

Trotsky: Sí. En cualquier caso, el nombre debe discutirse con los trabajadores.

Cannon: La cuestión del nombre es muy importante. Los Comités de defensa obrera pueden ser popularizados. «Milicias obreras», por el contrario, suena demasiado extranjerizante.

Schachtman: Todavía no existe en EE. UU. un peligro fascista capaz de generar una opinión favorable a la organización de las milicias obreras. La organización de milicias obreras presupone la preparación de la toma del poder. Esto todavía no está a la orden del día en EE. UU.

Trotsky: Por supuesto. Solamente podremos conquistar el poder cuando contemos con la mayoría de la clase obrera, pero aun entonces las milicias obreras serán una pequeña minoría. Las milicias eran una pequeña minoría incluso en la Revolución de Octubre. Pero el problema estriba en cómo esta pequeña minoría, que debe organizarse y armarse, puede granjearse la simpatía de las masas.

¿Cómo podremos hacerlo? Preparando la conciencia de las masas a través de la propaganda. La crisis, la agudización de las contradicciones de clase, la creación de un Partido obrero, tendrán como efecto inmediato enfrentamientos muy agudos. La reacción será inmediatamente un movimiento fascista. Ése es el motivo por el que debemos ahora vincular la idea de un Partido obrero con sus consecuencias. De no hacerlo así apareceríamos como meros pacifistas ebrios de ilusiones democráticas. Si lo hacemos, tendremos también la posibilidad de difundir las consignas de nuestro programa de transición y de comprobar la reacción de las masas. Comprobaremos qué consignas deben destacarse, y cuáles deben abandonarse; pero si abandonamos nuestras consignas antes de hacer la experiencia, antes de verificar la reacción de las masas, entonces jamás podremos avanzar.

Dunne: Quería hacer una pregunta sobre la consigna del acceso de los trabajadores a los libros de cuentas de las empresas. Me parece que es

necesario reflexionar mucho y llevarlo a cabo con precaución, porque, de lo contrario, puede entrañar dificultades que ya hemos experimentado. De hecho, una de las formas de reducir la militancia de los trabajadores es permitiendo que los patronos nos abran sus libros de cuentas y nos demuestren, ya sea honesta o fraudulentamente, que tienen pérdidas. Nosotros les combatimos diciendo que era de su incumbencia organizar la economía de la empresa y que nosotros nos limitábamos a reivindicar condiciones de trabajo decentes. Me pregunto cuál sería entonces el efecto que tendría nuestra reivindicación de un acceso de los trabajadores a los libros de cuentas de las empresas.

Trotsky: Sí, los capitalistas abren sus libros de cuentas en dos ocasiones: bien cuando la situación de la empresa es insostenible, bien cuando pueden engañar a los trabajadores. Pero la cuestión debe plantearse desde un punto de vista más amplio. En primer lugar, tenéis millones de parados, el gobierno arguye que no puede pagar más y los capitalistas dicen que no pueden pagar más impuestos. Nosotros queremos tener acceso a la contabilidad de esta sociedad. El control de rentas debe organizarse por los Comités de fábrica. Los trabajadores dirán: Queremos nuestros propios expertos al servicio de la clase obrera. Si un sector de la industria demuestra estar realmente arruinado, entonces contestaremos: «Proponemos su expropiación. Lo gestionaremos mejor que vosotros. ¿Por qué no tenéis beneficios? Debido a la situación caótica de la sociedad capitalista». A eso decimos: El secreto empresarial es una conspiración de los explotadores contra los explotados, de los propietarios contra los trabajadores. En la era de la libertad empresarial, en la era de la competencia, mantenían que necesitaban el secreto para protegerse. Pero ahora no guardan secretos entre sí, sino ante la sociedad. Esta consigna de transición constituye también un paso hacia el control obrero de la producción, como plan preparatorio para la administración de la industria. Todo debe ser controlado por los obreros que mañana serán los dueños de la sociedad. Hacer un llamamiento a la conquista del poder se aparece a los trabajadores americanos como algo ilegal y

fantasioso. Pero si decís: Los capitalistas se niegan pagar a los parados y ocultan al Estado y a los trabajadores sus verdaderos beneficios por medio de una contabilidad fraudulenta; entonces los trabajadores comprenderán la consigna. Si decimos al campesino: «Los bancos os engañan; tienen grandes beneficios; nosotros os proponemos que creéis comités de campesinos para investigar la contabilidad del Banco», cualquier campesino lo entenderá. Nosotros diremos: «El campesino sólo puede confiar en sí mismo; que se creen comités de control de los créditos agrícolas», y ellos lo comprenderán. Esta consigna presupone la existencia de un sentimiento de exasperación entre los campesinos; no puede formularse todos los días. Pero introducir esta idea en las masas y entre nuestros propios camaradas es absolutamente necesario desde ahora mismo.

Schachtman: Como usted mismo dice, no creo que en estos momentos sea correcto avanzar la consigna de control obrero sobre la producción, ni la otra consigna transitoria de milicias obreras; para este período, la consigna de apertura de los libros de cuenta de los capitalistas es más adecuada y puede popularizarse con más facilidad. Con relación a las otras dos consignas es cierto que se trata de consignas de transición, pero apropiadas para la fase cercana a la toma del poder. La transición supone un camino, largo o corto. Cada fase del trayecto requiere sus propias consignas. Hoy podemos utilizar la consigna de apertura de libros de cuentas, mañana podremos utilizar las de control obrero y la de milicias obreras.

Trotsky: ¿Cómo podemos medir en EE. UU. la fase de desarrollo alcanzado por el movimiento obrero en una situación tan crítica como la que prevalece en todo el mundo? Usted dice que es el comienzo y no el final. ¿Cuál es la distancia: cien, diez, cuatro? ¿Cómo se puede calcular de forma aproximada? En los años felices, los socialdemócratas decían: ahora sólo tenemos diez mil obreros, pero más tarde tendremos cien mil; después un millón, y a continuación tomaremos el poder. El desarrollo mundial era para ellos tan sólo una acumulación de cantidades: 10 000, 100 000, etc. Ahora vivimos una situación radicalmente diferente. Asistimos a un período de declive capitalista,

de crisis cada vez más turbulentas y terribles, con una guerra que se aproxima. En una guerra los trabajadores aprenden muy rápido. Si nosotros decimos: «Esperemos para extendernos después», no seríamos la vanguardia, sino la retaguardia. Si usted me *Pregunta*: «¿Es posible que los obreros americanos tomen el poder dentro de diez años?», yo contestaría que sí, que es absolutamente posible. La explosión de la C.I.O. demuestra que la base de la sociedad capitalista está resquebrajada. Las milicias obreras y el control obrero sobre la producción no son más que dos caras de una misma moneda. El obrero no es un contable. Cuando pide ver los libros de cuentas quiere cambiar la situación, primero controlando y después gestionando. Claro que avanzamos consignas en función de la reacción que obtengamos de las masas. Al conocerla sabremos qué parte del programa destacar. Diremos: «Roosevelt ayudará a los parados por medio de la industria de guerra, pero si los obreros decidieran sobre la producción, tendríamos otra industria no para los muertos, sino para los vivos». Esto es comprensible incluso para el trabajador medio que nunca participó en un movimiento político. Infravaloramos el movimiento revolucionario de las masas trabajadoras. Somos una organización pequeña, propagandista, y en estas situaciones es fácil ser más escépticos que las masas, que avanzan muy rápidamente. A comienzos de 1917 Lenin dijo que el Partido es diez veces más revolucionario que su Comité Central y que las masas son cien veces más revolucionarias que la base del Partido. En estos momentos no hay una situación revolucionaria en los EE. UU. Pero a menudo sucede que camaradas provistos de ideas muy revolucionarias en períodos de calma se convierten, en situaciones revolucionarias, en un verdadero freno. Un Partido revolucionario ansía tanto y durante tanto tiempo una revolución, que se acostumbra a aplazarla.

Cannon: Se puede observar ese fenómeno en las huelgas. Se extienden por todo el país cogiendo por sorpresa al Partido revolucionario. ¿Debemos proponer este programa de transición en los sindicatos?

Trotsky: Sí, haremos propaganda de este programa en los sindicatos y lo propondremos como programa básico para un Partido obrero. Para

nosotros es el programa de transición; pero para ellos no es más que el programa. Ahora lo ven tan sólo como un programa de control obrero sobre la producción, pero está claro que ese programa sólo lo puede llevar a cabo un Gobierno obrero y campesino. Por eso debemos popularizar esta consigna.

Cannon: ¿Pero eso es un programa de transición, un sinónimo de la dictadura del proletariado?

Trotsky: Para nosotros, conduce a la dictadura del proletariado. A los obreros y campesinos les decimos: «¿Queréis apoyar a Lewis como presidente? Bien; eso depende de su programa. ¿O a Lewis + Green + La Follette^[18] como representantes de los campesinos? Eso también depende de su programa». Tan pronto como se concreta y se precisa más detalladamente el programa, la consigna de Gobierno obrero y campesino aparece como un Gobierno del proletariado que dirige a los campesinos.

Schachtman: ¿Cómo conciliamos esto con la afirmación originaria de que no podemos abogar por la organización de un Partido obrero reformista? Me gustaría tener claro lo que deben hacer concretamente nuestros camaradas cuando un sindicato está afiliado a la L.L.N.P., y son elegidos delegados del Partido Laborista. Entonces surge el problema de qué hacer en las elecciones cuando se proponga: «Apoyemos a La Guardia^[19]». Concretamente, ¿cómo se explica esto a nuestros camaradas?

Trotsky: Estamos en una reunión sindical para discutir la pertenencia a la L.L.N.P. En el sindicato, yo diría: «En primer lugar, la unificación de los sindicatos en el plano político constituye un paso adelante. Existe no obstante el peligro de que caigan en manos de nuestros enemigos. Por ello propongo dos medidas: 1) Que sóloelijamos como representantes a nuestros obreros y campesinos; 2) Que nuestros representantes sigan nuestro programa». A continuación se elaborarían nuestros planes concretos de acción cara al desempleo, a los gastos militares, etc. Después diría: «Si me elegís delegado, ya conocéis mi programa. Si me enviáis como representante, lucharé por este programa en la L.L.N.P., en el Partido Laborista». Si la L.L.N.P. toma la decisión

de votar por La Guardia, bien dimitiré protestando, bien protestaré y permaneceré diciendo: «No puedo votar por La Guardia, porque debo obedecer a mis mandatarios», así obtendremos nuevas y grandes posibilidades de hacer propaganda.

La disolución de nuestra organización queda absolutamente descartada. Dejaremos bien claro que mantendremos nuestra organización, nuestra prensa, etc. Es una cuestión de relación de fuerzas. El camarada Dunne dice que todavía no podemos abogar en los sindicatos en pro del apoyo al S.W.P. ¿Por qué? Porque somos demasiado débiles y no podemos decir a los trabajadores: «Esperad a que tengamos mayor autoridad, a que seamos más poderosos». Debemos intervenir en el movimiento tal como es...

Schachtman: Si no hubiera tendencias favorables a la creación de un Partido obrero y nos opusiéramos a la creación del mismo, ¿cómo afectaría esto al programa? ¿Seguiría todavía siendo nuestro programa de transición? No consigo entender cuando se dice que no podemos defender la creación de un Partido reformista, pero sí que estamos por y nos convertimos en defensores de la corriente favorable a un partido obrero a fin de que se imponga políticamente la voluntad de los trabajadores.

Trotsky: Sería absurdo decir que defendemos la creación de un partido reformista. Podemos decir a los dirigentes de la L.L.N.P: «Estáis convirtiendo a esta corriente en un apéndice puramente oportunista del Partido Demócrata». Es una cuestión de enfoque pedagógico. Pero ¿cómo podríamos decir que estamos por la creación de un Partido reformista? Nosotros decimos que nuestra voluntad no se puede imponer a través de un Partido reformista, sino tan sólo a través de un Partido revolucionario. Los estalinistas y liberales desean convertir esta corriente en Partido reformista, pero nosotros tenemos nuestro programa y la convertiremos en una corriente revolucionaria...

Cannon: ¿Cómo explicar la necesidad de un Partido obrero revolucionario? Nosotros decimos: el S.W.P. es el único Partido revolucionario, el único dotado de un programa revolucionario. ¿Cómo puede entonces explicarse a los trabajadores que el Partido obrero es también un

Partido revolucionario?

Trotsky: No diremos que el Partido obrero sea ya un Partido revolucionario, sino que haremos todo lo posible para que así sea. En todas las asambleas diría: «Soy un representante del S.W.P. Lo considero el único Partido revolucionario, pero no soy sectario. Vosotros estáis ahora tratando de crear un gran Partido obrero. Yo hago tales y tales propuestas». Yo empezaría así. En las condiciones actuales sería un gran paso adelante. ¿Por qué no decir abiertamente la verdad? Sin camuflaje, sin diplomacia.

Cannon: Hasta ahora la cuestión siempre se ha planteado de forma abstracta. El problema del programa nunca se ha caracterizado como lo ha hecho usted ahora. Los seguidores de Lovestone siempre han estado a favor de un Partido obrero, pero carecen de programa, y buscan combinaciones por arriba. Pienso que si poseemos un programa y siempre hacemos una referencia al mismo^[20]....

Trotsky: Ante todo está el programa y después los estatutos que aseguran la hegemonía de los sindicatos y no la de los liberales individuales o la de los pequeño-burgueses, etc. De lo contrario puede llegar a ser un Partido obrero por su composición y social y políticamente un Partido capitalista.

Cannon: Pienso que en Minneapolis se trata más que nada de una lucha organizativa, una lucha por el control de la organización entre los estalinistas y nosotros. En Minneapolis tenemos que librar una batalla programática contra los estalinistas en el seno del P.C.L., al igual que ayer utilizamos la votación sobre la enmienda Ludlow^[21].

Schachtman: Hoy, con el inminente estallido de una guerra, la meta de un Partido obrero puede llegar a ser una trampa. Y aún no logro comprender en qué se distingue ese Partido obrero de uno reformista, de un Partido puramente parlamentario.

Trotsky: Usted plantea la cuestión de forma demasiado abstracta; naturalmente que puede cristalizar en un Partido reformista, tan reformista que pueda llegar a excluirnos. Pero debemos participar en el movimiento. Debemos decir a los estalinistas, a los seguidores de Lovestone, etc.: «Estamos a favor de un Partido revolucionario, y

vosotros hacéis lo indecible por transformarlo en reformista». Pero nosotros siempre nos referiremos a nuestro programa. Y propondremos nuestro programa de consignas transitorias. Con relación al problema de la guerra y a la enmienda Ludlow, lo discutiremos mañana y de nuevo demostrará la utilización del programa de transición en esa situación.

El atraso político de los trabajadores americanos

19 de mayo de 1938

Trotsky: Es sumamente importante concretar algunos puntos de vista relacionados con el programa en general. ¿Cómo se puede desarrollar coherentemente un programa? Algunos camaradas dicen que, en alguna de sus partes, el proyecto de programa no se adapta al nivel de conciencia, al estado de ánimo de los trabajadores americanos. A este respecto debemos preguntarnos si el programa debe adaptarse a la mentalidad de los trabajadores americanos o a las actuales condiciones económicas y sociales del país. Ése es el problema más importante a dilucidar.

Sabemos que el nivel de conciencia de cualquier clase social viene determinado por las condiciones objetivas, por las fuerzas productivas, por la situación económica del país, pero esta determinación no se refleja inmediatamente. En general el nivel de conciencia se encuentra atrasado, retrasado con relación al desarrollo económico. Este retraso puede ser poco o mucho. En circunstancias normales, cuando el desarrollo a largo plazo es lento, ese atraso no tiene necesariamente resultados catastróficos. Significa, en gran medida, que los trabajadores no están a la altura de las tareas que les marcan las condiciones objetivas. Pero, en períodos de crisis, ese atraso puede ser catastrófico. En Europa, por ejemplo, permitió la aparición del fascismo. Éste es el castigo que sufren los trabajadores cuando fracasan en la toma del poder.

En los EE. UU. se está entrando ahora en una situación análoga, con análogos peligros de catástrofe. La situación objetiva del país está a todos los respectos madura, incluso más que la europea, para una revolución socialista, y el socialismo está aquí más próximo que en cualquier otro país del mundo. El atraso político de la clase trabajadora americana es muy grande. Éste es el punto de partida para toda nuestra actividad. Nuestro programa debe prestar mejor atención a las tareas objetivas de la clase trabajadora que al retraso de los trabajadores. Debe reflejar la sociedad tal como es y no el atraso de la clase trabajadora. Constituye precisamente un instrumento para superar y erradicar ese atraso. Ése es el motivo por el que debemos expresar en nuestro programa toda la gravedad de la crisis social de la sociedad capitalista, incluyendo en primer lugar la de los EE. UU. No podemos aplazar ni modificar condiciones objetivas que no depende de nosotros. No podemos garantizar que las masas resuelvan la crisis, pero tenemos que expresar la situación como es, y ésa es la misión del programa.

Otro problema es cómo presentar el programa a los trabajadores. La explicación de la situación actual a los trabajadores es más bien una tarea pedagógica y de terminología. La política tiene que adaptarse a las fuerzas productivas, a la paralización de las mismas por las formas de propiedad capitalista, al paro creciente y su agudización que es la mayor plaga social. Las fuerzas productivas ya no pueden desarrollarse. La tecnología científica evoluciona, pero las fuerzas productivas se encuentran en declive. Esto significa que la sociedad será cada vez más pobre, que cada vez será mayor el número de parados. La miseria de las masas aumenta, las dificultades son cada vez mayores para la burguesía y los trabajadores. La burguesía no tiene otra salida que el fascismo. El proletariado americano tendrá que pasar durante veinte o treinta años por la escuela del fascismo por su falta de cohesión, fuerza de voluntad y coraje. La burguesía enseñará a los trabajadores americanos cuáles son sus tareas con una fusta de hierro. EE. UU. no serán sino una abominable repetición de la experiencia europea. Debemos comprender esto.

Esto es serio, camaradas. Es la perspectiva para los trabajadores

americanos. Después de la victoria de Hitler, cuando Trotsky escribió el folleto *¿A dónde va Francia*^[22]? los socialdemócratas franceses se jactaban de que «Francia no es Alemania». Pero, antes de la victoria de Hitler, escribió artículos advirtiendo a los trabajadores alemanes, y los socialdemócratas se mofaban diciendo que «Alemania no es Italia». No le prestaron ninguna atención. Ahora Francia se acerca cada vez más a un régimen fascista. Lo mismo es absolutamente válido para EE. UU. Es un país opulento. Esta opulencia del pasado permite a Roosevelt realizar sus experimentos, pero sólo por un tiempo. La situación general es totalmente análoga, el peligro es el mismo. Es un hecho que la clase trabajadora americana tiene una mentalidad pequeñoburguesa, que carece de solidaridad revolucionaria, que está acostumbrada a un alto nivel de vida y que su mentalidad no responde a la realidad de hoy, sino a los recuerdos de ayer.

Pero la situación ha cambiado radicalmente. ¿Qué puede hacer un Partido revolucionario en este momento? En primer lugar, ofrecer un análisis claro y honesto de la situación objetiva, de las tareas históricas que se desprenden de esta situación independientemente de si los trabajadores están o no maduros para realizarlas. El objetivo es elevar el nivel de conciencia de los trabajadores. Eso es lo que debe formular el programa y presentarlo a los trabajadores avanzados. Algunos dirán: «Bien, el programa es un programa científico; responde a la situación objetiva, pero si los trabajadores no aceptan este programa será estéril». Es posible. Pero ello sólo significa que los trabajadores serán aplastados, ya que la crisis no puede ser resuelta más que a través de la revolución socialista. Si el trabajador americano no aceptara a tiempo este programa, se verá obligado a aceptar el programa del fascismo. Y cuando aparecemos con nuestro programa ante la clase trabajadora, no podemos garantizar que vaya a aceptar nuestro programa. No nos podemos responsabilizar de ello..., sólo nos responsabilizamos de nosotros mismos.

Debemos decir a los trabajadores la verdad, y así ganaremos a los mejores elementos. No sabría decir si estos mejores elementos serán después capaces de dirigir a la clase obrera, de conducirla al poder.

Espero que sean capaces, pero no puedo garantizarlo. Pero en el peor de los casos, aun si la clase obrera cae presa del fascismo, los mejores elementos dirán: «Este Partido nos lo advirtió; fue un buen partido». Y quedará una gran tradición en el seno de la clase trabajadora.

Ésta es la peor variante. Por eso son falsos todos los argumentos que declaran que no podemos presentar tal programa, porque no responde al nivel de conciencia de los trabajadores. Sólo expresan temor ante la situación. Naturalmente que si me coloco una venda en los ojos puedo escribir un buen programa de color de rosa, que todos aceptarán. Pero no respondería a la situación. Creo que este argumento elemental es de suma importancia. El nivel de conciencia de la clase proletaria es atrasado, pero el nivel de conciencia no es un objeto inerte como las fábricas, las minas, los ferrocarriles; es más cambiante y puede cambiar rápidamente bajo los embates de la crisis objetiva, con los millones de parados.

Actualmente el proletariado americano también disfruta de ciertas ventajas debido a su atraso político. Parece un tanto paradójico, pero a pesar de todo es absolutamente cierto. Los trabajadores europeos tienen una larga tradición socialdemócrata y de la Komintern, y esta tradición constituye una fuerza conservadora. El trabajador, aun después de diversas traiciones de su partido, sigue siendo fiel al mismo, porque posee un sentimiento de gratitud hacia el Partido que le hizo despertar a la vida política y le dio una formación política. Esto supone una desventaja para el desarrollo de una nueva corriente. Los trabajadores americanos, en su gran mayoría, tienen la ventaja de no haber estado organizados políticamente y sólo ahora comienzan a organizarse en los sindicatos. Esto otorga al Partido revolucionario la posibilidad de movilizarles al calor de los embates de la crisis.

¿Cuál será el ritmo? Nadie lo puede prever. Sólo podemos conocer la tendencia. Nadie niega que la tendencia exista. Entonces se nos plantea la cuestión: ¿Cómo presentar el programa a los trabajadores? Naturalmente, esto es muy importante. Debemos saber combinar política con psicología y pedagogía de masas, tender un puente hacia su nivel de conciencia. Sólo la experiencia nos puede enseñar cómo

avanzar en ésta o aquella parte del país. Durante algún tiempo tenemos que tratar de centrar la atención de los trabajadores en una consigna: escala móvil de salarios y horas de trabajo.

El empirismo de los trabajadores americanos ha proporcionado grandes éxitos a los partidos políticos a partir de una o dos consignas: impuesto único y bimetalismo^[23], que se extendieron como un reguero de pólvora entre las masas^[24]. Cuando los trabajadores comprueban que fracasa una panacea, esperan la llegada de otra. Ahora podemos presentar una que es honrada, que forma parte de nuestro programa global, que no es demagógica, sino que responde totalmente a la situación. Oficialmente hay ahora trece, tal vez catorce millones de parados y la juventud se halla totalmente desamparada, en la miseria. El señor Roosevelt habla de las obras públicas sin más, pero nosotros insistiremos en que éstas junto con las minas, ferrocarriles, etc., absorban a todos los parados. Que toda persona tenga la posibilidad de vivir decorosamente, sin que ello suponga una merma del nivel actual, y exigiremos que el señor Roosevelt y su «*trust*» de cerebros proponga un programa de obras públicas capaz de hacer que todo aquel que pueda trabajar tenga trabajo con un salario decoroso. Esto es posible con una escala móvil de horas y salarios. Debemos discutir la forma de presentar este concepto en todas las localidades, en todo lugar. Después debemos iniciar una fuerte campaña de agitación de forma que todos sepan que éste es el programa del Partido Socialista Obrero.

Creo que podemos centrar la atención de los trabajadores sobre este punto. Esto naturalmente sólo constituye un punto. En un principio esta consigna se adecúa totalmente a la situación. Pero las demás se pueden añadir a medida que transcurren los acontecimientos. Los burócratas se opondrán a ello, lo sabemos. Después, si la consigna se populariza entre las masas, se desarrollarán en contrapartida las tendencias fascistas. Entonces diremos que tenemos que desarrollar comités de autodefensa. Pienso que esta consigna (escala móvil de horas y salarios) será adoptada en un principio. ¿Qué supone realmente esta consigna? En realidad se trata de la organización del trabajo en la sociedad socialista: que el número total de horas de trabajo se divida

entre el número total de trabajadores. Pero si presentáramos el sistema socialista en su conjunto, le parecería al americano medio algo utópico, algo extranjero, europeo. Por eso, lo presentamos como una solución a la crisis actual, asegurándoles su derecho a comer, a beber y a vivir en viviendas decorosas. Es el programa del socialismo, pero expresado de una manera muy popular y sencilla.

Pregunta: ¿Cómo se orientará la campaña?

Trotsky: La campaña se emprenderá más o menos de la siguiente manera: se inicia una labor agitativa, digamos en Minneapolis. Se gana el apoyo de uno de los sindicatos al programa. Se envían delegados a los respectivos sindicatos de otras ciudades. Cuando se haya logrado convencer a los sindicatos, la mitad de la batalla estará ganada. Se extiende la idea a los correspondientes sindicatos de Nueva York, Chicago, etcétera. Cuando se haya alcanzado cierto éxito se convoca un congreso extraordinario. A continuación se hace agitación para que los burócratas del sindicato se vean obligados a definirse a favor o en contra. Se abre así una oportunidad extraordinaria de hacer propaganda.

Pregunta: ¿Podremos realmente llevar a cabo la consigna?

Trotsky: Es más sencillo derrocar al capitalismo que materializar esta consigna bajo el capitalismo. Ninguna de nuestras reivindicaciones puede ser satisfecha bajo el capitalismo. Por eso decimos que son consignas de transición. Tienden un puente al nivel de conciencia de los trabajadores y, después, un puente material para la revolución socialista. Todo el problema estriba en cómo movilizar a las masas para la lucha. En este momento aparece el problema de la división entre los que tienen trabajo y los parados. Debemos encontrar las vías para superar esta división. Aceptar la idea de que exista una cuota fija de parados, es decir, un nuevo tipo de parias, supone sin duda alguna la preparación psicológica para el fascismo. La clase trabajadora está condenada, a no ser que supere la división entre los obreros.

Pregunta: Muchos de nuestros camaradas son incapaces de comprender que las consignas no se pueden materializar inmediatamente.

Trotsky: Es una cuestión muy importante. Este programa no es el

descubrimiento de un solo hombre. Es el resultado de la larga experiencia de los bolcheviques. Quiero señalar esto: que no se trata de la invención de un hombre, sino que proviene de una larga experiencia colectiva de los revolucionarios. Es la aplicación de los viejos principios a la situación actual. No debe considerarse inmutable como el hierro, sino como algo flexible, de acuerdo con la situación.

Los revolucionarios siempre consideran que reformas y conquistas no son más que un subproducto de la lucha revolucionaria. Si dijéramos que sólo hemos de pedir lo que nos pueden dar, la clase dominante sólo nos daría la décima parte o nada de nuestras reivindicaciones. Cuando pedimos más y podemos imponer nuestras reivindicaciones, los capitalistas se ven obligados a dar el máximo. Cuanto más extendido y combativo es el estado de ánimo de los trabajadores, tanto más se exige y consigue. No son consignas estériles; son medios de presionar a la burguesía, y son los que aportarán inmediatamente los mayores resultados materiales que se pueden conseguir. En el pasado, en la época ascendente del capital americano, los trabajadores americanos consiguieron victorias con meras luchas espontáneas, huelgas, etc. Eran muy combativos. Dado que el capital se encontraba en ascenso, el capitalismo tenía interés en satisfacer a los trabajadores americanos.

Ahora la situación es totalmente diferente. Ahora los capitalistas no tienen ninguna perspectiva de prosperidad. No temen las huelgas dado el gran número de parados. Ése es el motivo por el que el programa debe abarcar y unir a todos los miembros (parados o no) de la clase trabajadora. La escala móvil de salarios y horas de trabajo precisamente va dirigida a esa finalidad.

Comparación entre los movimientos obreros de Estados Unidos y Europa

31 de mayo de 1938

Pregunta: En las filas de nuestro Partido el tema más polémico relacionado con la aceptación del programa de transición parece ser el referente al Partido obrero de los EE. UU. Algunos camaradas mantienen que es incorrecto abogar por la creación de un Partido obrero. Sostienen que no existen indicios que señalen la existencia de un sentir generalizado a favor de tal Partido, y que, aun cuando estuviera gestándose, aunque fuera solamente al nivel de una corriente generalizada, nuestra tarea sería dotarle de un programa que confiriera a esa corriente un contenido revolucionario. Pero que, al fallar estos factores objetivos, la última parte de la tesis es oportunista. ¿Nos podría clarificar más este punto?

Trotsky: Creo que es necesario que recordemos los hechos más elementales de la historia del desarrollo del movimiento obrero en general y de los sindicatos en particular. A este respecto encontramos diferentes tipos de desarrollo de la clase obrera en los diversos países. Cada país tiene un tipo de desarrollo específico. Sin embargo, tenemos que elaborar clasificaciones generales.

El movimiento obrero comenzó, especialmente en Austria y Rusia, como un movimiento político, como un movimiento de Partido. Así dio su primer paso. La socialdemocracia, en su primera fase, albergaba esperanzas de una rápida reconstrucción socialista de la sociedad, pero el capitalismo fue lo suficientemente fuerte como para seguir existiendo. Sobrevino luego un largo período de prosperidad, y la socialdemocracia se vio obligada a organizar sindicatos. En países como Alemania, Austria y especialmente Rusia, donde se desconocían los sindicatos, éstos fueron creados, construidos y dirigidos por un Partido político: la socialdemocracia.

Otro tipo de desarrollo es el que se ha registrado en los países latinos, en Francia y especialmente en España. Aquí el desarrollo de los Partidos y de los sindicatos es casi independiente uno del otro y vehiculado por diversas corrientes, hasta cierto punto antagónicas. El Partido es un aparato parlamentario. Los sindicatos se encuentran, hasta cierto punto, en Francia, y más en España, bajo la dirección de los anarquistas.

El tercer tipo nos lo suministra Gran Bretaña, los EE. UU. y, en mayor o menor medida, los países de la Commonwealth. Inglaterra es el país sindical clásico. Comenzó a crear sindicatos a finales del siglo XVIII, con anterioridad a la Revolución francesa; durante la llamada Revolución industrial. (En EE. UU., al calor del ascenso del sistema manufacturero). En Inglaterra, la clase obrera no poseía un Partido obrero independiente. Los sindicatos constituían la organización de la clase obrera, en realidad, la organización de la aristocracia obrera, de las capas más altas. En Inglaterra existía una aristocracia obrera, al menos en las capas más altas del proletariado, porque la burguesía inglesa al detentar un control monopolista casi absoluto sobre el mercado mundial, podía conceder una pequeña parte de sus beneficios a la clase obrera y así absorber parte de la renta nacional. Los sindicatos eran el medio adecuado para esta tarea. Sólo al cabo de cien años comenzaron los sindicatos a construir un Partido político. Esto es totalmente contrario a lo que sucedió en Alemania o Austria. Ahí el Partido despertó a la clase obrera al tiempo que construía los sindicatos. En Inglaterra, los sindicatos, después de años de existencia y lucha, se vieron obligados a construir un Partido político.

¿Cuáles fueron las razones de este cambio? Ante todo, la decadencia total del capitalismo inglés, que se manifestó muy acusadamente. El partido laborista inglés sólo cuenta con unas décadas de existencia, y sólo cobra importancia a partir de la Primera Guerra Mundial. ¿Cuál es la razón de este cambio? Se debió a la pérdida del control monopolístico que Inglaterra detentaba sobre el mercado mundial. Comenzó hacia la década de los ochenta del siglo XIX, con la competencia de Alemania y EE. UU. La burguesía perdió su capacidad de asegurar a las capas dirigentes del proletariado una situación privilegiada. Los sindicatos perdieron la posibilidad de mejorar la situación de los trabajadores y se vieron empujados hacia la acción económica. La acción política generaliza las necesidades de los obreros y no les enfrenta a sectores aislados de la burguesía, sino a la burguesía en su conjunto organizada en el Estado.

Ahora, en los EE. UU., podemos decir que los aspectos característicos

del desarrollo inglés están presentes de una forma aún más concentrada y enmarcados en un período de tiempo más corto, porque la Historia de los EE. UU. es más corta. La evolución de los sindicatos en los EE. UU. empezó prácticamente después de la guerra civil, pero estos sindicatos se encontraban muy atrasados aún en relación a los ingleses. En gran medida eran sindicatos mixtos de patronos y trabajadores, no eran sindicatos combativos, militantes. Eran de carácter sectorial y limitado. Se basaban en el sistema artesanal, no en el industrial, y hemos podido observar cómo sólo durante los dos o tres últimos años se han desarrollado los verdaderos sindicatos en los EE. UU. Este nuevo movimiento viene representado por la C. I.O.

¿A qué se debe la aparición de la C.I.O.? La explicación se encuentra en la decadencia del capitalismo americano. En Inglaterra, el inicio de la decadencia del sistema capitalista obligó a los sindicatos existentes a dotarse de un partido político. En EE. UU., el mismo fenómeno —el comienzo de la decadencia— no originó más que la creación de sindicatos industriales, cuya aparición en escena coincidió con la necesidad de enfrentarse con una nueva fase de decadencia del capitalismo. Más exactamente, podemos decir que la crisis de 1929-1933 fue un primer impulso que culminó con la organización de la C.I.O. Pero, nada más creada, la C.I.O. se enfrenta en 1937-38 con una segunda crisis que persiste y se ahonda.

¿Qué significa este hecho? Significa que antes de que fueran organizados los sindicatos transcurrió un largo período en los EE. UU. y que, ahora que existen verdaderos sindicatos, éstos tienen que seguir el mismo curso que los ingleses. Esto quiere decir que, en una fase de decadencia capitalista, se verán obligados a recurrir a la acción política. Creo que ésta es la cuestión más importante de todo el problema.

El problema se ha planteado textualmente así: «No hay pruebas que demuestren la existencia de una corriente generalizada favorable a la creación de un Partido obrero». Recordarán que, cuando discutimos esta cuestión con otros camaradas, aparecieron divergencias sobre este punto. No puedo juzgar si existe o no una corriente a favor de un partido obrero, porque no puedo apoyarme en observaciones o

experiencias propias. Sin embargo, no creo que lo determinante sea el grado en que los dirigentes de los sindicatos o la base estén dispuestos a crear un partido político. Resulta muy difícil establecer un criterio objetivo. No disponemos de opiniómetros. No tenemos otro medio de juzgar el estado de ánimo que la acción; pues sólo ella puede hacernos saber si las consignas están a la orden del día. Pero lo que sí podemos decir es que la situación objetiva es decisiva. Los sindicatos, en cuanto sindicatos, se limitan a una postura defensiva, perdiendo afiliados y debilitándose a medida que la crisis se ahonda y genera más y más paro. El erario público se empobrece cada vez más y sus obligaciones son cada vez mayores pese a que los recursos se ven cada vez más mermados. Es un hecho, y no lo podemos cambiar. La burocracia sindical se halla cada vez más desorientada, la base cada vez más insatisfecha, y este descontento es tanto mayor cuanto mayor es la esperanza que depositan en la C.I.O., especialmente si tomamos en cuenta el crecimiento sin precedentes de este sindicato. En dos o tres años han entrado en liza cuatro millones de nuevos afiliados planteando problemas objetivos que los sindicatos no pueden resolver. Tenemos que dar con una respuesta a esto. Si los dirigentes sindicales no están dispuestos a la acción política, debemos exigirles un cambio de línea. Si se niegan, les denunciaremos. Tal es la situación objetiva. Diré de nuevo lo mismo que señalé con respecto a la totalidad del programa. El problema no es el estado de ánimo de las masas, sino la situación objetiva, y nuestra tarea consiste en confrontar a los elementos atrasados de las masas con las tareas que plantean los factores objetivos, no los datos psicológicos. Otro tanto hay que decir de la cuestión del Partido obrero. Si no queremos que la lucha de clases sea aplastada y se vea sustituida por la desmoralización, hay que ofrecer a las masas una nueva vía, y esa vía tiene que ser política. Tal es el argumento fundamental a favor de esta consigna. Decimos guiarnos por el marxismo, por el socialismo científico. ¿Qué significa «socialismo científico»? Significa que el Partido que incorpora esta ciencia social parte, como en toda ciencia, no de los deseos, inclinaciones o estados de ánimo subjetivos, sino de los hechos

objetivos, de la situación concreta de las diversas clases y de las relaciones que éstas entablan. Sólo a través de este método podemos establecer las consignas apropiadas a la situación objetiva. Sólo a partir de él podemos adaptar estas reivindicaciones y consignas al estado de ánimo concreto de las masas. Pero a partir del estado de ánimo, como si se tratara del dato fundamental, no fundamentaría una política científica, sino coyuntural, demagógica, aventurera.

Cabría preguntar: ¿Por qué no hemos previsto este desarrollo hace cinco, seis o siete años? ¿Por qué hemos afirmado en el pasado que no estábamos dispuestos a luchar por un Partido obrero? La explicación es muy simple. Nosotros, marxistas, los mismos que iniciamos en EE. UU. el movimiento pro IV Internacional, estábamos totalmente convencidos de que el capitalismo mundial había entrado en un período de decadencia. En ese período la clase obrera se educa objetivamente y se prepara subjetivamente para la revolución social. Esa tendencia aparecía también en los EE. UU., pero no basta con que existan tendencias. Hay que tener en cuenta su ritmo de desarrollo; y a este respecto, teniendo en cuenta la fuerza del capitalismo americano, algunos de nosotros —entre los que me incluyo— pensábamos que su capacidad de resistencia frente a las tendencias destructivas sería mayor, y que el capitalismo americano podría aprovecharse durante algún tiempo de la decadencia del capital europeo para pasar por un período de prosperidad antes de llegar a la fase de su propio declive. ¿Por cuánto tiempo? ¿Diez, treinta años? Personalmente, no fui capaz de prever que una crisis, un conjunto de crisis, iban a aparecer en un futuro próximo cada vez con mayor profundidad. Por eso fui tan cauto cuando hace ocho años discutí esta cuestión con algunos camaradas americanos. Fui muy cauto en mi pronóstico. Mi opinión era que no podíamos prever cuándo los sindicatos se verían obligados a optar por la acción política. Si esta fase crítica hubiese tardado diez o quince años en aparecer, entonces nosotros, la organización revolucionaria, podríamos habernos convertido en un polo de referencia que influyese directamente sobre los sindicatos por su fuerza hegemónica. Por eso era pedante, abstracto y artificial proclamar la necesidad de un Partido

obrero en 1930. Esa consigna abstracta se hubiese transformado en un obstáculo para nuestro propio Partido. Tal era la situación al comienzo de la crisis anterior. ¡Pero quién podría haber predicho que a esa crisis le seguiría una nueva aún más profunda y con una influencia cinco o diez veces mayor, porque sería una repetición!

Ahora no debemos detenernos en nuestros pronósticos de ayer, sino en la situación actual. El capitalismo americano es muy fuerte, pero sus contradicciones son más fuertes que el propio capitalismo. Su decadencia se echa encima con un ritmo también americano, lo que afecta más directamente a los nuevos sindicatos, a la C.I.O. más que a la A.F.L., pues ésta goza de una mayor capacidad de resistencia al tener por base a la aristocracia obrera. Nuestro programa debe cambiar porque la situación objetiva es totalmente diferente de antes.

¿Qué significa esto? ¿Que estamos seguros de que la clase trabajadora, los sindicatos, van a hacer suya la consigna de un Partido obrero? No, no estamos seguros de que los trabajadores la apoyen. Cuando la lucha empieza, no podemos estar seguros de salir victoriosos. Solamente podemos afirmar que nuestra consigna responde a la situación objetiva, que los mejores elementos la comprenderán, y que los más atrasados, que no la comprenden, se verán obligados a dar una respuesta.

En Minneapolis no podemos decir que los sindicatos deben adherirse al S.W.P. Sería una broma, incluso en Minneapolis. ¿Por qué? Porque la decadencia del capitalismo es diez, cien veces más rápida que el ritmo de construcción de nuestro Partido. Es una nueva contradicción. La necesidad de crear un Partido político para los trabajadores es una exigencia de las condiciones objetivas, pero nuestro Partido es demasiado pequeño, carece de suficiente autoridad como para encuadrar a los trabajadores en sus propias filas. Ésa es la razón por la cual tenemos que decir a los trabajadores, a las masas, que tienen que dotarse de un Partido. Pero no podemos decir inmediatamente a estas masas: tenéis que adheriros al nuestro. En un mitin de masas, quinientas personas estarían de acuerdo con la necesidad de un Partido obrero, en tanto que sólo cinco estarían dispuestas a afiliarse a nuestro Partido, lo que demuestra que la consigna de un Partido obrero es una

consigna agitativa. La segunda consigna sólo es válida para los más avanzados.

¿Debemos emplear ambas consignas o sólo una de ellas? Yo diría que ambas. La primera, un Partido obrero independiente, prepara el camino para nuestro Partido. Al ayudar a los trabajadores a avanzar, nos facilita el camino. Tal es el sentido de nuestra consigna. Pero no podemos sentirnos satisfechos con esta consigna abstracta, aun cuando hoy no lo sea tanto como hace diez años, porque la situación objetiva ha variado. No es suficientemente concreta. Debemos explicar a los trabajadores lo que este Partido quiere ser: un Partido independiente, no supeditado a Roosevelt o La Follette, sino un aparato al servicio de los propios trabajadores. Ése es el motivo por el que debe presentar sus propios candidatos. Después debemos introducir nuestras consignas de transición, no todas de golpe, sino cuando se presenta la ocasión, primero una y después otra. Por ello no encuentro justificados en lo más mínimo los recelos ante la consigna de un Partido obrero. Creo que se deben a razones puramente subjetivas. Nuestros camaradas, al combatir contra los seguidores de Lovestone, querían nuestro propio Partido, y no un Partido abstracto. Por eso ahora les resulta incómodo aceptar la consigna de Partido obrero. Naturalmente que los estalinistas seguirán diciendo que somos fascistas, etc. Pero esa consigna no es cuestión de principios; es un problema de táctica. Lovestone creerá que le damos la razón, pero esto no tiene ninguna importancia. Nosotros no basamos nuestra política en las opiniones de Lovestone, sino en las necesidades de la clase trabajadora. Incluso para competir con los seguidores de Lovestone, la nueva orientación trabaja a favor nuestro, y no en contra. En un mitin, frente a un seguidor de Lovestone, yo explicaría cuál era nuestra antigua posición y por qué la hemos cambiado. «En ese período, vosotros, seguidores de Lovestone, nos atacabais. Bien. Ahora hemos cambiado de opinión en esa cuestión tan importante para vosotros. ¿Qué tenéis ahora contra la IV Internacional?» Estoy seguro de que así podríamos provocar una escisión entre los seguidores de Lovestone. Por eso, no veo que la nueva orientación pueda ser un obstáculo.

Antes de terminar, quiero matizar algo: La propuesta de crear un Partido obrero no forma parte del programa de transición; es una cuestión específica.

Pregunta: ¿Se debe abogar por la creación de un Partido obrero y votar en su favor desde el interior de los sindicatos?

Trotsky: ¿Por qué no? Si se plantease el tema en un sindicato, yo me levantaría y diría que la necesidad de un Partido obrero es una exigencia objetiva, pues ya se sabe que la lucha económica no basta. Los obreros tienen que emprender luchas políticas. Ante los sindicatos yo defendería que lo fundamental es el carácter de Partido obrero (por eso me reservaría mi opinión sobre su programa) y votaría a favor.

Pregunta: Los trabajadores no muestran ningún interés por la creación de un Partido obrero; sus dirigentes no hacen nada y los estalinistas están a favor de Roosevelt.

Trotsky: Pero eso ocurre siempre en un momento concreto: cuando no hay ningún programa.

Cuando no ven el nuevo camino. Por eso, es necesario superar la apatía, ofreciendo nuevas consignas.

Pregunta: Algunos camaradas han llegado a reunir datos que demuestran que la corriente favorable al Partido obrero se encuentra en retroceso.

Trotsky: Hay que distinguir entre las generales y las pequeñas oscilaciones que les acompañan, como sucede, por ejemplo, con el estado de ánimo en el seno de la C.I.O. La C.I.O. comenzó siendo muy agresiva. Ahora, en plena crisis, la C.I.O. les parece a los capitales mil veces más peligrosa que antes, pero sus dirigentes temen una ruptura con Roosevelt. Las masas aguardan y, mientras permanecen desorientadas, el paro aumenta. Es posible demostrar que su combatividad ha disminuido desde hace un año. La influencia estalinista posiblemente haya reforzado esta tendencia, pero no es más que una oscilación accesoria. Es sumamente peligroso basar una línea política en oscilaciones accesorias, pues, a corto plazo, la tendencia fundamental aparecerá aún más imperiosamente, y esta necesidad objetiva encontrará su expresión subjetiva en la mente de los trabajadores, sobre todo si les ayudamos. El Partido es un instrumento histórico para

ayudar a los trabajadores.

Pregunta: Algunos militantes que provienen del Partido Socialista estaban hace unos años a favor de un Partido obrero, pero, al discutir con los trotskistas, se convencieron de que no tenían razón. Ahora se quejan de que tienen que volver a cambiar su opinión.

Trotsky: Sí, eso crea un problema pedagógico, pero será útil para los camaradas. Ahora pueden comprender la dialéctica mejor que antes.

Completar el Programa y ponerlo en práctica

7 de junio de 1938

Trotsky: El programa tiene tanta importancia como el Partido. El Partido es la vanguardia de la clase. El Partido se crea a través de una selección de los elementos más conscientes, avanzados y entregados. Por eso puede desempeñar un importante papel histórico, que no guarda proporción directa con su fuerza numérica. Un Partido puede ser pequeño y desempeñar una función importante. Por ejemplo, durante la primera revolución rusa de 1905 la fracción bolchevique no tenía más de diez mil militantes y los mencheviques de diez a veinte mil como máximo. Entonces ambos formaban parte del mismo Partido, con lo que éste no contaba con más de veinte a veintidós mil trabajadores. A pesar de ello, el Partido dirigió los soviets de todo el país gracias a su política concreta y coherente. Se podría objetar que la diferencia entre rusos y americanos, o cualquier otro país capitalista tradicional, reside en que el proletariado ruso era muy joven, un proletariado virgen, carente de tradición sindical y libre de reformismo conservador. Se trataba de una clase trabajadora nueva y virgen que necesitaba una dirección y la buscaba de modo que el Partido, a pesar de no contar con mucho más de veinte mil trabajadores, pudo dirigir el combate de veintitrés millones.

Ahora bien, ¿qué es el Partido? ¿En qué se basa su cohesión? La cohesión exige una comprensión común de los hechos, de las tareas, y

esta comprensión común es el programa del Partido. El programa es al Partido lo que las herramientas son a los trabajadores, tanto a los de hoy como a los de otras épocas históricas. El programa es el instrumental del Partido. Sin un programa, cada trabajador tiene que improvisar sus herramientas y buscar utensilios de fortuna. Lo uno contradice lo otro. Sólo cuando existe una vanguardia forjada en una comunidad de concepciones podemos actuar.

Podría objetarse que hasta hoy carecíamos de programa y, sin embargo, actuábamos. Pero eso no es totalmente cierto; nuestro programa había sido elaborado en diversos artículos y mociones, etc. En este sentido, nuestro proyecto de programa no es nada nuevo, no se debe a un sólo hombre. Es la suma del trabajo colectivo realizado hasta ahora. Una suma absolutamente necesaria a fin de ofrecer a los camaradas una idea común de la situación. Los anarquistas y los intelectuales pequeñoburgueses atacan la exigencia de dotar al Partido concepciones y actitudes comunes y, a cambio, proponen programas moralistas. Pero, para nosotros, el programa es fruto de la experiencia colectiva. Nadie está obligado a aceptarlo, pues todo aquel que se adhiere al Partido lo hace por su propia voluntad.

Creo que es importante matizar qué entendemos por libertad en contraposición a necesidad. Frecuentemente la defensa de la libre individualidad no es más que una teoría pequeñoburguesa. No es más que una ficción errónea. No somos libres. No disponemos de un libre albedrío, en el sentido que nos lo da a entender la filosofía metafísica. Cuando deseo beber un vaso de cerveza actúo como un hombre libre, pero no invento la necesidad de beber cerveza, que proviene de mi cuerpo. Soy un mero ejecutor. Pero, en la medida en que comprendo las necesidades de mi cuerpo y las puedo satisfacer conscientemente, entonces tengo la sensación de libertad, al comprender la necesidad. Una correcta comprensión de la necesidad fisiológica es la única libertad real de los animales ante cualquier cuestión, y el hombre es un animal. Lo mismo es válido para la clase. El programa de clase no cae del cielo. Sólo podemos llegar a una comprensión de la necesidad. En un caso se trataba de la de mi cuerpo, y en el otro, de una necesidad

social. El programa es la articulación asumida de una necesidad que, al ser común a todos los miembros de una clase, puede llevarles a una formulación común de sus tareas. La comprensión de esta necesidad es el programa.

Podemos ir más lejos y afirmar que la disciplina de nuestro Partido tiene que ser muy estricta, porque somos un Partido revolucionario que se enfrenta a un tremendo bloque de enemigos conscientes de sus intereses y que no sólo se ve atacado por la burguesía, sino también por los estalinistas, los agentes más nefastos de la burguesía. Por eso, necesitamos una disciplina férrea basada en una comprensión común. Si la disciplina se impone desde fuera se convierte en un yugo, pero si brota de la aceptación es un signo de personalidad. Si no es así, es un yugo. Luego la disciplina es una manifestación de mi libre individualidad. No hay oposición entre la voluntad individual y el Partido, pues la adhesión al Partido es libre. Lo mismo sucede con el programa. Una comprensión correcta tiene que asentarse en una sólida base política y moral.

Un proyecto de programa no es un programa acabado. Podemos afirmar que en el nuestro hay carencias, al tiempo que algunos de sus aspectos no son en absoluto programáticos, como, por ejemplo, las referencias coyunturales. Nuestro proyecto de programa no sólo recoge consignas, sino también comentarios y polémicas con los adversarios. No es un programa acabado. Un programa acabado debería ofrecer un análisis teórico sobre la sociedad capitalista moderna en su fase imperialista: las causas de la crisis actual, el aumento del número de parados, etc. En el proyecto, este análisis está resumido al principio, porque sobre ello ya hemos escrito artículos, libros, etc. Aún habremos de escribir más y mejores. Pero, a efectos prácticos, con ese resumen basta, pues todos compartimos la misma opinión. El comienzo del programa no es completo. El primer capítulo sólo es un conjunto de sugerencias, no un tratamiento detallado. Tampoco está detallada la parte final del programa, porque en ella no se habla de la revolución social, de la toma del poder por vía insurreccional, de la transformación de la sociedad capitalista en dictadura proletaria y de la dictadura

proletaria en una sociedad socialista. El programa deja al lector en el umbral de estas cuestiones. Se limita a ser un programa de acción desde hoy hasta los comienzos de la revolución socialista. Desde un punto de vista práctico, lo esencial para nosotros es cómo podemos guiar a las diferentes capas del proletariado hacia la revolución social. He oído que los camaradas de Nueva York han comenzado recientemente a organizar círculos no sólo para estudiar y criticar el proyecto de programa, sino también para buscar los medios de presentar el programa a las masas. Creo que éste es el mejor método que puede emplear nuestro Partido.

El programa es sólo una primera aproximación, incluso demasiado general, pues al ser un texto para la próxima Conferencia internacional, se limita a expresar la tendencia general del desarrollo a escala mundial. Contiene también un breve capítulo dedicado a los países fascistas, otro sobre la U.R.S.S., etc. Las características generales de la situación mundial son comunes, pues se deben al influjo de la economía imperialista, a pesar de las condiciones específicas de cada país; luego una política concreta debe partir de esas peculiaridades, incluso de las de cada región del país en cuestión. Por ello, el primer deber de todos los camaradas de los EE. UU. es el de tomarse muy en serio el programa.

Hay dos peligros a la hora de desarrollar el programa. El primero consiste en quedarnos en análisis abstractos y repetir consignas generales que no encuentren eco en los sindicatos locales. Es el peligro de caer en la abstracción sectaria. El otro peligro es el contrario; un excesivo adaptacionismo a las condiciones locales, a las condiciones específicas, que lleva a perder la línea revolucionaria general. Pienso que en los EE. UU. el segundo peligro es más probable. Por ejemplo, en lo referente a nuestra postura sobre la militarización, los piquetes-armados, etc., que algunos camaradas temían no fuese asumida por los trabajadores, etc.

En estos días he leído un libro en francés, escrito por un trabajador italiano, sobre el surgimiento del fascismo en Italia. El autor es un oportunista. Era socialista, pero lo importante no son sus conclusiones,

sino los datos que aporta. En particular describe al proletariado italiano en 1920-21. Poseía una organización poderosa. Había 160 diputados socialistas en el Parlamento. Más de un tercio de los municipios estaban en sus manos; los sectores más importantes de Italia estaban en manos de los socialistas, hegemónicos entre los obreros. Ningún capitalista podía emplear o despedir a un trabajador, agrario o industrial, sin consentimiento del sindicato. Parecía como si se hubiera conseguido el 49 por 100 de la dictadura del proletariado. Sin embargo, la reacción de la pequeña burguesía y de los oficiales desmovilizados, ante esta situación, fue tremenda. El autor cuenta cómo se organizaron pequeñas bandas bajo la dirección de algunos oficiales que eran enviados en autobuses a cualquier parte en que hicieran falta. En ciudades de diez mil habitantes bajo control socialista bastaron treinta hombres organizados para entrar en la ciudad; quemar el ayuntamiento, las casas; fusilar a los líderes e imponer las condiciones de trabajo de los capitalistas. De allí se iban a otro sitio, haciendo lo mismo, una tras otra, en cientos y cientos de ciudades. Sembraron el terror y, realizando estos actos sistemáticamente, destruyeron totalmente los sindicatos, haciéndose los amos de Italia, a pesar de ser una minoría insignificante. Cuando los trabajadores se declaraban en huelga general, los fascistas llegaban en sus autobuses, aplastaban toda huelga local y, con la ayuda de una minoría organizada, borrarán del mapa a las organizaciones obreras. En este clima de terror se celebraron elecciones y los obreros volvieron a obtener el mismo número de diputados, que se dedicaron a expresar su protesta en el Parlamento hasta que éste fue disuelto. Ésa es la diferencia entre poder formal y poder real. Los diputados estaban convencidos de su fuerza, pero aquel gigantesco movimiento obrero, a pesar de todo su espíritu de sacrificio, fue aplastado, destruido, barrido por unos diez mil fascistas bien organizados, dispuestos a todo y provistos de buenos jefes militares.

En EE. UU. sería diferente, pero las tareas fundamentales serían las mismas. Véanse las tácticas de Hague. Son un ensayo de golpe fascista. Hague representa a los pequeños patronos enfurecidos por la agravación de la crisis. Sus bandas fascistas son totalmente

anticonstitucionales pero muy, muy contagiosas. Si la crisis se agrava, sus procedimientos pueden extenderse a todo el país, y Roosevelt, que es un gran demócrata, se limitará a decir que «tal vez sea mejor así». Esto fue lo que sucedió en Italia. El primer ministro invitó a los socialistas a resolver la crisis, pero los socialistas rehusaron. Se dirigió luego a los fascistas, pero los fascistas aplastaron al ministro. Creo que el ejemplo de Nueva Jersey es también muy importante. Todo debe servirnos para alertar del peligro fascista, pero estos ejemplos son fundamentales. Pienso escribir una serie de artículos de cómo llegaron a triunfar los fascistas. Nosotros también podemos triunfar así, pero para ello precisamos de un pequeño cuerpo armado que cuente con el apoyo de las masas trabajadoras. Necesitamos la mejor disciplina, trabajadores organizados, comités de autodefensa. Si no, seremos aplastados. Creo que nuestros camaradas de EE. UU. no valoran la importancia de la cuestión. Una ola fascista se puede extender en dos o tres años. Si es así, los mejores dirigentes obreros serán linchados igual que los negros en el Sur. El terror en los EE. UU. puede ser el peor de todos. Por ello debemos comenzar modestamente, es decir, con piquetes de autodefensa, que debemos promover inmediatamente.

Pregunta: ¿Cómo poner en pie los piquetes de auto-defensa?

Trotsky: Es muy sencillo. ¿Existen piquetes de huelga? Cuando termine la huelga diremos que tenemos que defender nuestros sindicatos dando carácter permanente a los piquetes.

Pregunta: ¿Es el propio Partido el que debe crear los piquetes de autodefensa con sus militantes?

Trotsky: Las consignas del Partido deben propagarse en barrios donde tenemos simpatizantes y obreros que nos apoyan. No obstante, el Partido no puede crear ese núcleo en los sindicatos. Debemos contar con estos grupos de camaradas provistos de una estricta disciplina, con buenos y cautos líderes que no se dejan provocar fácilmente, pues estos grupos son blanco de fáciles provocaciones. La principal tarea para el próximo año será evitar conflictos y enfrentamientos sangrientos. Hemos de reducirlos al mínimo, dotándonos de una organización minoritaria en las huelgas, en períodos de calma. Con objeto de

impedir la realización de mítines fascistas propondremos un frente único, ya que solos no somos fuertes, y ello es una cuestión de relación de fuerzas.

Hitler explica su éxito en su libro. La socialdemocracia era extremadamente poderosa. A un mitin de la socialdemocracia envió una banda capitaneada por Rudolf Hess, y cuenta que, al finalizar el mitin, sus treinta muchachos desalojaron a todos los trabajadores, que no opusieron resistencia. Fue entonces cuando supo que iba a triunfar. Los trabajadores sólo estaban organizados para pagar las cuotas. Carecían de preparación para acometer otras tareas. Ahora debemos hacer lo que hizo Hitler, pero a la inversa. Enviar a cuarenta o cincuenta hombres para disolver el mitin. Ello tiene una enorme importancia. Los trabajadores se templan, transformándose en elementos combativos, en avanzadilla. La pequeñoburguesía piensa que estas personas son serias. ¡Qué éxito! Esto tiene una enorme importancia. En tanto que gran parte de la población permanezca ciega, siga siendo atrasada y acepte la opresión, sólo el éxito puede despertarla. Hoy solamente podemos despertar a la vanguardia, pero ésta debe despertar a los demás. Ése es el motivo, no me canso de repetirlo, por el que cobra importancia la cuestión. En Minneapolis, donde contamos con camaradas muy hábiles e influyentes, podemos empezar a mostrarlo a todo el país.

Creo que sería útil discutir un poco esta parte del proyecto de programa insuficientemente desarrollada en nuestro texto. Se trata de la parte general teórica. En la última discusión subrayé el hecho de que la parte teórica del programa, en tanto análisis general de la sociedad, no aparece en su totalidad en este proyecto, que se limita a hacer breves alusiones. Por otro lado, no contiene la parte referente a la revolución, a la dictadura del proletariado y a la construcción de la sociedad después de la revolución. Sólo queda cubierto el período de transición. Hemos repetido en numerosas ocasiones que el carácter científico de nuestra actividad consiste en que no adaptamos nuestro programa a la coyuntura política, o al estado de ánimo de las masas, tal como se manifiesta hoy, sino a la situación objetiva tal como aparece

representada por la estructura económica de las clases sociales. El nivel de conciencia puede ser bajo. En ese caso, la tarea política del Partido consiste en hacer que ese nivel de conciencia se ponga a la altura de la situación objetiva, en hacer que los trabajadores acometan sus tareas objetivas. Sin embargo, no podemos adaptar el programa a la mentalidad de los trabajadores atrasados, pues el nivel de conciencia y el estado de ánimo constituyen un factor secundario. El factor principal es la situación objetiva. Esto nos ha valido algunas críticas o apreciaciones que dicen que algunas partes del programa no responden adecuadamente a la situación.

En todo momento la pregunta es: ¿Qué hacer? ¿Adecuar nuestro programa a la situación objetiva o al nivel de conciencia de los trabajadores? Ésta es la pregunta a plantear a todo camarada que dice que el programa no se adapta a la situación americana. El nuestro es un programa científico. Se basa en un análisis concreto de la situación concreta. No puede ser comprendido por el conjunto de los trabajadores. Nos daríamos con un canto en los dientes si la vanguardia lo comprendiera en un futuro próximo y se dirigiera a los trabajadores diciendo: «Tenéis que libraros del fascismo».

¿Qué entendemos por situación objetiva? El análisis de las condiciones objetivas para la revolución social. Estas condiciones están expuestas en las obras de Marx y Engels, y en esencia permanecen invariables. En primer lugar, Marx afirmó en una ocasión que ninguna sociedad deja de existir hasta que no agota sus posibilidades. ¿Qué significa esto? Que no podemos hacer desaparecer una estructura social por medio de un acto de voluntad subjetivo, que no podemos organizar una insurrección como los blanquistas^[25]. ¿Qué significa el término «posibilidades»? Y ¿qué significa «que ninguna sociedad deja de existir»? En tanto que la sociedad sea capaz de desarrollar las fuerzas productivas y de hacer que la sociedad sea más rica, continuará siendo poderosa y estable. Ésa fue la condición para las sociedades esclavistas, feudal y capitalista.

Aquí llegamos a una cuestión muy importante que en su día analicé en mi introducción al *Manifiesto comunista*. Marx y Engels esperaban que

la revolución se produjera en el curso de su vida. En especial, esperaban una revolución social en los años 1848-50. ¿Por qué? Decían que el sistema capitalista basado en el beneficio se había convertido en un freno para las fuerzas productivas. ¿Era eso correcto? Sí y no. Era correcto en el sentido de que si los trabajadores hubieran sido capaces de asumir las necesidades del siglo XIX, y de tomar el poder, el desarrollo de las fuerzas productivas hubiera sido más rápido y el país más rico. Pero como los trabajadores no fueron capaces de hacerlo, el sistema capitalista sobrevivió, con sus crisis, etc. Sin embargo, aquella tendencia siguió su curso. La última guerra (1914-18) se debió a que el mercado mundial se hizo demasiado estrecho para el desarrollo de las fuerzas productivas, y cada país trató de desplazar a los demás para acaparar, al servicio de sus propios intereses, el mercado mundial. Ninguno lo consiguió y ahora vemos cómo la sociedad capitalista ha entrado en una nueva fase.

Muchos dicen que esta nueva fase fue consecuencia de la guerra, pero la guerra reflejaba una sociedad que había agotado sus posibilidades, fue un reflejo de su incapacidad para seguir desarrollándose. Después de la guerra estamos asistiendo a una crisis histórica cada vez más profunda. En el pasado, el desarrollo capitalista alternaba prosperidad y crisis, pero la suma de crisis y prosperidad se saldaba con un nuevo avance. Sin embargo, a partir de la guerra puede observarse la existencia de ciclos alternativos de crisis y prosperidad en línea descendente. Lo que significa que la sociedad ha agotado todas sus posibilidades internas y que tiene que ser reemplazada por otra nueva, pues de lo contrario la vieja sociedad caería en la barbarie, igual que las civilizaciones griega y romana agotaron sus posibilidades sin que apareciese ningún recambio.

Ésa es la cuestión que ahora está en juego, especialmente en los EE. UU. El primer requisito que tiene que cumplir una nueva sociedad es haber alcanzado un desarrollo suficiente de las fuerzas productivas que pueda dar paso a otra sociedad más avanzada. ¿Se encuentran las fuerzas productivas suficientemente desarrolladas para ello? Sí, en el siglo XIX ya lo estaban. No tanto como ahora, pero en todo caso lo

suficiente. Ahora sería muy sencillo para un estadístico, sobre todo en EE. UU., demostrar que, si las fuerzas productivas quedaran liberadas, podrían multiplicarse por dos o por tres. Creo que nuestros camaradas deberían realizar ese sondeo estadístico.

La segunda condición es la existencia de una nueva clase progresista suficientemente numerosa y económicamente influyente como para imponer su voluntad a la sociedad. Esta clase es el proletariado. Tiene que ser la mayoría del país o tener la posibilidad de dirigir a los campesinos pobres. En EE. UU. es al menos la mitad de la población y tiene la posibilidad de dirigir a los campesinos.

La tercera condición es el factor subjetivo. Esta clase tiene que ser consciente del lugar que ocupa en la sociedad y disponer de organizaciones propias. Ésta es una condición que ahora no se da desde un punto de vista histórico. Socialmente no sólo es posible, sino absolutamente necesario en el sentido de que la disyuntiva histórica será: socialismo o barbarie.

Ya hemos visto en la discusión que el señor Hague no es un viejo estúpido que se imagina que en su ciudad impera una especie de sistema feudal. Es la avanzadilla de la clase capitalista americana.

Jack London escribió *El talón de hierro*^[26]. Aprovecho para recomendar su lectura. Lo escribió en 1907, y por esas fechas parecía una pesadilla de ficción; pero ahora es una realidad palpable. Describe el desarrollo de la lucha de clases en unos EE. UU. en que la clase capitalista mantiene su poder con ayuda de una terrible represión. Es una anticipación del fascismo. La ideología que retrata es incluso similar a la de Hitler. Es muy interesante.

En Newark, el alcalde empieza a emular a Hague; todos se inspiran en Hague y sus congéneres. Ahora, en plena crisis, es completamente seguro que Roosevelt se dará cuenta de que no puede hacer nada empleando medios democráticos. No es un fascista como afirmaban los estalinistas en 1932. Sin embargo, toda su capacidad de iniciativa quedará paralizada. ¿Qué puede hacer? Los trabajadores están descontentos, los grandes empresarios están descontentos. Sólo le cabe maniobrar hasta que finalice su mandato y después decir adiós. Está

totalmente descartado un tercer mandato de Roosevelt.

La imitación del alcalde de Newark puede ser muy importante. En dos o tres años puede haber un potente movimiento fascista americano. ¿Quién es Hague? No tiene nada que ver con Mussolini o Hitler, pero es un fascista americano. ¿Por qué se indigna? Porque la sociedad ya no puede funcionar con mecanismos democráticos.

Sería, por supuesto, impermisible caer en la histeria. El peligro de que la clase obrera sea desbordada por los acontecimientos es indiscutible, pero sólo podemos combatirlo si desarrollamos enérgica y sistemáticamente nuestra propia actividad e impulsamos consignas revolucionarias adecuadas; no dando rienda suelta a nuestras fantasías.

La democracia es el gobierno de los grandes financieros. Debemos comprender bien lo que Lundberg nos enseñó con su libro: que sesenta familias gobiernan en los EE. UU. ¿Cómo? Hasta hoy, con medios democráticos. Son una pequeña minoría rodeada de capas medias, pequeña burguesía, obreros, pero tienen que interesar a las capas medias en su sociedad. No pueden dejar que desesperen. Lo mismo sucede con los trabajadores, especialmente las capas más altas. Si consiguen ganar su oposición a los cambios, quedan rotas las posibilidades revolucionarias de las capas bajas. No hay otra manera de hacer funcionar a la democracia.

El régimen democrático es la forma más aristocrática de gobernar. Sólo es posible en un país rico. Cada demócrata británico tiene nueve o diez esclavos trabajando en las colonias. La antigua sociedad griega era una democracia esclavista. Lo mismo se puede decir, en cierto modo, de la democracia inglesa, holandesa, francesa, belga. Formalmente, los EE. UU. no tienen colonias, pero tienen a América latina. En cierto modo, todo el planeta es una colonia americana. Cuentan además con un pasado carente de toda tradición feudal. Son un país históricamente privilegiado. Pero los países capitalistas privilegiados difieren de las naciones capitalistas más «parias» sólo desde el punto de vista del atraso. Italia, la nación más pobre de los países capitalistas, fue la primera en hacerse fascista. Alemania vino en segundo lugar, porque no poseía colonias ni países ricos satelizados. Todos los demás

caminos le estaban vedados. Por su parte, la clase obrera se mostró incapaz de sustituir a la burguesía. Ahora ha llegado el turno de los EE. UU., incluso antes que el de Gran Bretaña o Francia.

El deber de nuestro Partido es dirigirse a todos los trabajadores americanos y bombardearles una y otra vez hasta que comprendan la situación de los EE. UU., que no es una crisis coyuntural, sino una crisis social global. Nuestro partido puede desempeñar un papel muy importante. Para un Partido joven inmerso en un ambiente cargado de tradiciones e hipocresías es difícil lanzar una consigna revolucionaria. Nos dirán que «eso es una fantasía», que «es inadecuado para América», pero puede que, la situación haya cambiado cuando se divulguen las consignas revolucionarias de nuestro programa. Algunos se reirán. Pero el coraje revolucionario no consiste sólo en ser fusilado, sino también en soportar las burlas de gentes estúpidas que se encuentran en mayoría. Sin embargo, cuando uno de ellos sea víctima de una paliza propinada por la banda de Hague, pensará que está bien tener un piquete de autodefensa y cambiará su actitud irónica.

Pregunta: ¿Pero acaso la ideología de los trabajadores no forma parte de los factores objetivos?

Trotsky: Para nosotros, como minoría, todo es objetivo, incluido el estado de ánimo de los trabajadores. Pero tenemos que analizar y distinguir entre aquellos elementos de la situación objetiva cuya transformación depende de nuestra actuación y aquellos que no. Por eso decimos que el programa se adapta a los datos fundamentales y estables de la situación objetiva y que nuestra tarea consiste en adaptar la mentalidad de las masas a aquellos datos objetivos. Adaptar su mentalidad es una tarea pedagógica. Debemos ser pacientes, etcétera. La crisis de la sociedad es la base de nuestra actividad. La conciencia política es un escenario que debemos cambiar. Tenemos que dar una explicación científica de la sociedad y exponerla con claridad a las masas. Ésa es la diferencia entre marxismo y reformismo.

Los reformistas tienen buen olfato para adivinar cuáles son los deseos de su auditorio. Así, Norman Thomas, que se pliega a ellos. Pero eso no es una actitud revolucionaria seria. Debemos tener la valentía de ser

impopulares, de decir «sois unos cretinos», «sois estúpidos», «os traicionan», y de cuando en cuando, en medio de un escándalo, lanzar apasionadamente nuestras ideas. De cuando en cuando hay que agitar al trabajador, y a continuación volver a agitarle. Todo eso pertenece al arte de darle explicaciones a la propaganda. Pero una propaganda científica, que no hace concesiones al estado de ánimo de las masas. Nosotros somos los más realistas, porque tomamos en cuenta datos que ni la elocuencia de Norman Thomas puede cambiar. Si alcanzamos un éxito inmediato, nadaremos a favor de la corriente de masas. Esa corriente es la revolución.

Pregunta: A veces pienso que nuestros dirigentes no se plantean estos problemas.

Trotsky: Tal vez se deba a que una cosa es comprenderlos y otra sentirlos con el cuerpo entero. Ahora tenemos que convencernos de la necesidad de cambiar nuestra política. Es una cuestión que no sólo importa a las masas, sino también al Partido. Y no sólo al Partido, sino también a sus dirigentes. Hemos tenido discusiones, diferencias. Es imposible llegar a una misma postura simultáneamente. Siempre aparecen fricciones no sólo inevitables, sino incluso necesarias. La razón de este programa fue provocar esta discusión.

Pregunta: ¿Cuánto tiempo debemos conceder a los dirigentes para abordar esta discusión?

Trotsky: Es difícil fijarlo. Dependerá de muchos factores. No podemos concederles demasiado tiempo, pues ha llegado la hora de emprender una nueva orientación. Nueva y vieja a la vez. Se basa en toda nuestra actividad pasada, aunque ahora se abre un nuevo capítulo para el que hemos de movilizar todas nuestras fuerzas, con una actitud más enérgica. Lo importante, una vez que el programa haya sido finalmente elaborado, es que conozcamos muy bien las consignas y sepamos manejarlas hábilmente, de tal forma que se empleen simultáneamente las mismas consignas en cada lugar del país. Tres mil personas pueden dar la impresión de ser quince o cincuenta mil.

Pregunta: Hay camaradas que teóricamente pueden estar de acuerdo con este programa, pero ¿contamos con camaradas experimentados para

llevar sus consignas a las masas? Teóricamente, estoy de acuerdo, ¿pero qué hacer con los trabajadores atrasados de mi sindicato?

Trotsky: Nuestro Partido es un Partido de la clase trabajadora americana. Tenéis que tener en cuenta que en EE. UU. no ha habido un fuerte movimiento proletario, por no hablar de una potente revolución proletaria. En 1917 no habríamos podido ganar, si antes no hubiera habido un 1905. Mi generación era muy joven. Durante doce años tuvimos una inmejorable oportunidad para reflexionar sobre nuestras derrotas, aprender a corregirlas y ganar. Pero, incluso entonces, volvimos a perder frente a los nuevos burócratas. Ésa es la razón por la que no podemos saber si nuestro partido conducirá a la clase obrera americana directamente a la victoria. Es posible que los trabajadores americanos, que son patrioteros y cuyo nivel de vida es elevado, protagonicen revueltas y huelgas. A un lado estará Hague; en el otro, Lewis. Eso puede durar un largo período, años y años. Durante ese tiempo nuestra gente se templará, cobrará confianza en sí misma y los trabajadores dirán: «Son los únicos capaces de hallar la solución». Sólo la guerra crea héroes. Para empezar contamos con elementos excelentes, educados concienzudamente, un buen estado mayor no demasiado pequeño. En términos generales soy muy optimista. Por otra parte, creo que el cambio de mentalidad de los trabajadores americanos se hará a un ritmo muy acelerado. ¿Qué hacer? Todo el mundo está intranquilo, buscando novedades. Es una situación muy favorable para la propaganda revolucionaria.

No sólo debemos tener en cuenta a los elementos aristocráticos, sino sobre todo a las capas más pobres. Los trabajadores americanos cultivados tienen puntos a favor y puntos en contra; por ejemplo, su afición a los deportes ingleses. Los deportes están muy bien, pero a la vez sirven para desmoralizar a los trabajadores. Toda su energía revolucionaria se consume en el deporte. Los deportes fueron cultivados por Gran Bretaña, el más inteligente de los países capitalistas. El deporte debería estar en manos de los sindicatos, como parte de la formación revolucionaria. Sin embargo, buena parte de la juventud y de las mujeres carecen de posibilidades económicas para

ellos. Debemos dotarnos de tentáculos para penetrar en todas partes, llegando hasta los estratos más profundos.

Pregunta: Creo que el Partido ha experimentado grandes progresos desde la última Convención.

Trotsky: Se ha llevado a cabo un cambio de orientación muy importante. Ahora tenemos que usar este arma de forma coherente. Una agitación general y dispersa no penetra en la mente de quienes carecen de formación. Pero si se repiten las mismas consignas, adaptándolas a la situación, entonces la reiteración, que es la madre de la enseñanza, actuará también en política. A menudo sucede que no solamente el intelectual, sino también el trabajador cree que todos comprenden lo que él ha aprendido. Pero es necesario repetir las consignas con insistencia, diariamente y en todas partes. Ésa es la finalidad del proyecto de programa: ofrecer una impresión homogénea.

Hay que expulsar a la burocracia y a la aristocracia obrera de los soviets

(Nota: Este artículo fue escrito en 1938 por León Trotsky como respuesta a las objeciones de Joseph Carter a la consigna: «Hay que expulsar a la burocracia y la aristocracia obrera de los soviets», que aparece en el *Programa de Transición*. Trotsky defendió esta consigna como parte esencial del programa de los trabajadores soviéticos en su lucha revolucionaria contra la burocracia totalitaria estalinista).

4 de julio de 1938

He recibido algunos comentarios críticos generales a la consigna que encabeza este artículo, que merecen respuesta a través de un artículo y no de una carta privada.

Para empezar, citemos las objeciones.

Según mi crítico, la consigna de expulsar a la burocracia y a la nueva aristocracia de los soviets no tiene en cuenta los conflictos agudos que

se están produciendo en el seno de la burocracia y aristocracia obrera, y que permiten esperar que sectores enteros de ellas se pasarán al campo del proletariado, como se señala en otra parte del proyecto del programa.

La consigna («expulsar a la burocracia») sienta una base incorrecta (mal definida) que puede privar a decenas de millones de trabajadores—incluso a los trabajadores especializados— de sus derechos civiles.

La consigna se opone a la parte de la tesis que sostiene que «la democratización de los soviets es imposible sin la legalización de los Partidos soviéticos. Los mismos obreros y campesinos indicarán, por medio de su libre votación, qué Partidos reconocen como soviéticos».

«En todo caso —prosigue el autor de la carta—, no parece que existan razones políticas válidas para privar de sus derechos *a priori* a algunos grupos de la sociedad rusa actual. La privación de derechos debería basarse en la realización de actos políticos violentos por parte de grupos o individuos contra el nuevo poder soviético».

Finalmente, el autor de la carta señala que es la primera vez que aparece la consigna de «privación de derechos civiles», que la cuestión no ha sido suficientemente discutida y que sería mejor relegarla para un estudio exhaustivo tras la Conferencia internacional.

Tales son las razones y argumentos de mi corresponsal. Desgraciadamente no puedo estar en absoluto de acuerdo con ellos. Expresan una actitud formal, puramente jurídico-constitucional con relación a un problema que debe ser abordado desde un punto de vista político-revolucionario. No se trata de saber quién será privado de sus derechos por los nuevos soviets, una vez que éstos se hayan consolidado. Con toda tranquilidad podemos dejar el tema de la nueva Constitución soviética para el futuro. La cuestión es *cómo deshacerse de la burocracia soviética* que oprime y explota a los obreros y campesinos, liquida las conquistas de Octubre y es el principal obstáculo para la revolución internacional. Hace ya tiempo que llegamos a la conclusión de que esto sólo se puede realizar mediante el derrocamiento violento de la burocracia, es decir, mediante una nueva revolución política.

En las filas de la burocracia hay naturalmente elementos honrados y revolucionarios como Reiss. Pero no son numerosos y, en todo caso, no determinan la fisonomía política de la burocracia, esa casta thermidoriana centralizada, a cuyo frente se encuentra la camarilla bonapartista de Stalin.

Podemos estar seguros de que cuanto mayor sea el descontento de los trabajadores, mayores y más profundas serán las contradicciones en el seno de la burocracia. Pero si queremos movilizar y organizar políticamente *el odio de las masas contra la burocracia como casta dirigente*, debemos comprender el problema teóricamente.

Los verdaderos soviets de obreros y campesinos no pueden surgir más que en el curso de la rebelión contra la burocracia. Tales soviets tendrán que lanzarse decididamente contra el aparato militar-policial de la burocracia. ¿Cómo podríamos permitir que penetrasen en los soviets representantes del campo contra el cual se está gestando el levantamiento?

Mi corresponsal —como ya señalé— considera que los criterios aplicados a la burocracia y a la aristocracia obrera son incorrectos, «mal definidos», puesto que *a priori* exigen que se deje fuera a decenas de millones de personas. Precisamente aquí reside el error central del autor de la carta. No es cuestión de una «*determinación*» constitucional aplicada en base a criterios jurídicos estables, sino de la *verdadera autodeterminación de los campos en pugna*. Los soviets sólo pueden surgir en el curso de una lucha decisiva. Serán creados por aquellas capas de trabajadores que se integren en el movimiento. El carácter de los soviets consiste precisamente en que su composición no se establece mediante criterios formales, sino por la dinámica de la lucha de clases. Ciertas capas de la «aristocracia» soviética vacilarán entre el campo de los obreros revolucionarios y el de la burocracia. Si estas capas entran en los soviets y en qué momento, dependerá del desarrollo general de la lucha y de la actitud que los distintos grupos de la aristocracia soviética adopten en su transcurso. Los elementos burocráticos y aristocráticos que en el curso de la revolución se pasen al bando rebelde tendrán naturalmente cabida en los soviets. Pero esta

vez no como burócratas y «aristócratas», sino como participantes en el levantamiento contra la burocracia.

La consigna de expulsar a la burocracia no puede contraponerse en ningún caso a la consigna de legalización de los Partidos soviéticos. En realidad, se complementan. En la actualidad, los soviets son apéndices decorativos de la burocracia. Sólo la expulsión de la burocracia, inconcebible sin un levantamiento revolucionario, podrá regenerar la lucha de las distintas tendencias y partidos en los soviets. «Los propios obreros y campesinos mediante su libre voto indicarán cuáles son los Partidos soviéticos», dice la tesis. Pero precisamente por eso es necesario, ante todo, expulsar a la burocracia de los soviets.

Además, no es cierto que esta consigna represente algo nuevo en las filas de la IV Internacional. Tal vez su formulación sea nueva; no así su contenido. Durante largo tiempo mantuvimos la postura de *reformular* el régimen soviético. Teníamos la esperanza de que organizando la presión de los elementos avanzados, la Oposición de Izquierda podría, con la ayuda de los elementos progresistas de la propia burocracia, reformar el sistema soviético. No se podía saltar esta etapa. Pero el curso posterior de los acontecimientos refutó la perspectiva de transformación pacífica del Partido y de los soviets. De la posición de *reforma* pasamos a la de *revolución*, es decir, derrocamiento violento de la burocracia. Pero ¿cómo se puede derrocar a la burocracia si a la vez se le da un puesto legal en los órganos que van a derrocarla? Si estudiamos a fondo las tareas con las que se enfrenta el obrero y el campesino soviético, la consigna que encabeza este artículo debe ser reconocida como correcta, evidente y urgente. Por eso opino que la Conferencia internacional debería sancionar esta consigna.

Cómo los cambios económicos afectan el estado de ánimo de las masas

20 de julio de 1938

Pregunta: ¿Qué influencia puede ejercer la «prosperidad», un auge económico del capitalismo americano en el próximo período, sobre nuestra actividad, basada en el Programa de Transición?

Trotsky: Es muy difícil dar una respuesta, porque se trata de una pregunta con muchas variantes y magnitudes que desconocemos. La primera cuestión es si existe alguna probabilidad de una mejora coyuntural en un futuro próximo. Es muy difícil de responder, sobre todo para una persona que no sigue las estadísticas día a día. Tal y como yo lo veo por el *New York Times*, los especialistas tienen serias dudas sobre esto. En la edición del *New York Times* del domingo pasado, el índice de transacciones mostraba una tendencia muy confusa. Durante la semana pasada hubo una baja, dos semanas antes un alza, y así sucesivamente. Si consideramos el marco general, observamos que ha comenzado una nueva crisis, que muestra una línea de descenso casi vertical hasta enero del presente año, después la línea se torna confusa, va en zig-zag, pero con tendencia general descendente. Pero el descenso de este año es indudablemente más lento que el de los últimos nueve meses del año anterior.

Si consideramos que el período anterior comenzó con la quiebra de 1929, vemos que la crisis duró casi tres años y medio antes de que comenzara un alza, acompañada de pequeños altibajos durante cuatro años y medio (la «prosperidad» de Roosevelt). Así, el último ciclo duró ocho años, tres y medio de crisis y cuatro y medio de relativa «prosperidad». Se considera que ocho años es la duración de un ciclo capitalista normal.

Ahora la nueva crisis comenzó en agosto de 1937, y en nueve meses ha llegado al mismo punto que la crisis anterior tardó dos años y medio en alcanzar. Es muy difícil hacer pronósticos sobre el momento exacto en que pueda darse un nuevo descenso. Si tenemos en cuenta la profundidad de la nueva caída, repito, la crisis ha recorrido ya la trayectoria de dos años y medio, pero no ha llegado al punto más bajo de la crisis anterior. Si tenemos en cuenta la duración del ciclo (nueve, siete u ocho años), parece demasiado pronto para que se dé un nuevo movimiento ascendente. Por eso, repito que es difícil pronosticar.

¿Tendrá que llegar necesariamente la nueva crisis al mismo punto —el más bajo— de la anterior? Es probable, pero no absolutamente seguro. Lo que caracteriza al nuevo ciclo es que la «prosperidad» no ha llegado tan alto como anteriormente. Pero con esta base no podemos sacar conclusiones abstractas acerca de su punto de inflexión. Lo que caracterizó a la prosperidad de Roosevelt es que se debió sobre todo a una tendencia ascendente de la industria ligera, no de la construcción o de la industria pesada. Esto hizo que la tendencia se desarrollara de forma muy limitada. Por esa razón el colapso se produjo de forma tan catastrófica. El nuevo ciclo carecía de bases sólidas, asentadas en la industria pesada.

Supongamos ahora que la nueva tendencia ascendente aparezca en sectores distintos (industria pesada en general) de las industrias de la construcción, dado que, a pesar del aumento del consumo en el último período, no se produjo una renovación tecnológica generalizada, por lo que ahora la demanda de maquinaria será mayor que en la coyuntura anterior. Esto puede provocar una tendencia ascendente mayor y más sólida que antes, lo que no contradice en absoluto nuestro análisis general de un capitalismo enfermo, en decadencia, que genera cada vez más miseria. Esta posibilidad teórica se ve corroborada, hasta cierto punto, por la inversión militar en obras públicas, que, desde un punto de vista histórico, significa que la nación se empobrece para favorecer una mejor coyuntura en el presente y en el futuro. Esto representa, lo mismo, un enorme esfuerzo para cualquier organismo. Posiblemente la actual pueda ser considerada como una nueva coyuntura prebélica, pero ¿cuándo comenzará? ¿Proseguirá el movimiento descendente? Es posible, probable. Si así sucede, en el próximo período no tendremos trece o catorce, sino quince millones de parados. Por tanto, todo lo que decimos en el Programa de Transición quedará corroborado por completo. Pero estamos partiendo del supuesto de que aparecerá una nueva tendencia ascendente en los próximos meses, dentro de medio año o un año. Esa tendencia puede ser inevitable.

Con respecto a la primera pregunta, sobre si esa tendencia ascendente puede ser más favorable para la actividad de nuestro partido, creo que

se puede responder categóricamente que sí, que sería más favorable para nosotros. No puede haber razón alguna para pensar que el capitalismo americano pueda devenir en el próximo período un capitalismo lo suficientemente sano y fuerte como para absorber a los trece millones de parados. Pero si formulamos la pregunta de forma muy simple y aritmética —si en los próximos uno o dos años las industrias absorben a cuatro de los trece millones de parados, quedan aún nueve millones sin trabajo—. ¿Sería ello favorable desde el punto de vista del movimiento revolucionario? Creo que podemos responder afirmativamente de forma categórica.

Tenemos una situación muy revolucionaria en un país muy conservador, con un atraso subjetivo en el nivel de conciencia de la clase obrera. En esa situación, la recuperación económica —una recuperación hecha de fuertes alzas y altibajos— tiene una importancia secundaria desde un punto de vista histórico, pero en un sentido inmediato ejerce un profundo impacto sobre la vida de millones de trabajadores. Hoy tiene una enorme importancia. Tales sacudidas poseen una enorme importancia revolucionaria. Sacuden el conservadurismo de las masas, las obligan a buscar una explicación de lo que está ocurriendo, de cuál es la perspectiva. Y cada sacudida de este tipo empuja a nuevas capas de trabajadores al camino de la revolución.

Más concretamente. Los trabajadores americanos se encuentran hoy ante un callejón sin salida. El gran movimiento de la C.I.O. no tiene perspectivas inmediatas porque no está guiado por un Partido revolucionario. Por ello tropieza con dificultades muy grandes. Por otro lado, los elementos revolucionarios son demasiado débiles para imprimir al movimiento un fuerte viraje hacia la política. Imaginaos que durante el próximo período, cuatro millones de trabajadores vuelven al trabajo. Esto no suavizará los antagonismos sociales, sino que, al contrario, los agudizará. Si la industria fuera capaz de absorber a los trece u once millones de parados, la lucha de clases se dulcificaría durante un largo período, pero no es así. La mayoría continuará en paro. Los parados verán que sus compañeros trabajan. Buscarán trabajo

a su vez y, al no hallarlo, engrosarán el movimiento de parados. Creo que en este período nuestra consigna de escala móvil gozará de gran popularidad, porque con ella exigimos trabajo para todos en condiciones decentes y lo expresamos de forma popular: «Trabajo para todos en condiciones dignas y con salarios decentes». Un primer período de auge económico sería muy favorable para que se asuma esa consigna. También creo que otras consignas importantísimas como autodefensa, milicias obreras, etc., encontrarían un terreno abonado, una base, porque con una prosperidad tan limitada e incierta, los capitalistas se esforzarán por tener ganancias inmediatas y verán con recelos a los sindicatos que obstaculizan la posibilidad de un nuevo aumento en la tasa de ganancias. En tales circunstancias, creo que Hague encontraría muchos seguidores.

Veamos el problema del Partido obrero y los sindicatos. Por supuesto que en un nuevo período de prosperidad la C.I.O. tendría nuevas posibilidades de desarrollo. En ese sentido podemos suponer que una mejora de la coyuntura postergará la cuestión del Partido obrero. No perdería toda su importancia propagandística, pero perdería actualidad. Por eso, debemos acostumbrar a los elementos progresivos a que acepten esta idea y estar preparados para la nueva crisis, que no tardará mucho en llegar.

Creo que la cuestión del hagueísmo tiene enorme importancia y que una nueva prosperidad, un nuevo auge, nos daría mayores posibilidades. Un nuevo auge significaría que la crisis definitiva, los conflictos definitivos, se postergarían durante algunos años, pese a los agudos conflictos que tendrían lugar durante el período de auge. Y nuestro interés es ganar tanto tiempo como sea posible, porque en EE. UU. somos débiles y los obreros no están preparados. Pero incluso un nuevo período de auge nos dará muy poco tiempo, porque hay una tremenda desproporción entre la mentalidad y los métodos de los obreros americanos en la crisis social. Sin embargo, creo que deberíamos dar ejemplos concretos de éxito y no limitarnos a los buenos consejos teóricos. Si consideramos la situación en Nueva Jersey, veremos que significa un golpe tremendo no sólo para la

socialdemocracia, sino también para la clase obrera. Hogue acaba de empezar. Nosotros también; pero Hogue es mil veces más poderoso...

Tres posibilidades para un partido obrero

[Nota: La primera parte de la discusión consistió en un informe de Jack Weber, dirigente del S.W.P. de Nueva Jersey, que recogía la discusión habida en el S.W.P. y en la Liga Socialista de la Juventud (por la IV Internacional) sobre la cuestión del Partido obrero. Una vez que Weber contestara a las diversas preguntas formuladas por los participantes en la discusión, habló Trotsky].

23 de julio de 1938

Trotsky: Es evidente que no podemos considerar la cuestión del Partido obrero independientemente del desarrollo general del próximo período. De surgir una nueva fase de prosperidad, relativamente duradera, que aplase la cuestión del Partido obrero, el problema sería puramente académico durante algún tiempo. No obstante, sin perder tiempo, seguiremos preparando al Partido para cuando la cuestión se plantee nuevamente de forma aguda; pero no es demasiado probable que una prosperidad de tal magnitud se dé ahora, y si la situación económica sigue igual, el Partido puede cambiar en poco tiempo. El hecho más importante a subrayar ahora es la total diferencia que existe al comparar la clase obrera americana con cualquier clase obrera europea. En Europa, por ejemplo, en la Alemania prehitleriana, en Austria, en Francia hoy, en Gran Bretaña, la cuestión del Partido obrero era sentida como una necesidad; era un lugar común para la vanguardia obrera y para un gran sector de las propias masas. En EE. UU. la situación es totalmente diferente. En Francia, la agitación política se centra en los intentos del P.C. o del P. S. por ganar obreros, y todo obrero consciente o semiconsciente se plantea la opción. ¿Debe adherirse al P.C., al P. S. o al Partido Radical

Socialista? En lo que se refiere al Partido Radical Socialista^[27] no aparece tal problema, ya que es esencialmente un Partido de capataces. Los trabajadores se reducen a optar por el P.C. o por el P. S. En EE. UU. la clase obrera necesita un Partido —su propio Partido—. Sería el primer paso en su educación política. Este paso podía haberse dado hace cinco o diez años. Sí, teóricamente es así, pero mientras los obreros estuviesen más o menos satisfechos con su aparato sindical, e incluso sin él, la propaganda a favor de un Partido obrero era más o menos teórica, abstracta, y coincidía con la de ciertos grupos comunistas, centristas, etc. Ahora la situación ha cambiado. La necesidad del Partido obrero es un hecho objetivo ahora que los sindicatos creados por los obreros han llegado a un callejón sin salida. El único camino que los obreros sindicados tienen ante sí es el de aunar sus fuerzas para influir sobre el poder legislativo, sobre la lucha de clases. La clase trabajadora se encuentra ante una disyuntiva: o bien disuelve los sindicatos o bien se une para la acción política. Ésa es la situación objetiva, nosotros no la inventamos. Así, pues, la agitación en favor de un Partido obrero no es ahora algo abstracto, sino un paso concreto y fundamental para los trabajadores sindicados, tanto como para aquellos que no lo están. Por otra parte, se trata de una tarea muy concreta determinada por las condiciones económicas y sociales. Sería absurdo por nuestra parte que denunciásemos su carácter oportunista por el hecho de que el nuevo Partido sería un producto de la amalgama política de los sindicatos. No exigiremos que los trabajadores den este paso de igual manera que en otros países. Si realmente les pudiéramos ofrecer la opción entre un Partido reformista y un Partido revolucionario, es evidente que les diríamos que la segunda es su verdadera perspectiva. Pero el Partido, sea cual sea su carácter, es absolutamente necesario. Defender su creación es la única solución que nos queda ahora. Decir que lucharemos contra el oportunismo (como lógicamente lo haremos ahora y siempre, sobre todo cuando la clase trabajadora esté organizada en un Partido), mientras impedimos que se dé el paso progresivo de la creación de un Partido obrero por oportunista que éste pueda ser, es una política muy reaccionaria y el

sectarismo es habitualmente reaccionario, porque se opone a la necesaria acción de la clase obrera...

De forma esquemática podemos imaginarnos tres tipos de Partido obrero en EE. UU. para el próximo período. Primer tipo: un Partido oportunista, ambiguo, poco disciplinado; segunda posibilidad: un Partido oportunista, pero bastante centralizado y dirigido por impostores y arribistas; la tercera posibilidad es un Partido revolucionario centralizado donde nosotros estamos en la dirección. Es claro que no se dará una variante clara y simple. Habrá diversas fases, diversas combinaciones, diversas partes, diversos tipos de partido obrero, etc., pero para presentar con mayor claridad las alternativas y nuestras tareas, podemos limitarnos a estos tres tipos.

Si el Partido es lo suficientemente descentralizado como para aceptarnos, no entrar sería una estupidez. Si se nos da la posibilidad de trabajar en su seno como Partido, estaremos ante un Partido obrero descentralizado. El hecho de que tal Partido nos acepte significa que los oportunistas no son lo suficientemente fuertes como para marginarnos. En cierto modo es una situación favorable. [Me refiero a nuestra entrada como Partido, dado que la situación se ha vuelto tan crítica como para que se cree un Partido obrero y para que nosotros, el Partido Socialista Obrero (S.W.P.), entremos en él como una fracción organizada. Se trataría de una situación extremadamente favorable].

También puede suceder que se constituya el Partido obrero en un período menos crítico, menos turbulento, en situación de relativa calma, de tranquilidad y con predominio de dirigentes conservadores y reaccionarios, con un aparato más o menos centralizado que nos excluya en tanto que Partido. En ese caso seguiremos naturalmente existiendo como Partido al margen de un Partido tan oportunista y sólo nos plantearemos la posibilidad de hacer centrismo en él, pero manteniéndonos como Partido al margen de Partido tan centralizado y oportunista.

Si nos convertimos en la tendencia predominante en el Partido obrero, dado que los dirigentes son nuestros, las ideas nuestras, etc., en ese caso nos transformaremos en los defensores de la centralización de ese

Partido descentralizado. Pediremos a los trabajadores que se deshagan de los impostores, etc. Es el tercer tipo, la última etapa de la evolución, la fase en que nuestro Partido se funde con este Partido obrero de tal modo que determina su carácter. En cuanto se nos brinde la ocasión, diremos: «Obreros, necesitáis un Partido propio».

Con respecto al Partido en Newark, decís que no es el tipo de Partido que necesitáis. Cambiadlo. Reemplazad a sus dirigentes. La forma de plantearlo depende de las circunstancias. Los camaradas tienen toda la razón cuando señalan que a los obreros hay que decirles la verdad, pero eso no significa que tengamos que decir toda la verdad en cualquier momento y en cualquier lugar, empezando por la geometría euclidiana y finalizando con la sociedad socialista. No tenemos derecho a mentirles, pero debemos presentarles la verdad de tal forma, en tal momento y lugar que la puedan aceptar. Y aquí precisamente aparece la importantísima cuestión del trabajo ilegal. Muchos camaradas han discutido el problema. Sabemos que debemos educarnos para el trabajo ilegal, pero nos olvidamos de que ese trabajo ilegal debe empezar por llevarse a cabo en el Partido Laborista neoyorquino. Es el primer trabajo ilegal a realizar, y no podemos educarnos para el trabajo ilegal al margen de la realidad.

Los dirigentes del Partido Laborista son la policía política de la clase dominante. Ahora nos frenan allí donde la propia policía democrática de Roosevelt no podría hacerlo. Roosevelt permite que todos se reúnan, que todos digan lo que les plazca, pero nos concede estas libertades sólo porque tiene a su disposición no a la policía federal, sino a la policía sólidamente organizada de la A.F.L., de la C.I.O., del Partido Laborista de La Guardia, en Nueva York, etc. Son ellos quienes nos separan de los obreros, y la cuestión no es qué haremos cuando la policía oficial de Roosevelt nos declare ilegales, sino qué debemos hacer ahora para eliminar el obstáculo que supone la política sindical, la de los partidos laboristas, etc.

¿Cómo podemos entrar en el Partido Laborista si nos declaramos miembros del S.W.P.? La respuesta depende de las circunstancias. Para pasar al trabajo revolucionario ilegal, cambio mi pasaporte, mi nombre

y no declaro pertenecer al S.W.P. Me someto totalmente a la disciplina de mi propio Partido, pero cuando se trata de los demás, de los impostores, no nos sometemos a nada. Lo mismo respecto a la policía de Roosevelt. Si tenemos la posibilidad de introducir a nuestros camaradas en el Partido Laborista, en ese reformista y traidor Partido reformista a través de los sindicatos, esto será un paso muy importante. Supongamos que a continuación nos enemistamos. Expulsarán a nuestros camaradas, pero para los obreros que los eligieron como representantes será una lucha ejemplar. Los obreros no afiliados a ningún Partido que envían a un militante del S.W.P. al Partido Laborista, independientemente de que sea militante, no se interesan por el Partido, pero sienten una gran estima por ese individuo. En ese caso, él les dirá: «Sí, soy militante del S.W.P.»

Ustedes saben que en los tribunales zaristas nos dividíamos el trabajo. De diez camaradas detenidos, uno declaraba que era militante del Partido, denunciaba al capitalismo y a los gobernantes. Los nueve restantes decían: «Yo no soy nada; no tengo nada que ver con ese Partido». La policía, por falta de pruebas, les ponía en libertad, e inmediatamente ellos volvían a trabajar en los sindicatos. La declaración de un militante ejercía una enorme influencia en el país. Ahora debemos actuar de la misma manera en los sindicatos y en nuestro propio Partido. Ésa es la verdadera preparación para el nuevo y más peligroso trabajo ilegal.

Un camarada que entre en el Partido Laborista como militante reconocido del S.W.P. debe ser mucho más cauto. Esto no es oportunismo; los demás le complementarían, pero él de todos modos debe decir: «Debo total lealtad a los estatutos del Partido. No digo que esté de acuerdo con vosotros, pero sí fui leal». Él dejará que los demás camaradas complementen su trabajo y en el seno de nuestro Partido les instruirá sobre la forma de hacerlo. No para traicionar a los obreros, sino para engañar a la policía, a los capitalistas, a los provocadores. Hay muchas citas de Lenin sobre esto. Debemos penetrar en las masas a pesar de los bribones, los traidores. Debemos engañarlos de la misma manera que engañamos a la policía. Creo que hasta ahora nuestros

camaradas no han logrado imponer esta división del trabajo, que muchas veces colaboran con los reformistas y los burócratas sindicales contra los estalinistas. Ésa es la situación en Minneapolis, en Los Ángeles, en casi todos los sitios. Nuestras camaradas han penetrado en los sindicatos y se han revelado como buenos obreros, honrados y abnegados funcionarios del movimiento sindical. Los viejos burócratas sindicales les aprecian más que a la canalla estalinista. Nosotros nos aprovecharemos de la oposición entre burócratas sindicales y arribistas y charlatanes estalinistas. Es correcto que hasta cierto punto apoyemos a los elementos progresistas (en realidad conservadores) frente a los divisionistas estalinistas, pero debemos servirnos de ayuda suplementaria.

El camarada Skoglund^[28], presidente de la local 544, no puede pronunciar un discurso a favor de la IV Internacional; tiene que ser un poco más cauto. Sin embargo, su intervención limitada debe ser inmediatamente completada por un buen núcleo organizado; y si la dirección del sindicato no es buena y expulsa a un militante nuestro, Skoglund dirá: «Me opongo a la expulsión». Sin embargo, el propio Skoglund no será expulsado.

Creo que los elementos más combativos en los sindicatos deben ser nuestros propios jóvenes, que no deben oponerse a que formemos nuestra tendencia en el Partido Laborista, sino que deben entrar en el Partido Laborista por muy oportunista que sea. Deben estar dentro. Ése es su deber. Es comprensible que nuestros jóvenes camaradas separen la cuestión del Programa de Transición del Partido Laborista, dado que el Programa de Transición es una cuestión internacional. Sin embargo, para los EE. UU. ambas cuestiones están relacionadas y pienso que algunos de nuestros jóvenes camaradas han aceptado el Programa de Transición sin comprender bien su significado, puesto que, de lo contrario, salirse formalmente del mismo perdería para ellos toda importancia.

«Por un Gobierno obrero y campesino»

29 de julio de 1938

Pregunta: ¿Cuál de las dos consignas es preferible: «Gobierno obrero» o «Gobierno obrero y campesino»?

Trotsky: Creo que haber aceptado la fórmula de «Gobierno obrero» en lugar de la del «Gobierno obrero y campesino» constituye un gran error, un error que es en un 50 por 100 el fruto de un malentendido sectario. Los mismos argumentos que se barajan en contra de la consigna de «Gobierno obrero y campesino», pueden oponerse a la de «Gobierno obrero». Se puede aducir que Green + Lewis no es nuestra fórmula de gobierno, del mismo modo que se dice que Green + Lewis + La Follette, representantes de la pequeña burguesía y del campesinado, tampoco lo es. Por eso debemos criticar la consigna de «Gobierno obrero», por no ser suficientemente clara. Sin duda, podemos hacer la misma crítica al «Gobierno obrero y campesino». Pero si aceptamos la consigna de «Gobierno obrero», todas nuestras consignas, toda nuestra estrategia y nuestra táctica, habrán de estar dirigidas a llenar de significado concreto a esa consigna. Una consigna muy popular y clara, que diga: Vosotros, los obreros, debéis tomar el poder. A partir de ahí elaboraremos un programa que excluya a Green y Lewis, en cuanto poder que nosotros estaríamos dispuestos a aceptar y apoyar, pero, al tiempo, nos cerramos la posibilidad de decirles a los campesinos pobres: «El nuestro será también vuestro gobierno».

Los campesinos tienen una enorme importancia en EE. UU. En Inglaterra esta cuestión no es tan importante porque los obreros constituyen la abrumadora mayoría. En EE. UU., la cuestión de «Gobierno obrero y campesino» es muy importante. Por qué privarnos de la posibilidad de decir en los distritos rurales: «¿Este gobierno sería el vuestro?» Ése es nuestro objetivo, ¿qué podéis objetar, campesinos? ¿Cuáles son vuestras propuestas, etc.?

Pregunta: ¿No cree usted que el malentendido o error parte de una mala comprensión del propio Programa de Transición? La idea que defiende

una restricción de la consigna se basa en que los campesinos no tienen los mismos intereses que los obreros, por lo que ambos entrarían en conflicto.

Trotsky: Por supuesto que los obreros y los campesinos, los obreros en general y los campesinos en general, no tienen los mismos intereses. Los campesinos no forman una clase, sino una serie de capas, de estratos sociales que van desde los elementos semiproletarios hasta los explotadores, los grandes terratenientes, etc. La consigna «Gobierno obrero y campesino» para nosotros no engloba a todo el campesinado. Con esta consigna queremos expresar que introduciremos una línea de división política en contra de los campesinos ricos y a favor de los campesinos pobres. Tanto los demócratas burgueses como los fascistas intentan representar a los campesinos en su conjunto y sirviéndose de los estratos superiores, que son totalmente burgueses, tratan de controlar a los estratos inferiores.

A nosotros, por el contrario, nos interesa introducir una cuña, excluir a los estratos superiores y atraer a los inferiores. Cuando decimos en nuestra propaganda «Gobierno obrero y campesino» señalamos siempre que nos referimos a los campesinos explotados, no a los que emplean mano de obra agrícola. Ésos no son nuestros aliados. En este sentido podemos decir que cuanto mayor sea nuestro éxito, más estrecha será la alianza entre los obreros y las capas inferiores del campesinado.

Es muy posible que en algunas cuestiones ganemos el apoyo de los campesinos medios. Incluso podemos contar con que ganaremos a algunas capas altas, pero, a medida que nuestras medidas se radicalicen, sobre todo tras la toma del poder, éstas se sentirán rechazadas. Durante la radicalización de nuestra actividad, cuando estemos ante la toma del poder, y sobre todo después, los campesinos medios también sentirán el rechazo. Es así porque las fluctuaciones de los campesinos son tremendas, unas veces a favor de los obreros, otras muchas en contra, y sólo a través de estas fluctuaciones podremos ganar definitivamente la mayoría explotada de los campesinos, forjar las alianzas con ellos para construir la sociedad socialista. En este

sentido, debemos entender la consigna dentro de una perspectiva dinámica, no como un acuerdo, como una clase concreta por tiempo indefinido.

Lo importante es que nosotros entendamos y hagamos que los demás entiendan que los campesinos, los campesinos explotados, no pueden librarse de la ruina, degradación y desmoralización más absoluta, si no es con la ayuda de un gobierno de obreros y campesinos. Poco a poco debemos hacer comprender a los obreros agrícolas y campesinos semiproletarios que su gobierno no puede ser dirigido por La Follette y otros burgueses, sino solamente por los obreros revolucionarios.

Los propios campesinos son absolutamente incapaces de crear su propio gobierno. La Historia, desde la Edad Media hasta hoy, confirma este hecho. Siempre han sido dirigidos por burgueses, por burgueses radicales. Cuando los campesinos iniciaban un movimiento, se trataba de un movimiento local. Sólo los burgueses dieron un carácter nacional a la Reforma mientras los campesinos permanecieron organizados en sectas locales. Lo mismo era políticamente cierto con respecto al gobierno campesino. En Francia, el sistema feudal fue vencido sólo bajo la dirección de los jacobinos, y los jacobinos eran pequeñoburgueses urbanos. Lo mismo sucedió en Rusia; sólo los obreros pudieron asegurar la victoria. Así, también en Alemania. Hitler tuvo más éxito, pese a que su movimiento empezó en las ciudades y a que naturalmente terminase bajo la influencia del capital financiero.

Debemos comprender que los campesinos, que económicamente representan una reminiscencia del sistema productivo medieval, no pueden jugar un papel dirigente en política. Sólo pueden tomar decisiones a través de las ciudades; es más, sólo pueden ser dirigidos por los obreros. Pero es necesario plantear esta consigna a los propios campesinos. Les diremos que no deben elegir como aliados a la burguesía, sino a los obreros que son sus hermanos. Y añadiremos que este gobierno sería su gobierno, un gobierno de obreros y campesinos pobres.

Pregunta: Entre nosotros se planteó la cuestión de si, dadas las circunstancias imperantes en EE. UU., no sería mejor utilizar el

término «nacionalización» que el de «expropiación», vinculando nacionalización a la idea de no indemnización. El término «nacionalización» se ha extendido y ha sido hecho suyo por el movimiento obrero. Por ejemplo, los mineros han incluido en su programa la «nacionalización de las minas»; los obreros ferroviarios, la «nacionalización de los ferrocarriles». ¿No sería mejor para recibir su apoyo utilizar «nacionalización sin indemnización»?

Trotsky: La consigna de «expropiación» no excluye la indemnización. En este sentido, a menudo oponemos expropiación a indemnización. La confiscación excluye la compensación, pero la expropiación puede incluir indemnización. Qué indemnización, eso es harina de otro costal. Por ejemplo, en el curso de la agitación alguien nos puede preguntar: ¿Qué haréis ahora, transformar a los propietarios y a los que detentan el poder en vagabundos? No; les daremos una compensación decente, la necesaria para que puedan subvenir a su manutención en la medida en que no puedan trabajar, como en el caso de la vieja generación. No hay que imitar siempre a los rusos. Los rusos tuvieron que soportar una intervención armada de varios países capitalistas, lo que les impidió poder indemnizar a nadie. EE. UU. es un pueblo rico, y cuando llegemos al poder, indemnizaremos a la vieja generación. En este sentido no sería afortunado proclamar la confiscación sin indemnización. Es mejor usar expropiación que confiscación, porque la primera puede ser igual a la segunda, pero también puede suponer cierta indemnización.

Debemos demostrar que no somos vengativos. En EE. UU. es muy importante demostrar que se trata de una cuestión de posibilidades materiales, que no destruiremos a nivel personal la clase capitalista. Expropiación y nacionalización —creo que podemos usar ambas consignas—. La de expropiación es muy importante porque equivale a un acto de voluntad revolucionaria. Ellos son propietarios de medios que deberían pertenecer a la comunidad. Hay que expropiarlos. Nacionalización, sin embargo, puede significar, como en Inglaterra con las minas o como en Francia con las industrias militares, un acuerdo voluntario entre los propietarios y el gobierno. Los dueños se

transforman en accionistas de la propiedad nacionalizada, y muchos de ellos, por ejemplo, en Francia, son aún más ricos que antes porque se han librado de la bancarrota.

Por eso creo que podemos utilizar las dos alternativas, expropiación y nacionalización, en nuestra agitación, subrayando la palabra expropiación. Podemos decirle al minero que desea la nacionalización que ésta es nuestra consigna. Se trata meramente de una cuestión de posibilidades.

Si la propiedad nacional se encuentra demasiado lastrada de deudas frente a los antiguos proletarios, las condiciones de los mineros pueden empeorar. Basarlo todo en el libre acuerdo entre el Estado y los propietarios equivale a arruinar a los trabajadores. Son éstos quienes deben organizar su propio gobierno dentro del Estado y expropiarles. Bien. Pero entonces no les condenaremos a la miseria. Les daremos algo para que puedan subsistir el resto de su vida, etc.

Manifiesto de la IV Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial

Mayo de 1940

La Conferencia Extraordinaria de la IV Internacional, el Partido mundial de la revolución socialista, se reúne en un momento crucial de la segunda guerra imperialista. La etapa de los intentos de negociación, de los preparativos y de la relativa inactividad militar ha quedado muy atrás. Alemania ha desencadenado todas las fuerzas infernales en una ofensiva general que los aliados están tratando de contestar mediante la utilización de todos sus recursos destructivos. A partir de ahora, la vida de Europa y de la Humanidad entera vendrá determinada, y por un largo período, por el curso de la guerra imperialista y sus consecuencias políticas y económicas.

La IV Internacional cree que ha llegado el momento de decir abierta y claramente lo que piensa de la guerra y de quienes en ella participan; cómo juzga la política de guerra de las diferentes organizaciones obreras, y, lo más importante, cuál es el camino hacia la paz, la libertad y el bienestar.

La IV Internacional no se dirige a los gobiernos que han conducido a sus pueblos a esta matanza, ni a los políticos burgueses responsables de esos gobiernos, ni a la burocracia obrera que defiende a su burguesía en guerra. La IV Internacional se dirige a los trabajadores, hombres y mujeres, a los soldados y marineros, a los campesinos arruinados y a los pueblos coloniales esclavizados. La IV Internacional no está unida por el más mínimo lazo con los opresores, los explotadores, los imperialistas. Es el Partido mundial de los

trabajadores, los oprimidos, los explotados. A ellos se dirige este manifiesto^[1].

Las causas generales de la guerra actual

Hoy la técnica es mucho más poderosa que a fines de la guerra de 1914-18, y, sin embargo, la Humanidad se ve más atezada por la pobreza. En un país tras otro, el nivel de vida ha empeorado. Al inicio de la guerra actual, la agricultura estaba en peores condiciones que en vísperas de la anterior. Los países agrícolas están arruinados. En los países industriales, las clases medias sufren los efectos devastadores de la crisis económica y se ha formado una subclase de desempleados permanentes (los parias modernos). El mercado interior y las exportaciones de capital se han reducido. El imperialismo ha hecho saltar el mercado mundial en pedazos, en esferas de influencia dominadas por algunos países poderosos. A pesar del considerable aumento de la población, el comercio mundial entre los 109 Estados del Planeta se redujo en una cuarta parte en la década anterior al estallido de la guerra actual. El comercio exterior de algunos países se ha reducido a la mitad, a la tercera o cuarta parte.

Los países coloniales soportan sus propias crisis internas y las que se generan en las metrópolis. Naciones atrasadas que hasta ayer eran semilibres, se ven hoy reducidas a la esclavitud (Abisinia, Albania, China...)^[2]. Cada país imperialista necesita asegurar sus propias fuentes de materias primas por medio de la guerra, es decir, por medio de una nueva lucha por las materias primas. Para acrecentar su riqueza, los capitalistas destruyen y esterilizan todo el largo esfuerzo de siglos.

El mundo del capitalismo decadente está superpoblado. Admitir o no a un centenar más o menos de refugiados crea un gran problema a un poder mundial como los Estados Unidos. En la era de la aviación, del telégrafo y el teléfono, la radio y la televisión, los viajes de un país a otro se ven paralizados a causa de pasaportes y visados. El período de declive del comercio internacional y doméstico es también la época de una monstruosa

intensificación del chauvinismo y especialmente del antisemitismo. En su época de auge, el capitalismo sacó de sus *ghettos* al pueblo judío, sirviéndose de él para su expansión comercial. Hoy la sociedad capitalista en declive trata de limpiar de judíos todos sus entresijos; diecisiete millones de personas en un total de dos mil millones, es decir, menos del 1 por 100, no pueden hallar sitio en el Planeta. Por encima de las vastas extensiones de terreno, por encima de las maravillas de la técnica, que ha conquistado incluso los cielos para el hombre, la burguesía ha logrado convertir al Planeta en una triste y sucia prisión.

Lenin y el imperialismo

El 1 de noviembre de 1914, a principios de la última guerra imperialista, Lenin escribía: «El imperialismo ha puesto en juego la suerte de la cultura europea. Si, tras esta guerra, no se produce una cadena de revoluciones victoriosas, más guerras seguirán; el cuento de hadas de una “guerra que acabará con todas las guerras” es un cuento de hadas vacío y dañino...» ¡Obreros, recordad esto! La guerra actual —la segunda guerra imperialista— no es un accidente que se deba a la voluntad de éste o aquel dictador. Fue predicha hace años. Su origen se remonta inexorablemente a las contradicciones entre los intereses del capitalismo internacional. En contra de los cuentos oficiales cuyo fin es servir de opio para el pueblo, la causa principal de la guerra y de todos los otros males sociales —paro, coste de la vida en alza, fascismo, opresión coloniales la propiedad privada de los medios de producción junto con el estado burgués que se basa en ella.

Con el grado presente de tecnología y las capacidades de los obreros es completamente posible crear condiciones adecuadas para el desarrollo material y espiritual de toda la Humanidad. Bastaría con organizar la vida económica de cada país y del Planeta entero correcta, científica y racionalmente de acuerdo con un plan de conjunto. Sin embargo, mientras que las fuerzas principales de la sociedad estén en manos de los *trusts*, es decir, de bandas aisladas de capitalistas; mientras que el Estado nacional sea

un dócil instrumento en manos de esas bandas, la lucha por los mercados, por las fuentes de materias primas, por la dominación del mundo, tendrá que cobrar unas características cada vez más destructivas. Sólo la clase obrera revolucionaria puede despojar del poder de Estado y del dominio de la economía a esas rapaces bandas imperialistas. Ése es el significado de la advertencia de Lenin de que sin «una cadena de revoluciones victoriosas» una nueva guerra imperialista era inevitable. Las diferentes predicciones y promesas han sido sometidas a la prueba de los hechos. La fábula de una «guerra para acabar con todas las guerras» ha demostrado ser una mentira y la predicción de Lenin se ha convertido en una trágica verdad.

Las causas inmediatas de la guerra

La causa inmediata de esta guerra es la rivalidad entre los viejos y ricos imperios coloniales, Gran Bretaña y Francia, y los tardíos explotadores imperialistas Alemania e Italia.

El siglo XIX fue la época de hegemonía indiscutible del más antiguo poder imperialista, Gran Bretaña. De 1815 a 1914, no sin aisladas explosiones militares, la «paz británica» se impuso. La flota británica, la más poderosa del mundo, actuaba como gendarme de los mares. Pero esta época pertenece al pasado. A finales del siglo anterior, Alemania, armada de una moderna tecnología, comenzó a avanzar hacia el primer puesto en Europa. Al otro lado del océano surgió una potencia aún mayor, una antigua colonia inglesa. La contradicción económica que llevó a la guerra de 1914-18 fue la rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania. Para los Estados Unidos, su participación en la guerra fue de carácter preventivo: no podían tolerar que Alemania subyugase al continente europeo.

La derrota sumió de nuevo a Alemania en la impotencia total. Desmembrada, rodeada de enemigos, sangrada por las reparaciones de guerra, debilitada por las convulsiones de una guerra civil, parecía claro que ya no podría continuar en la competición, al menos por largo tiempo, si no quedaba fuera de ella para siempre. En el continente europeo, el papel estelar

pasaba temporalmente a manos francesas. Para la victoriosa Inglaterra, el saldo de la guerra sólo comportaba deudas y quebrantos: creciente independencia de sus dominios; movimientos coloniales independentistas; pérdida de su hegemonía naval; disminución de la importancia de su flota gracias al desarrollo de la aviación.

Por inercia, Inglaterra aún trató de desempeñar el papel de protagonista en el mundo durante los primeros años de la victoria. Sus conflictos con los Estados Unidos adquirían perfiles cada vez más amenazadores. Parecía posible una próxima guerra que enzarzase a los aspirantes anglosajones a la dominación mundial. Sin embargo, con presteza hubo de convencerse Inglaterra de que su peso económico específico era inadecuado para combatir con el coloso transatlántico. Su tratado de la igualdad naval con los Estados Unidos supuso una renuncia formal a una hegemonía marítima ya perdida. El cambio del libre comercio por barreras aduaneras fue una confesión abierta de la derrota de la industria inglesa en el mercado mundial. Su renuncia a la política de «espléndido aislamiento» trajo consigo la implantación del servicio militar obligatorio. Así desaparecieron todas sus gloriosas tradiciones.

Una falta de concordancia similar entre su peso económico y su posición mundial caracteriza también a Francia, aunque en menor escala. Su hegemonía europea se basaba en un pasajero concurso de circunstancias creadas por la aniquilación de Alemania y las combinaciones artificiales del Tratado de Versalles. El tamaño de su población y las bases económicas de esa hegemonía eran totalmente inadecuados. Cuando se disipó la hipnosis de la victoria, la relación real de fuerzas emergió de nuevo. Francia demostró ser mucho más débil de lo que aparentaba no sólo ante sus aliados, sino también ante sus enemigos. En su búsqueda de protección, acabó por convertirse en esencia en el último dominio británico.

La recuperación alemana sobre la base de su tecnología de primera clase y su capacidad organizativa era inevitable. Llegó incluso antes de lo que se creía posible, debido en gran medida a la ayuda suministrada por Inglaterra en contra de la U.R.S.S., en contra de las excesivas exigencias francesas y, más remotamente, en contra de los Estados Unidos. Este tipo de combinaciones internacionales había sido provechoso en el pasado para la

Inglaterra capitalista en más de una ocasión, cuando era la potencia indiscutida. Pero en su senilidad demostró su incapacidad para habérselas con esos fantasmas que ella misma había conjurado.

Armada de una técnica más moderna, de una mayor flexibilidad y capacidad productiva, Alemania comenzó de nuevo a expulsar a Inglaterra de algunos mercados extremadamente importantes, especialmente de Europa del Sudeste y de América latina. A diferencia del siglo XIX, cuando la competencia entre países capitalistas se desarrollaba en un mercado mundial en expansión, el terreno de la batalla económica hoy se reduce hasta tal extremo que los imperialistas no tienen otra solución que disputarse los jirones del mercado mundial.

La iniciativa para una nueva división del mundo volvió a partir, como en 1914, del imperialismo alemán. Cogido a contrapié, el Gobierno británico trató primeramente de mantenerse fuera de la guerra mediante concesiones a expensas ajenas (Austria, Checoslovaquia). Pero esta política duró poco. La «amistad» con Gran Bretaña fue tan sólo una breve fase táctica para Hitler. Londres ya había concedido a Hitler más de lo que éste esperaba alcanzar. El acuerdo de Múnich, con el que Chamberlain esperaba sellar una duradera amistad con Alemania, condujo, por el contrario, a una rápida ruptura. Hitler ya no podía esperar nada más de Londres, pues una mayor expansión de Alemania tenía que afectar a los centros vitales de Gran Bretaña. Así, la «nueva era de paz» que Chamberlain proclamaba en octubre de 1938 desembocaría pocos meses más tarde en la más terrible de las guerras.

Los Estados Unidos

Mientras que Gran Bretaña ha empleado todas sus fuerzas desde los primeros meses de la guerra para ocupar las posiciones que una Alemania sometida a bloqueo había dejado vacantes en el mercado mundial, los Estados Unidos han suplantado a Gran Bretaña casi automáticamente. Dos tercios del oro mundial están custodiados en bancos americanos. El tercio restante afluye al mismo sitio. El papel de Inglaterra como banquero del mundo pertenece al

pasado. En otras esferas, las cosas tampoco le van mucho mejor. Mientras que la armada y la marina mercante inglesas están sufriendo terribles pérdidas, los astilleros americanos construyen buques en cantidades colosales que aseguran la superioridad americana sobre las flotas inglesa y japonesa. Los Estados Unidos se preparan, sin duda, a adoptar un modelo de doble poder (tener una marina más poderosa que las flotas combinadas de las dos potencias siguientes). El nuevo programa de construcción aeronáutica trata de asegurar la superioridad estadounidense sobre el resto del mundo.

Sin embargo, la fortaleza industrial, financiera y militar de los Estados Unidos, la mayor potencia capitalista del mundo, no garantiza el florecimiento de la vida económica americana, sino que, por el contrario, otorga a la crisis de su sistema social un carácter especialmente grave y convulsivo. Ni los miles de millones en oro, ni tampoco los millones de parados, pueden emplearse. En las tesis de la IV Internacional, *La guerra y la IV Internacional*, publicadas hace seis años, se preveía lo siguiente: «El capitalismo U. S. A. tiene los mismos problemas que empujaron a Alemania a la guerra en 1914. ¿Que el mundo está ya repartido? Hay que proceder a un nuevo reparto. Para Alemania se trataba de “organizar a Europa”. Los Estados Unidos tienen que “organizar” al mundo. La Historia enfrenta a la Humanidad con la erupción volcánica del capitalismo americano».

El *New Deal* y la política de «buena vecindad^[3]» fueron los últimos intentos de retrasar el desenlace tratando de mejorar la crisis social por medio de concesiones y acuerdos. Tras la bancarrota de esta política, en la que se sepultaron miles de millones, al imperialismo americano no le quedaba más remedio que recurrir a los métodos de fuerza. Bajo uno u otro pretexto o consigna, los Estados Unidos intervendrán en esta tremenda batalla para mantener su supremacía mundial. El tiempo y el modo de la lucha entre el capitalismo americano y sus enemigos es aún desconocido, tal vez incluso para Washington. La guerra con Japón sería una lucha por el «espacio vital» en el Pacífico. Una guerra en el Atlántico, aun dirigida inmediatamente contra Alemania, sería una lucha por la herencia de Gran Bretaña.

La posible victoria alemana sobre los aliados atormenta a Washington como una pesadilla. Con el continente europeo y los recursos de sus colonias como base, con todas las fábricas de armas y todos los astilleros a su

disposición, Alemania (especialmente tras un acuerdo sobre Oriente con Japón) constituiría un peligro mortal para el imperialismo americano. Las actuales batallas titánicas que se libran en los campos europeos preparan el combate entre Alemania y América. Francia y Gran Bretaña no son más que posiciones fortificadas del capitalismo americano a este lado del Atlántico. Si, como dijo un primer ministro británico, las fronteras de Inglaterra están en el Rin, los capitalistas americanos pueden decir con razón que las fronteras de Estados Unidos están en el Támesis. Al preparar febrilmente a la opinión pública para una guerra inminente, Washington no ahorra noble indignación por la suerte de Finlandia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... Con la ocupación de Dinamarca se planteó inesperadamente el problema de Groenlandia como parte del hemisferio occidental «desde un punto de vista geológico»; una parte que por feliz azar contenía depósitos de criolita, producto indispensable para la fabricación de aluminio. Washington tampoco olvida a la esclavizada China, las indefensas Filipinas, las huérfanas Indias holandesas y los caminos del mar abierto. Así, las simpatías filantrópicas por las naciones oprimidas y aun las consideraciones geológicas empujan a los Estados Unidos hacia la guerra.

Sin embargo, las fuerzas armadas americanas sólo podrán intervenir con éxito si cuentan con Francia y las islas Británicas como sólidas bases de apoyo. Si Francia fuera ocupada y las tropas alemanas aparecieran por el Támesis, la relación de fuerzas se vería alterada drásticamente, en detrimento de los Estados Unidos. Estas consideraciones fuerzan a Washington a acelerar los ritmos y también a plantearse la *Pregunta*: ¿No habremos dejado pasar el momento oportuno?

Contra la posición oficial de la Casa Blanca se desencadenan las ruidosas protestas de los aislacionistas americanos —otra variedad de un mismo imperialismo—. El sector capitalista cuyos intereses están ligados sobre todo al continente americano, Australia y el Lejano Oriente calculan que en el caso de una derrota de los aliados, los Estados Unidos obtendrían automáticamente y en beneficio propio el monopolio no sólo de Latinoamérica, sino también de Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Por lo que respecta a China, las Indias holandesas y el Oriente en general, la convicción de toda la clase dominante americana es que la guerra con Japón es inevitable a corto plazo.

So capa de aislacionismo y pacifismo, un influyente sector de la burguesía elabora un programa de expansión continental americana y prepara una guerra con Japón. Según este cálculo, la guerra con Alemania por la dominación del mundo debe posponerse por el momento. Los pacifistas pequeñoburgueses como Norman Thomas y sus compadres no son más que niños cantores de otro de los coros imperialistas.

Nuestra lucha contra la intervención de Estados Unidos en la guerra no tiene nada que ver con el aislacionismo y el pacifismo. Nosotros decimos abiertamente a los obreros que el Gobierno imperialista arrastrará a ese país a la guerra. La disputa en el seno de la clase dominante se refiere tan sólo al problema de cuándo entrar en guerra y contra quién disparar primero. Pensar que se puede obligar a los Estados Unidos a mantenerse neutrales por medio de artículos de periódico y resoluciones pacifistas es como tratar de detener una riada con un cubo. Un combate serio contra la guerra impone la lucha de clase contra el imperialismo además de una despiadada denuncia del pacifismo pequeñoburgués. Tan sólo la revolución podría impedir que la burguesía americana interviniese en la segunda guerra imperialista o iniciase la tercera. Todos los demás métodos son o charlatanería o estupidez o una mezcla de ambas.

La defensa de la «patria»

Hace casi cien años, cuando el Estado nacional aún representaba un factor relativamente progresista, el *Manifiesto comunista* proclamó que los proletarios no tienen patria. Su única finalidad es la creación de una patria de los trabajadores que se extienda al mundo entero. Al final del siglo XIX, el Estado burgués, con sus ejércitos y sus barreras aduaneras, se convirtió en el mayor freno al desarrollo de las fuerzas productivas, que exigen más amplios horizontes. Un socialista que sale hoy en defensa de la «patria» desempeña el mismo papel reaccionario que los campesinos de la Vendée^[4], que defendían el orden feudal, es decir, sus cadenas.

En los últimos años y aun meses, el mundo ha visto con asombro con qué

facilidad desaparecen del mapa de Europa unos Estados tras otros: Austria, Checoslovaquia, Albania, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... El mapa político no había sido reelaborado con tal velocidad en época alguna, excepto durante las guerras napoleónicas. En aquel tiempo se trataba de Estados feudales superados que tenían que ceder su puesto al Estado nacional burgués. Hoy se trata de superados Estados burgueses que deben ceder su puesto a la federación socialista de los pueblos. La cadena, como siempre, se rompe por su lado más débil. La lucha de los bandidos imperialistas deja tan poco espacio para la existencia de pequeños Estados independientes como lo deja la implacable competencia de *trusts* y *cartels* a los pequeños artesanos y comerciantes independientes.

La posición estratégica de Alemania hace que ésta considere más provechoso atacar a sus principales enemigos a través de pequeños Estados neutrales. Por el contrario, Gran Bretaña y Francia consideran más provechoso cubrirse con la neutralidad de los pequeños Estados y dejar que Alemania los empuje a golpes hacia el campo de los aliados «democráticos». Pero el tema básico no cambia por estas diferencias estratégicas. Entre las ruedas dentadas de las grandes potencias imperialistas, los pequeños países satélites se ven reducidos a polvo. La «defensa» de las grandes patrias exige la destrucción de una docena de patrias pequeñas o de medio tamaño.

Pero incluso en las grandes potencias, la burguesía no se ocupa en absoluto de defender su patria, sino sus mercados, sus concesiones extranjeras, sus fuentes de materias primas y sus esferas de influencia. La burguesía nunca defiende a la patria por sí misma. Los burgueses defienden la propiedad privada, sus privilegios y sus beneficios. Allí donde esos sagrados valores se encuentran amenazados, la burguesía no duda en recurrir al derrotismo. Así sucedió con la burguesía rusa, cuyos hijos lucharon en todos los ejércitos del mundo contra su antigua patria tras la Revolución de Octubre y están dispuestos a volver a hacerlo hoy. Para salvar su capital, la burguesía española buscó la ayuda militar de Hitler y Mussolini contra su propio pueblo. La burguesía noruega contribuyó a la invasión de su país por Hitler. Así ha sido siempre y así será.

El patriotismo oficial sirve de máscara a los intereses de la clase explotadora, y los obreros conscientes lo rechazan con desprecio. Ellos no

defienden la patria burguesa, sino los intereses de los trabajadores y los oprimidos de su propio país y del mundo entero. Las tesis de la IV Internacional dicen: «Contra la consigna reaccionaria de la “defensa nacional” es necesario oponer la consigna de la destrucción revolucionaria del Estado nacional. Hay que oponer al manicomio de la Europa capitalista el programa de los Estados Unidos socialistas de Europa como punto de partida hacia los Estados Unidos socialistas del mundo».

La «lucha por la democracia»

No menos falso es el *slogan* de una guerra de la democracia contra el fascismo. ¡Como si los trabajadores hubieran olvidado que el Gobierno británico ayudó a Hitler y a su banda de verdugos a conquistar el poder! Las democracias imperialistas son en realidad las mayores oligarquías de la Historia. Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica, deben su fuerza a la esclavitud de los pueblos coloniales. La democracia en Estados Unidos se basa en la apropiación de las enormes riquezas del gran continente. Todos los esfuerzos de esas «democracias» van encaminados a preservar sus posiciones de privilegio. Una considerable parte de las cargas bélicas la vuelcan las democracias imperialistas sobre sus colonias. Los esclavos se ven obligados a entregar su sangre y su oro para que sus amos puedan seguir siendo tratantes de esclavos. Las pequeñas democracias capitalistas carentes de colonias son satélites de los grandes imperios que absorben una parte de los beneficios coloniales. Las clases dominantes en esos Estados están dispuestas a renunciar en cualquier momento a la democracia para mantener sus privilegios.

En el caso de la pequeña Noruega, los mecanismos internos de la democracia decadente se han mostrado con claridad al mundo entero. La burguesía noruega echó simultáneamente mano de un Gobierno socialdemócrata y de una policía, unos jueces y un cuerpo de oficiales fascistas. Con los primeros sobresaltos, las cabezas democráticas rodaron y la burocracia fascista que rápidamente habló el mismo lenguaje que Hitler, se

hizo dueña del país. Con diferentes variantes nacionales, el mismo experimento se había llevado anteriormente a cabo en Italia, Alemania, Austria, Polonia, Checoslovaquia y otros Estados. En momentos de peligro, la burguesía nunca ha dudado en librar de prejuicios democráticos a su verdadero aparato de dominación, haciendo ver que no es más que un instrumento directo del capital financiero. ¡Tan sólo los ciegos recalcitrantes son capaces de creer que los generales y almirantes británicos y franceses están librando batalla al fascismo!

La guerra no ha cortado el proceso de transformación de las democracias en dictaduras reaccionarias, sino que lo está llevando hasta sus últimas conclusiones.

En el seno de cada país y en la escena mundial, la guerra refuerza inmediatamente a los grupos e instituciones más reaccionarios. Los Estados Mayores, nidos de conspiraciones bonapartistas; los terribles antros de la policía; las bandas de patriotas a sueldo; todas las iglesias, sin distinción de credo, salen rápidamente a la luz. La corte pontificia, foco del oscurantismo y el odio entre los hombres, se ve cortejada por todos, especialmente por el protestante presidente Roosevelt. La decadencia material y espiritual siempre trae consigo opresión policial y mayor consumo del opio religioso.

Tratando de beneficiarse de las ventajas de los regímenes totalitarios, las democracias imperialistas inician sus actividades defensivas con atentados crecientes contra la clase obrera y a la persecución de las organizaciones revolucionarias. El peligro de guerra antes, y ahora la guerra misma, les sirven de pretexto para perseguir su fin principal: aplastar al enemigo interior. La burguesía se atiene sin cesar a la máxima: «El enemigo está en casa».

Como siempre, los más débiles son quienes más sufren. Los más débiles en la actual carnicería son los innumerables refugiados de todos los países, entre los que hay muchos exiliados revolucionarios. El patriotismo de la burguesía se revela especialmente en el tratamiento brutal de los extranjeros indefensos. Antes de levantar campos de concentración para los prisioneros de guerra, todas las democracias habían construido campos de concentración para los exiliados revolucionarios. Los Gobiernos del mundo entero, especialmente el Gobierno de la U.R.S.S., han escrito la página más negra de esta época con su trato a los refugiados, a los exiliados, a quienes carecían de

un techo. Enviamos nuestro más caluroso saludo a los prisioneros y perseguidos y les animamos a que no pierdan la confianza. ¡De las prisiones y campos de concentración capitalistas habrán de salir la mayor parte de los dirigentes de la Europa y el mundo de mañana!

Las consignas bélicas de los nazis

En general, las consignas oficiales de Hitler no merecen ser examinadas. La lucha por la «unificación nacional» ha demostrado desde hace tiempo ser una mentira, pues Hitler está convirtiendo el «estado nacional» en un Estado forzosamente multinacional, pisoteando la libertad y la unidad de los demás pueblos. La lucha por el «espacio vital» no es más que un disfraz para la expansión imperialista, es decir, para una política de anexiones y pillaje. La justificación racial de esta expansión no es más que una mentira; el nacionalsocialismo cambia sus convicciones sobre la raza en función de consideraciones estratégicas. El elemento relativamente más estable de la propaganda nazi es el antisemitismo, del que Hitler ha dado una versión zoológica al descubrir el verdadero lenguaje de la «raza» y la «sangre» en el ladrido del perro y el gruñido del cerdo. ¡No en balde llamaba Engels al antisemitismo el «socialismo de los idiotas»! El único rasgo del fascismo que no es falso es su voluntad de poder, de dominación y de pillaje. El fascismo es un producto químicamente puro destilado por la cultura imperialista.

Los gobiernos democráticos que en su momento saludaron a Hitler como un cruzado antibolchevique, quieren hacerle pasar ahora por una especie de Satán inesperadamente escapado de las profundidades del averno, que viola la santidad de los tratados, de las fronteras, leyes y reglas.

Si no fuera por Hitler, el mundo capitalista florecería como un jardín. ¡Qué indigna mentira! Este epiléptico alemán, armado de una calculadora intracraneal y un poder ilimitado, no cayó del cielo ni brotó del infierno: no es más que la personificación de todas las fuerzas destructivas del capitalismo. Igual que Gengis Kan y Tamerlán eran vistos como la ira de Dios por los pueblos más débiles, aun cuando en realidad no fueran otra cosa

que la expresión de la necesidad que tienen todas las tribus pastoriles de obtener más pastizales y pillar regiones más ricas, así Hitler, al sacudir hasta sus cimientos a los viejos imperios coloniales, no hace más que dar expresión más acabada a la voluntad imperialista de poder. Por medio de Hitler, el capitalismo mundial, llevado a la desesperación por su propia falta de salidas, ha empezado a clavarse una afilada daga en sus propias entrañas.

Los carniceros de la segunda guerra imperialista no conseguirán convertir a Hitler en chivo expiatorio de sus propios pecados.

Todos los dirigentes actuales responderán ante el tribunal del proletariado. Hitler se limitará a ocupar el primer lugar en el banquillo de los acusados.

La preponderancia de Alemania

Sea el que fuere el resultado de la guerra, la preponderancia de Alemania ya se ha mostrado claramente. No hay duda de que Hitler carece de «nuevas armas» secretas. Pero la perfección de los diversos armamentos existentes y su adecuada coordinación y combinación —basada en una industria altamente racionalizada— otorga un peso enorme al militarismo alemán. La dinámica militar está íntimamente unida a los rasgos propios de un régimen totalitario: unidad de voluntad, iniciativa concentrada, secreto en los preparativos, rapidez en la ejecución. La paz de Versalles les prestó además un flaco servicio a los aliados. Tras quince años de desarme alemán, Hitler tuvo que empezar por construir un ejército de la nada, gracias a lo cual su ejército es un ejército sin rutinas y sin técnicas y sin material obsoletos. El entrenamiento táctico de sus tropas se inspira en ideas basadas en la más moderna tecnología. En principio, tan sólo los Estados Unidos parecen capaces de superar a Alemania por la perfección de su maquinaria mortífera.

La debilidad de Francia y Gran Bretaña no causa sorpresa. Las tesis de la IV Internacional (1934) ya decían: «El colapso de la Sociedad de Naciones está indisolublemente ligado al inicio del colapso de la hegemonía francesa en el continente europeo». Aquel documento programático declaraba también

que «la poderosa Inglaterra es cada vez menos capaz de imponer sus designios», que la burguesía británica está «aterrada por la desintegración de su imperio, por el movimiento revolucionario en la India, por la inestabilidad de su posición en China». La capacidad de la IV Internacional se basa en que su programa puede resistir la prueba de los grandes acontecimientos.

La industria inglesa y francesa ha quedado retrasada tanto técnica como organizativamente gracias al flujo seguro de los superbeneficios coloniales. A esto, la llamada «defensa de la democracia» por los Partidos socialistas y los sindicatos añadió una situación política privilegiadísima para la burguesía inglesa y francesa. Pero los privilegios incuban siempre inercia y estancamiento. Si la Alemania de hoy muestra tan colosal ventaja sobre Francia e Inglaterra, la mayor parte de la responsabilidad recae sobre los socialpatriotas defensores de la democracia que impidieron al proletariado sacar a Inglaterra y Francia de su atrofia mediante una oportuna revolución socialista.

«El programa de paz»

A cambio de su esclavitud, Hitler promete a los pueblos establecer en Europa durante siglos la «paz alemana». ¡Qué vano espejismo! La «paz británica» tras la victoria sobre Napoleón sólo pudo durar un siglo, no un millar de años, y ello solamente porque Inglaterra era pionera de una nueva tecnología y de un sistema de producción progresista. A pesar del poderío de su industria, la Alemania actual, como sus enemigos, es la abanderada de un sistema social condenado a muerte. La victoria de Hitler no significaría la paz, sino el comienzo de una nueva serie de choques sangrientos a escala mundial. Si acabase con el imperio británico, si redujese a Francia al estado de Bohemia y Moravia, si consiguiese dominar el continente europeo y sus colonias, Alemania se convertiría, sin lugar a dudas, en la primera potencia mundial. Junto a ella, Italia podría, aunque no por mucho tiempo, apoderarse del control del Mediterráneo. Pero ser la primera potencia no significa ser la única potencia. La lucha por el «espacio vital» entraría en una nueva fase.

El «nuevo orden» que Japón se apresta a establecer se basa en la eventualidad de una victoria alemana y tiene como perspectiva la extensión del dominio japonés sobre la mayor parte del continente asiático. La Unión Soviética se encontraría así emparedada entre una Europa germanizada y una Asia niponizada. Las tres Américas, así como Australia y Nueva Zelanda, pasarían a ser controladas por los Estados Unidos. Si añadimos el provinciano imperio italiano, el mundo quedaría temporalmente dividido en cinco «compartimientos». Pero el imperialismo, por su propia naturaleza, huye de la división del poder. Para dejarse las manos libres contra América,

Hitler tendría que realizar un sangriento ajuste de cuentas con sus amigos de ayer, Stalin y Mussolini. Japón y los Estados Unidos no podrían ser espectadores pasivos de esta nueva lucha. La tercera guerra imperialista no sería protagonizada por Estados nacionales ni por imperios de viejo tipo, sino por continentes enteros... La victoria de Hitler en la guerra actual, lejos de poder convertirse en un milenio de «paz alemana», sería un sangriento caos durante décadas, si no son siglos.

Pero un triunfo aliado tampoco tendría mejores consecuencias. Una Francia victoriosa tan sólo podría restablecer su situación como gran potencia mediante la desmembración de Alemania, la restauración de los Habsburgos y la balkanización de Europa. Gran Bretaña tan sólo podría representar un nuevo papel dirigente en los asuntos europeos si reanudase el juego de las contradicciones entre Francia y Alemania, por una parte, y Europa y América, por otra. Tendríamos así una edición corregida y diez veces peor de la paz de Versalles, con gravísimos efectos sobre el debilitado organismo de Europa. A lo que debe añadirse que es improbable una victoria aliada sin ayuda americana y que esta vez los Estados Unidos exigirían un precio mucho más alto por su participación que en la guerra anterior. La débil, exhausta Europa —objeto de la filantropía de Herbert Hoover— se convertiría en el deudor quebrado de su salvador transatlántico.

Finalmente, si tomamos en cuenta la variable menos probable, a saber, la conclusión de un tratado de paz entre adversarios extenuados bajo la fórmula pacifista de «ni vencedores, ni vencidos», ello significaría la restauración del caos internacional anterior a la guerra, aunque esta vez apoyado en ruinas sangrientas, en el agotamiento y la inquina. En breve plazo, todos los

antagonismos volverían a la superficie con explosiva violencia y se producirían nuevas convulsiones internacionales.

La promesa de los aliados de crear una federación democrática europea es la más clara de todas las mentiras pacifistas. El Estado no es una abstracción, sino un instrumento del capital monopolista. Mientras bancos y *trusts* no sean expropiados en beneficio del pueblo, la lucha entre los Estados es tan inevitable como la lucha entre los *trusts*. La renuncia voluntaria por parte de los Estados más poderosos a las ventajas que se derivan de su posición de fuerza es una utopía tan ridícula como una división voluntaria del capital entre los *trusts*. Mientras se mantenga la propiedad capitalista, una «federación» democrática no sería más que una repetición empeorada de la Sociedad de Naciones, con todos sus vicios y sin ninguna de sus ilusiones.

En vano tratan los amos imperialistas de revivir un programa de soluciones completamente desacreditadas por la experiencia de las pasadas décadas. En vano alumbran sus lacayos pequeñoburgueses esperanzas pacifistas que hace ya tiempo que se convirtieron en su propia caricatura. Los trabajadores avanzados no se dejarán engañar. La paz no la impondrán las fuerzas que actualmente están en guerra. ¡Sólo los trabajadores y los soldados pueden dictar su propio programa de paz!

La defensa de la U.R.S.S.

La alianza de Stalin con Hitler que dio comienzo a la guerra mundial y terminó inmediatamente en la esclavitud del pueblo polaco fue resultado de la debilidad de la U.R.S.S. y del pánico que el Kremlin sentía ante Hitler. La responsabilidad de esa debilidad debe cargarse exclusivamente sobre el Kremlin; sobre su política interior, que abrió un abismo entre la casta dominante y el pueblo y sobre su política exterior, que sacrificó los intereses de la revolución mundial a los de la fracción estalinista.

La toma de Polonia oriental —promesa de la alianza con Hitler y al tiempo garantía contra él— vino acompañada por la nacionalización de la propiedad semifeudal y capitalista en la Ucrania del Oeste y la Rusia Blanca

occidental. Sin ello, el Kremlin no podría haber incorporado los territorios ocupados a la U.R.S.S. La Revolución de Octubre, estrangulada y profanada, daba señales de estar aún viva.

En Finlandia, el Kremlin no consiguió realizar semejante transformación social. La movilización imperialista de la opinión pública mundial «en defensa de Finlandia»; la amenaza de una intervención directa por parte de Inglaterra y Francia; la impaciencia de Hitler por apoderarse de Dinamarca y Noruega antes de que las tropas francesas y británicas apareciesen en suelo escandinavo, son las razones que llevaron al Kremlin a renunciar a la soviétización de Finlandia y a limitarse a ocupar algunas posiciones estratégicas indispensables.

La invasión de Finlandia provocó, sin duda, una profunda condena entre el pueblo soviético. Sin embargo, los trabajadores avanzados comprendieron que los crímenes de la oligarquía del Kremlin no justifican que se borre del orden del día el problema de la existencia de la U.R.S.S. Su derrota en la guerra mundial significaría no sólo el derrocamiento de la burocracia totalitaria, sino la liquidación de las nuevas formas de propiedad, el colapso del primer experimento de economía planificada y la transformación de todo el país en una colonia; es decir, la apropiación por el imperialismo de recursos naturales fabulosos que le concederían un respiro hasta la tercera guerra mundial. Ni los pueblos de la U.R.S.S. ni la clase obrera del mundo tienen interés en un resultado semejante.

La resistencia finlandesa ante la U.R.S.S., con todo su heroísmo, no fue más que un acto de defensa de la independencia nacional como la resistencia de Noruega ante Alemania. El Gobierno de Helsinki así lo entendió cuando prefirió capitular ante la U.R.S.S. antes que transformar a Finlandia en base militar de Inglaterra y Francia. Nuestro completo reconocimiento del derecho de las naciones a autodeterminarse no altera el hecho de que en el curso de la guerra presente no tiene mucho más valor que un canto rodado. Tenemos que determinar las líneas básicas de nuestra política de acuerdo con factores básicos y no de décimo orden. Las tesis de la IV Internacional mantienen: «El concepto de defensa nacional, especialmente cuando coincide con la idea de defensa de la democracia, puede engañar fácilmente a los obreros de países pequeños y neutrales (Suiza, Bélgica en parte, los países escandinavos)...

Sólo un burgués de un villorrio suizo perdido, aburrido a morir (como Robert Grimm), puede pensar en serio que una guerra mundial a la que se vea arrastrado su país tiene como fin la independencia suiza».

Estas palabras cobran hoy un especial relieve. Esos pseudorrevolucionarios pequeñoburgueses que creen posible determinar la estrategia proletaria en defensa de la U.R.S.S. mencionando episodios tácticos como la invasión de Finlandia por el Ejército rojo no son en nada superiores al socialpatriota Robert Grimm.

La campaña que la burguesía mundial lanzó contra la guerra ruso-finlandesa fue elocuente por su unanimidad y su furia. Ni la perfidia ni la violencia anteriores del Kremlin había originado la indignación de la burguesía, pues toda la historia del mundo está transida de perfidia y violencia. Su miedo y su indignación surgieron tan sólo después de que se delineó en Finlandia la perspectiva de un cambio social semejante al que había propiciado el Ejército rojo en Polonia oriental. Aquí ya aparecía una amenaza concreta a la propiedad capitalista. La campaña antisoviética, cuyo carácter de clase era claro, dejó vez de nuevo que la U.R.S.S., en virtud de las bases puestas por la Revolución de Octubre, de las que, en última instancia, pende la existencia de la burocracia, sigue siendo un Estado obrero que la burguesía del mundo entero ve como una terrible amenaza. Los acuerdos episódicos entre la burguesía y la U.R.S.S. no cambian el hecho de que «a escala histórica, el antagonismo entre el imperialismo mundial y la Unión Soviética es infinitamente más profundo que los antagonismos que enfrentan a los países capitalistas entre sí».

Muchos radicales pequeñoburgueses, de los que tan sólo ayer estaban dispuestos a ver en la Unión Soviética la columna vertebral de la alianza entre las fuerzas «democráticas» contra el fascismo, han descubierto repentinamente, ahora que sus países se ven amenazados por Hitler, que Moscú, que no movió un dedo para ayudarlos, mantiene una política imperialista y que no hay diferencias entre la U.R.S.S. y los Estados fascistas.

¡Mentira! —responderán todos los trabajadores conscientes—. Claro que hay una diferencia. La burguesía entiende esa diferencia social mejor y más profundamente que los parlanchines radicalizados. Sin duda, la nacionalización de los medios de producción en un solo país, y un país

atrasado, no garantiza la construcción del socialismo. Pero es capaz de imponer los prerequisites para ella; a saber: el desarrollo planificado de las fuerzas productivas. Desentenderse de la nacionalización de los medios de producción alegando que ésta en sí y por sí no crea el bienestar de las masas, es tanto como criticar la construcción de cimientos de granito porque no se puede vivir sin paredes ni techo. El obrero consciente sabe que una lucha victoriosa por su liberación total es indispensable sin defender las conquistas ya alcanzadas, por modestas que sean. Tanto más obligatoria es, por tanto, la defensa de una conquista tan colosal como la de la economía planificada frente a la restauración de las relaciones capitalistas. Quienes no saben defender las posiciones ganadas no podrán conquistar otras nuevas.

La IV Internacional sólo defenderá a la U.R.S.S. con los medios de la lucha de clases revolucionaria. Enseñar a los obreros a comprender el carácter de clase del Estado —imperialista, colonial, obrero—, así como las relaciones recíprocas que se traban entre ellos y sus contradicciones internas, es la única forma de que los trabajadores obtengan conclusiones prácticas correctas en cada situación. Al tiempo que mantiene una batalla sin cuartel contra la oligarquía de Moscú, la IV Internacional renuncia con todas sus fuerzas a cualquier política que pudiese servir de ayuda al imperialismo contra la U.R.S.S.

La defensa de la U.R.S.S. coincide en principio con la preparación de la revolución proletaria mundial. Rechazamos totalmente la teoría del socialismo en un solo país, ese engendro del estalinismo ignorante y reaccionario. La U.R.S.S. sólo podrá aparecer cumplidamente socialista con el tiempo de la revolución mundial. Pero la revolución mundial exige el derrocamiento de la oligarquía del Kremlin.

Por el derrocamiento revolucionario de la fracción bonapartista de Stalin

Tras cinco años de cortejar a las «democracias», el Kremlin mostró con todo cinismo su desprecio por el proletariado mundial al concluir una alianza con

Hitler y ayudarle a aniquilar al pueblo polaco; con desvergonzado chauvinismo, el Kremlin parecía satisfecho en vísperas de la invasión de Finlandia, al tiempo que mostraba una incapacidad militar no menos vergonzosa en la lucha posterior; el Kremlin hacía ruidosas promesas de «emancipar» al pueblo finlandés de los capitalistas y a continuación capitulaba cobardemente ante Hitler. Tal es el balance del régimen estalinista en esas horas críticas de la Historia.

Los procesos de Moscú ya habían revelado que la oligarquía totalitaria se había convertido en un obstáculo decisivo para el desarrollo del país. El nivel cada vez más elevado de las necesidades complejas y crecientes de la vida económica no puede soportar estrangulamientos burocráticos. Sin embargo, esa banda de parásitos no está dispuesta a hacer concesiones. En su lucha por mantener sus privilegios están dispuestos a destruir todo lo que hay de mejor en el país. No hay que pensar que un pueblo que participó en tres revoluciones en doce años se ha vuelto repentinamente estúpido. Está anulado y desorientado, pero observa y piensa. Cada día, con su poder arbitrario, su opresión y su rapacidad, su sangrienta sed de venganza, la burocracia les recuerda su existencia. Obreros medio muertos de hambre y campesinos de granjas colectivizadas murmuran con odio sobre los caros caprichos de los codiciosos comisarios. Para celebrar el sesenta cumpleaños de Stalin, los obreros de los Urales fueron obligados a trabajar año y medio en un gigantesco retrato del odiado «padre de los pueblos»: un retrato de piedras preciosas digno del persa Jerjes o la egipcia Cleopatra. Un régimen que comete semejantes aberraciones tiene que exaltar necesariamente el odio de las masas.

La política exterior se corresponde con la interior. Si el Gobierno del Kremlin expresara los verdaderos intereses de los obreros; si la Komintern estuviera al servicio de la revolución mundial, las masas populares de la minúscula Finlandia hubiesen basculado del lado de la U.R.S.S. y la invasión del Ejército rojo no hubiera sido necesaria o habría sido vista por el pueblo de Finlandia como un acto de emancipación revolucionaria. Pero la política anterior del Kremlin apartó a los obreros y campesinos finlandeses de la U.R.S.S. Mientras que Hitler puede contar con la ayuda de la llamada «quinta columna» en todos los países neutrales que invade, Stalin no encontró un solo

defensor en Finlandia, a pesar de la tradición insurreccional del año 1918 y de la larga existencia de un Partido Comunista finlandés. En esas condiciones, la invasión del Ejército rojo se revistió de características de violencia militar directa y clara. La responsabilidad por esa violencia recae total e indivisiblemente sobre la oligarquía de Moscú.

La guerra es una prueba decisiva para un régimen. Como consecuencia del primer período de la guerra, la posición internacional de la U.R.S.S.: a pesar de los éxitos de fachada, ha empeorado ya. Las bases de apoyo estratégico ganadas por Moscú no serán más que un factor de tercer orden en el conflicto de las fuerzas del mundo. Mientras, Alemania se ha quedado con la parte más importante e industrializada de Polonia y ha conseguido una frontera común con la U.R.S.S., es decir, un pasillo hacia el Este. A través de Escandinavia, Alemania domina el mar Báltico, convirtiendo el golfo de Finlandia en un cuello de botella firmemente cerrado. La desesperada Finlandia está bajo control directo de Hitler. En vez de débiles Estados neutrales, la U.R.S.S. tiene ahora una poderosa Alemania al otro lado de la frontera de Leningrado. La debilidad del Ejército rojo, decapitado por Stalin, ha servido de espectáculo al mundo y, al tiempo, se han intensificado las tendencias al nacionalismo centrífugo en la U.R.S.S. El prestigio de los dirigentes del Kremlin ha disminuido. Alemania al Este y Japón al Oeste, se sienten infinitamente más seguros, tras la aventura finlandesa del Kremlin.

En su reducido arsenal, Stalin no pudo encontrar más que una sola respuesta para esta situación preocupante: reemplazar a Vorochilov por una mediocridad aún mayor, Timoshenko^[5]. Como siempre, la finalidad de esas maniobras es distraer la ira del pueblo y del ejército del verdadero responsable de esas desgracias y colocar a la cabeza del ejército a un individuo cuya lealtad estaba garantizada, por su mediocridad. El Kremlin ha vuelto a ser un nido de derrotismo. Sólo su destrucción puede garantizar la seguridad de la U.R.S.S.

La preparación del derrocamiento revolucionario de la casta que domina en Moscú es una de las tareas principales de la IV Internacional. No es una tarea fácil o sencilla. Exige heroísmo y sacrificio. Sin embargo, la época de las grandes convulsiones en que acaba de entrar la Humanidad descargará golpe tras golpe sobre la oligarquía del Kremlin, destrozará su aparato

totalitario, aumentará la confianza en sí mismas de las masas trabajadoras y facilitará así la formación de la sección soviética de la IV Internacional. ¡Los hechos trabajarán en favor nuestro si somos capaces de ayudarles!

Los pueblos coloniales en la guerra

Al crear enormes dificultades y peligros para las metrópolis imperialistas, la guerra abre enormes posibilidades para los pueblos oprimidos. El tronar del cañón sobre Europa anuncia la hora de su próxima liberación.

Si todo programa de transformación social pacífica en los países capitalistas avanzados es utópico, el programa de liberación pacífica de las colonias lo es doblemente. Los últimos países atrasados semilibres han sido sometidos ante nuestros ojos (Etiopía, Albania, China...). Toda la guerra actual es una guerra por las colonias y devolverles lo menos que puedan. Sólo una lucha revolucionaria abierta y directa de los pueblos esclavizados puede dejar expedita la vía de su emancipación.

En los países coloniales y semicoloniales, la lucha por un Estado nacional independiente y, por consiguiente, la «defensa de la patria», es diferente en principio de los países imperialistas. El proletariado revolucionario del mundo entero presta su apoyo incondicional a la lucha de China o la India por su independencia nacional, ya que esa lucha, al «apartar a los pueblos atrasados del asiaticismo, el particularismo y la esclavitud extranjera..., asesta poderosos golpes a los Estados imperialistas».

Al tiempo, la IV Internacional sabe, y advierte de ello a las naciones atrasadas, que sus tardíos Estados nacionales no pueden contar con un desarrollo democrático independiente. Rodeada de un capitalismo en declive y cogida entre las contradicciones interimperialistas, la independencia de un Estado atrasado se tornará inevitablemente en algo semificticio y su régimen político, bajo la influencia de sus propias contradicciones de clase y la presión exterior, tomará el camino de la dictadura sobre el pueblo, como sucede con los regímenes del Partido «del pueblo» en Turquía, del Kuo Min Tang en China; el régimen de Gandhi en la India será igual mañana. La lucha

por la independencia nacional de las colonias, desde la perspectiva del proletariado, no es más que un estado de transición en el camino de los pueblos atrasados hacia la revolución socialista internacional.

La IV Internacional establece distinciones completas entre países atrasados y avanzados, entre revolución democrática y revolución socialista. Para ella, ambas están coordinadas y deben subordinarse a la lucha mundial de los oprimidos contra sus opresores. Como la única fuerza genuinamente revolucionaria de nuestro tiempo es el proletariado internacional, el único programa que verdaderamente puede liquidar toda clase de opresión, social y nacional, no es otro que el programa de la revolución permanente.

La gran lección de China

La experiencia trágica de China es una gran lección para los pueblos oprimidos. La revolución china de 1925-27 tenía todas las posibilidades de vencer. Una China unificada y transformada sería ahora un poderoso baluarte de la libertad en el Extremo Oriente. El destino de Asia y, hasta cierto punto, el del mundo entero habría cambiado. Pero el Kremlin, que no confiaba en las masas chinas y buscaba la amistad de los generales, utilizó todo su peso para subordinar al proletariado chino a la burguesía, ayudando así a Chiang Kai-chek a aplastar la revolución china. Sin ilusiones, desunida y debilitada, la China es una presa fácil para una invasión japonesa.

Como todos los regímenes condenados, la oligarquía estalinista es incapaz de aprender de las lecciones de la Historia. Al inicio de la guerra chino-japonesa, el Kremlin volvió a atar al Partido Comunista a Chiang Kai-chek, cortando de raíz la iniciativa revolucionaria del proletariado chino. Esa guerra, cuyo tercer aniversario se acerca, podría haber terminado ya con una catastrófica derrota del Japón, si China la hubiese disputado como una auténtica guerra popular fundada en una revolución agraria que inflamase a los soldados japoneses con sus llamas. Pero la burguesía china teme más a sus propias masas armadas que a sus conquistadores japoneses. Si Chiang Kai-chek, el siniestro verdugo de la revolución china, se ve obligado por las

circunstancias a emprender una guerra, su programa de hoy, como el de ayer, se basa en la opresión de sus propios obreros y en el compromiso con los imperialistas.

La guerra en Asia oriental ha de trabarse cada vez más con la guerra mundial imperialista. El pueblo chino tan sólo podrá alcanzar su independencia bajo la dirección de un proletariado joven y sacrificado con suficiente confianza en sí mismo como para iniciar el renacimiento de la revolución mundial. Él marcará el camino con mano firme. El curso de los acontecimientos coloca a la orden del día la conversión de nuestra sección china en un poderoso Partido revolucionario.

Las tareas de la revolución en la India

Durante las primeras semanas de la guerra, las masas indias ejercieron una presión creciente, obligando a los líderes «nacionalistas» oportunistas a hablar un lenguaje desacostumbrado. Pero ¡ay del pueblo indio si llega a fiarse de la palabrería altisonante! Bajo la máscara de la Independencia nacional, Gandhi se ha apresurado a declarar su intención de no crear dificultades a Gran Bretaña en esta difícil crisis. ¡Como si en algún tiempo o lugar los oprimidos hubieran podido liberarse de otra forma que explotando las dificultades de sus opresores!

El rechazo «moral» de Gandhi a la violencia no es más que un reflejo del miedo de la burguesía india a sus masas, que tienen buenas razones para creer que el imperialismo británico las empujará a la catástrofe. Por su parte, Londres advierte que al menor signo de desobediencia se verá obligado a aplicar «todas las medidas necesarias», incluyendo, por supuesto, la fuerza aérea que necesita en el frente occidental. Entre la burguesía colonial y el Gobierno británico se establece una clara división del trabajo: Gandhi necesita de las amenazas de Chamberlain y Churchill para lograr paralizar el movimiento revolucionario.

En el inmediato futuro, el antagonismo entre las masas indias y la burguesía promete volverse aún más agudo; al tiempo que la guerra

imperialista se convierte en una gigantesca empresa comercial para la burguesía india, pues al abrir un mercado de materias primas excepcionalmente favorable puede hacer progresar rápidamente a la industria india. Si la total destrucción del imperio británico corta el cordón umbilical que liga al capital indio con la City de Londres, la burguesía nacional se apresurará a encontrar un nuevo patrón en Wall Street, Nueva York. Los intereses materiales de la burguesía determinan su política con la fuerza de la ley de la gravedad.

Mientras que una clase explotadora controle el movimiento de emancipación, será incapaz de salir del callejón sin salida. Lo único que puede unir a la India como un solo hombre es la revolución agraria bajo la bandera de la independencia nacional. Una revolución dirigida por el proletariado irá no sólo contra el dominio británico, sino también contra los príncipes indios, las concesiones extranjeras, las capas altas de la burguesía nacional y los líderes del National Congress, así como contra los de la Liga Musulmana^[6]. Una tarea urgente para la IV Internacional es la creación de una sección estable y poderosa en la India.

La política traidora de la colaboración de clase, con la que durante los cinco últimos años el Kremlin ha ayudado a los gobiernos capitalistas a preparar la guerra, fue liquidada por la burguesía tan pronto como dejó de necesitar un disfraz pacifista. Pero en los países coloniales y semicoloniales, no sólo en China y la India sino también en Latinoamérica, el fraude «Frente Popular» aún continúa paralizando a las masas trabajadoras y convirtiéndolas en carne de cañón para la burguesía «progresista», con lo que ayuda a crear una base política indígena para el imperialismo.

El futuro de América latina

El monstruoso crecimiento de los armamentos en Estados Unidos prepara una solución violenta a las contradicciones complejas del hemisferio occidental y pronto ha de plantear abiertamente el problema del destino de los países latinoamericanos. El interludio de la política de «buena vecindad» está

llegando a su fin. Roosevelt o su sucesor se quitarán pronto el guante de terciopelo de su puño de hierro. Las tesis de la IV Internacional mantienen: «América del Sur y Central sólo podrán salir de su retraso y sometimiento si unen todos sus Estados en una federación poderosa. Pero no será la retrasada burguesía sudamericana, esa sucursal del imperialismo extranjero, la llamada a resolver esta tarea, sino el joven proletariado de Sudamérica quien dirigirá a las masas oprimidas. La consigna en la lucha contra la violencia y las intrigas del imperialismo mundial y contra la sangrienta tarea de las cliques compradoras nativas es: *Estados Unidos Soviéticos de América Central y del Sur*».

Estas frases, escritas hace seis años, cobran ahora una actualidad impresionante.

Tan sólo bajo una dirección revolucionaria podrá el proletariado de las colonias y semicolonias entrar en invencible colaboración con el proletariado de las metrópolis y la clase obrera del mundo entero. Sólo una colaboración similar puede llevar a los pueblos oprimidos a su emancipación completa y definitiva, aniquilando el imperialismo en el mundo entero. Una victoria del proletariado internacional librará a los pueblos coloniales del penoso esfuerzo de un desarrollo capitalista, al abrirles la posibilidad de avanzar hacia el socialismo junto con el proletariado de los países avanzados.

La perspectiva de la revolución permanente en modo alguno significa que los países atrasados hayan de esperar la señal de avance hasta que se la den los más avanzados o que los pueblos coloniales hayan de esperar pacientemente a que el proletariado de las metrópolis los libere.

Ayúdate y Dios te ayudará. Los trabajadores deben desarrollar la lucha revolucionaria en todos los países, coloniales e imperialistas, en que aparezcan condiciones favorables, dando ejemplo a los trabajadores de otros países. Tan sólo la iniciativa y la actividad, la resolución y la audacia pueden convertir en realidad la consigna: «¡Proletarios del mundo entero, uníos!»

La responsabilidad de los dirigentes traidores en la guerra

La victoria de la revolución española podría haber abierto una era de

sacudidas revolucionarias en toda Europa, adelantándose a la guerra actual. Pero esa heroica revolución, que tenía todas las posibilidades de vencer, fue ahogada por el abrazo de la II y la III Internacionales y la colaboración activa de los anarquistas. El proletariado mundial se hizo más pobre al perder otra gran ilusión, pero se enriqueció con las lecciones de tan monstruosa traición.

El potente movimiento del proletariado francés en junio de 1936 reveló condiciones excepcionalmente favorables para una toma revolucionaria del poder. Una república soviética francesa habría alcanzado inmediatamente la hegemonía revolucionaria en Europa, habría generado repercusiones revolucionarias en todos los países, habría hundido a los regímenes totalitarios y habría salvado a la Humanidad de la actual carnicería imperialista y sus incontables víctimas. Pero la política desvergonzada, cobarde y traidora de León Blum y León Jouhaux, junto con la colaboración activa de la sección francesa de la Komintern, llevó a la catástrofe a uno de los más prometedores movimientos de la pasada década.

El estrangulamiento de la revolución española y el boicot a la ofensiva proletaria en Francia son las dos tragedias que prologan la guerra actual. La burguesía se convenció de que con semejantes «dirigentes obreros» podía llegar a donde quisiera, incluso a una nueva carnicería. Los líderes de la II Internacional impidieron que el proletariado derrocara a la burguesía al final de la primera guerra imperialista. Los líderes de la II y la III Internacional han ayudado a la burguesía a desencadenar una segunda guerra imperialista. ¡Hagamos que se convierta en su tumba política!

La II Internacional

La guerra de 1914-1918 escindió inmediatamente a la II Internacional en dos campos separados por las trincheras. Cada partido socialdemócrata defendió su patria. Hubieron de pasar varios años después de la guerra hasta que los traidores hermanos en lucha se reconciliaran y proclamasen una mutua amnistía.

Hoy la situación de la II Internacional ha cambiado, en la superficie.

Todas sus secciones sin excepción se hallan a un lado de las líneas militares, en el campo aliado. Algunas porque son Partidos de países democráticos y otras porque han emigrado hacia ellos desde países beligerantes o neutrales. La socialdemocracia alemana, que siguió una despreciable política chauvinista durante la primera guerra imperialista bajo la bandera de los Hohenzollern, es hoy un Partido «derrotista» al servicio de Francia y Gran Bretaña. Sería absurdo pensar que semejantes lacayos se han convertido en revolucionarios. Hay una explicación más sencilla. La Alemania de Guillermo II ofrecía a los reformistas suficientes posibilidades de sinecuras en las cámaras parlamentarias, las municipalidades, los sindicatos y otros lugares. La defensa de la Alemania imperial se convertía en la defensa del canal caudaloso en que la conservadora burocracia obrera calmaba su sed. «La socialdemocracia será patriota mientras el régimen político correspondiente asegura sus beneficios y privilegios», decían nuestras tesis hace seis años. Los mencheviques y los populistas rusos, que fueron patriotas incluso bajo el zar (cuando tenían sus fracciones en la Duma, sus propios periódicos y sus funcionarios sindicales y esperaban alcanzar nuevas ventajas por este camino) mantienen una posición derrotista con respecto a la U.R.S.S. ahora que lo han perdido todo.

Por consiguiente, la «unanimidad» actual de la II Internacional se explica por el hecho de que todas sus secciones esperan que los aliados les devuelvan sus puestos y rentas en el seno de la burocracia obrera cuando restauren esos puestos y rentas en los países totalitarios. La socialdemocracia no va más allá de sus impotentes fantasías acerca de la protección de la burguesía «democrática». Esos inválidos políticos son totalmente incapaces de luchar incluso cuando sus propios intereses se ven amenazados.

Tal vez fue lo que se vio con claridad meridiana en Escandinavia, al parecer uno de los más seguros feudos de la II Internacional, en donde los tres países fueron gobernados durante toda una etapa por la sobria, realista, reformista y pacifista socialdemocracia. Socialismo llamaban esos caballeros a la democracia conservadora y coronada con su plus de iglesia estatal y su plus de tímidas reformas sociales posibilitadas durante un tiempo por limitación de los gastos militares. Apoyados en la Sociedad de Naciones y protegidos por el escudo de la «neutralidad», los gobiernos escandinavos

contaban con un desarrollo tranquilo y pacífico a lo largo de varias generaciones. Pero los años imperialistas no tuvieron en cuenta sus cálculos y aquéllos hubieron de inclinarse ante los golpes del destino. Cuando la U.R.S.S. invadía Finlandia, los tres gobiernos escandinavos se declararon neutrales en el conflicto. Cuando Alemania invadía Dinamarca y Noruega, Suecia se declaraba neutral en el conflicto. Dinamarca se apresuraba a declararse neutral ante su propia invasión. Noruega, bajo los cañones de su guardián inglés, fue la única que llevó a cabo algunos gestos simbólicos en defensa propia. Esos héroes están dispuestos a vivir a costa de la patria democrática aunque no tanto a morir por ella. La inesperada guerra ha terminado con todas sus esperanzas de una evolución pacífica bajo la mirada de Dios y el Rey. El paraíso escandinavo, último refugio de las ilusiones de la II Internacional, se ha transformado en una parcela más del infierno imperialista.

Los oportunistas socialdemócratas sólo tienen una política: la adaptación pasiva. En condiciones de capitalismo decadente, no tienen más recurso que entregar una posición tras otra, reducir su ya mezquino programa, limitar sus exigencias, retirarse de forma continua e incansable hasta no tener más sitio en que refugiarse que una ratonera. Pero incluso allí, la mano despiadada del imperialismo les saca de ella tirándoles del rabo. Tal es, en breve, la historia de la II Internacional. La guerra actual la está matando por segunda vez. Esperemos que sea para siempre.

La III Internacional

La política de la degenerada III Internacional, mezcla de un grosero oportunismo con aventurerismo desatado, ejerce sobre la clase obrera una influencia aún más desmoralizante, si cabe, que la de su hermana mayor, la II Internacional. Un Partido revolucionario basa toda su política en la conciencia de clase de los trabajadores; la Komintern se ocupa de contaminarla y envenenarla.

Los propagandistas oficiales de cada uno de los campos beligerantes

denuncian, a veces muy correctamente, los crímenes del bando opuesto. Goebbels dice buena parte de la verdad sobre la violencia británica en la India. La prensa inglesa y francesa dicen muchas cosas clarividentes sobre la política exterior de Hitler y Stalin. Esa propaganda unilateral no deja por ello de ser el peor veneno chauvinista. Las verdades a medias son las más peligrosas mentiras.

Toda la propaganda actual de la Komintern es de esta última clase. Tras cinco años de cortejar desvergonzadamente a las democracias, reduciendo la esencia del «comunismo» a ataques contra los agresores fascistas, la Komintern ha descubierto repentinamente en el otoño de 1939 el criminal imperialismo de las democracias occidentales. ¡Vuelta a la izquierda! Desde ese momento no se ha oído ni una palabra condenatoria para la destrucción de Checoslovaquia y Polonia, la invasión de Dinamarca y Noruega o las bárbaras brutalidades que las bandas hitlerianas han perpetrado sobre el pueblo judío y polaco. Hitler se ha transformado en un plácido vegetariano amante de la paz que se ha provocado continuamente por los imperialistas occidentales. La alianza franco-británica ha sido descrita por la prensa de la Komintern como un «bloque imperialista contra el pueblo alemán». ¡El propio Goebbels no podría haber inventado nada mejor! El Partido Comunista alemán de la emigración arde en amor a la patria. Y como la patria no ha dejado de ser fascista, sucede que el Partido Comunista alemán llega así a adoptar una postura socialfascista. Había de llegar un día en que la teoría estalinista del socialfascismo se convirtiese en carne y hueso^[7].

A primera vista, la conducta de las secciones francesa e inglesa de la Komintern parecía diametralmente opuesta. A diferencia de los alemanes se vieron obligados a atacar a su propio Gobierno. Pero este súbito derrotismo no tenía nada que ver con el internacionalismo, sino con un patriotismo distorsionado: esos caballeros consideran al Kremlin, del que depende su bienestar, como su propia patria. Muchos estalinistas franceses se han comportado con un valor indiscutible ante la persecución. Pero el contenido político de ese valor quedaba reducido por su obstinado embellecimiento de la política de rapiña del campo enemigo. ¿Qué pensarán de esto los obreros franceses?

Los internacionalistas revolucionarios han sido presentados siempre por

la reacción como agentes de potencias extranjeras. La Komintern creó una situación tal que sus propias secciones francesa e inglesa daban la razón a semejante acusación, condenando así a los obreros, entre la confusión y la pasividad, a encuadrarse en el bando patriota.

La política del Kremlin es simple: ha vendido a Hitler la Komintern además de su petróleo y su manganeso. El servilismo perruno con que esas gentes permitieron que se les vendiese es prueba de la corrupción interna de la Komintern. Los agentes del Kremlin carecen de principios, de honor y de conciencia. Sólo tienen una cerviz flexible. Pero las revoluciones nunca han sido dirigidas por gentes de cerviz flexible.

La amistad de Stalin con Hitler no puede ser eterna. Ni siquiera duradera^[8]. Antes de que nuestro manifiesto llegue a las masas, la política exterior del Kremlin puede haber realizado un nuevo viraje. Entonces cambiará también el carácter de la propaganda de la Komintern. Si el Kremlin se aproxima a las democracias, la Komintern desenterrará nuevamente el «Libro Marrón» de crímenes nazis. Pero ello no significa que su propaganda adquiera rasgos revolucionarios. Las etiquetas cambiarán, pero la Komintern seguirá siendo tan servil como antes. La política revolucionaria exige ante todo que se diga la verdad a las masas. Pero la Komintern miente sistemáticamente. Nosotros nos dirigimos a los trabajadores de todo el mundo para decirles: ¡No creáis en los falsarios!

Socialdemócratas y estalinistas en las colonias

Los Partidos ligados a los explotadores e interesados en obtener privilegios son orgánicamente incapaces de realizar una política honrada para con los sectores más explotados de los trabajadores y de los pueblos oprimidos. La fisonomía de la II y la III Internacional aparece especialmente clara en su actitud respecto de las colonias.

La II Internacional, abogado de los mercaderes de esclavos y partícipe en los beneficios obtenidos con la esclavitud, no tiene secciones propias en las colonias, si descartamos grupos ocasionales de funcionarios coloniales,

especialmente masones franceses y carreristas «de izquierda» dispuestos a sentarse sobre las espaldas de la población indígena. Tras haber renunciado oportunamente a la idea antipatriota de sublevar a la población colonial contra la «patria democrática», la II Internacional se ha ganado el privilegio de proveer a la burguesía de ministros de las colonias, es decir, de mercaderes de esclavos (Sidney Webb, Marius Moutet y otros)^[9].

En breve espacio de tiempo, la III Internacional, que comenzó su existencia con un valeroso llamamiento revolucionario a todos los pueblos oprimidos, se ha prostituido igualmente en la cuestión colonial. No hace muchos años, cuando Moscú vio ante sí la oportunidad de aliarse con las democracias imperialistas, la Komintern puso en circulación consignas de emancipación nacional no sólo para Abisinia y Albania, sino también para Austria. En el caso de las colonias de Inglaterra y Francia, se limitaba modestamente a esperar reformas «razonables». En aquel momento, la Komintern defendía a los indios no de la Gran Bretaña, sino contra eventuales ataques japoneses, y a Túnez contra los colmillos de Mussolini. Ahora la situación ha experimentado un giro de 180 grados. ¡Total independencia para la India, Egipto, Argelia! Dimitrov no se conforma con menos.

Otra vez los árabes y los negros han encontrado en Stalin a su mejor amigo, después de Mussolini y Hitler. La sección alemana de la Komintern, con la desfachatez propia de esta banda de parásitos, advierte a Polonia y Checoslovaquia contra las celadas del imperialismo británico. ¡Esa gente está dispuesta a todo! Un nuevo cambio en la orientación del Kremlin hacia las democracias occidentales y volverán a pedir con todo respeto a Londres y París que procedan a realizar reformas liberales en sus colonias.

A diferencia de la II Internacional, la Komintern, gracias a su gran tradición, ejerce una influencia indiscutible en las colonias. Pero su base social ha seguido las transformaciones de su evolución política. Actualmente, en los países coloniales, la Komintern recoge el estrato que constituye la base tradicional de la II Internacional en las metrópolis. Las migajas que caen de la mesa de sus superbeneficios ha permitido al imperialismo crear un simulacro de aristocracia obrera nativa en los países coloniales y semicoloniales. Insignificante por comparación con su modelo de la metrópoli, se distingue,

sin embargo, del telón de fondo de pobreza general y defiende celosamente sus privilegios. La burocracia y la aristocracia obrera de los países coloniales y semicoloniales, junto con los funcionarios estatales, provee de elementos especialmente serviles a los «amigos» del Kremlin. En América latina, el más repugnante representante de este personaje es el abogado mejicano Lombardo Toledano^[10] cuyos grandes servicios han sido recompensados por el Kremlin al elevarle al cargo decorativo de presidente de la Federación de Sindicatos latinoamericanos.

Al plantear abiertamente los problemas de la lucha de clases, la guerra coloca a tales prestidigitadores y zahoríes en una posición muy desairada que los verdaderos bolcheviques deben utilizar para barrer de los países coloniales, y de una vez por todas, a la Komintern.

Centrismo y anarquismo

La guerra, al ponerlo a prueba todo, al desembarazarse de todo lo podrido, es un peligro mortal para las Internacionales trasnochadas. Una parte considerable de la burocracia de la Komintern volverá al redil de su propia patria imperialista, especialmente si la Unión Soviética sufre algún revés. Por el contrario, los obreros se desplazarán continuamente hacia la izquierda. En estas condiciones son inevitables escisiones y fraccionamientos. Ciertos síntomas apuntan también hacia la posibilidad de que el ala «izquierda» de la II Internacional rompa con ella. Es de esperar que aparezcan agrupamientos centristas de diferente tradición, que se fundan, que se escindan, que se creen nuevos «frentes», «bandos», etc. Pero nuestra época demostrará su resistencia de tolerar el centrismo. El papel trágico, patético, desempeñado por el P.O.U.M., la más seria de todas las organizaciones centristas, en la revolución española, quedará para siempre en la memoria del proletariado como una terrible advertencia.

Pero a la Historia le gustan las repeticiones. No hay que excluir intentos de construir nuevas organizaciones internacionales sobre el modelo de la II y 1/2 Internacional, o ahora de la III y 14 Internacional. Estos intentos merecen

ser tenidos en cuenta tan sólo en cuanto reflejan procesos más profundos en las masas trabajadoras. Pero puede decirse con seguridad y de antemano que los «frentes» centristas, los «bandos» y las «Internacionales», sin fundamentos teóricos, sin tradiciones revolucionarias, sin programa elaborado, serán de carácter efímero. Nosotros les ayudaremos criticando sin tregua su indecisión y su irresolución.

Este esbozo de la quiebra de las organizaciones obreras tradicionales sería incompleto si no mencionásemos al anarquismo. Su declive es el fenómeno más importante de nuestra época. Ya antes de la primera guerra imperialista los anarcosindicalistas franceses habían logrado convertirse en oportunistas de la peor especie y en siervos de la burguesía. En la guerra, la mayor parte de los dirigentes anarquistas internacionales se hicieron patriotas. Cuando la guerra civil española se encontraba en su apogeo, los anarquistas se convirtieron en ministros de la burguesía. Los charlatanes anarquistas atacan y niegan el Estado mientras éste no les necesita. En los momentos de peligro están tan dispuestos como los socialdemócratas a convertirse en agentes de los capitalistas.

Los anarquistas carecían de programa de la más mínima idea al comenzar esta guerra. Su bandera estaba manchada por la traición al proletariado español. Ahora son incapaces de hacer otra cosa que introducir en las filas obreras la desmoralización patrioterica sazonada de lamentaciones humanistas. Al tiempo que tratamos de converger con los trabajadores anarquistas verdaderamente dispuestos a luchar por los intereses de su clase, les pediremos que rompan por completo con los dirigentes que sirven de recaderos de la burguesía en momentos de guerra y revolución.

Los sindicatos y la guerra

Mientras que los magnates del capital monopolista se sitúan por encima de las instituciones del poder de Estado, controlándolas desde las alturas, los dirigentes sindicales oportunistas se arrastran ante el poder tratando de encontrar apoyo para el Estado entre las masas trabajadoras. Semejante coro

de vergüenzas no puede cantarse mientras se mantiene la democracia obrera en el interior de los sindicatos. Pero la vida de los sindicatos, siguiendo los pasos de la vida bajo el régimen burgués, se ha hecho cada vez más autoritaria. En tiempos de guerra la burocracia sindical se convierte en la policía militar del Estado Mayor del Ejército en el seno de la clase obrera.

Pero no se salvará por más celo que pueda poner en la tarea. La guerra conlleva la destrucción y la muerte para las actuales centrales reformistas. Los sindicalistas que se encuentran en la flor de la edad son movilizados para la carnicería, y su puesto lo toman muchachos, mujeres, viejos, es decir, gentes con una menor capacidad de resistencia. Todos los países saldrán de la guerra tan arruinados que el nivel de vida de los obreros retrocederá al de hace un siglo. Los sindicatos reformistas sólo pueden encontrar un lugar al sol en regímenes de democracia burguesa. Pero lo primero que caerá vencido por la guerra es la podrida democracia burguesa, que en su definitivo declive arrastrará a todas las organizaciones obreras que le servían de base. No hay espacio para los sindicatos reformistas. La reacción capitalista los destrozará implacablemente. Hay que advertir a todos los trabajadores de este peligro con una voz lo suficientemente alta como para que todos la oigan.

Una nueva época exige métodos nuevos. Nuevos métodos exigen nuevos dirigentes. Sólo hay un camino para salvar a los sindicatos: transformarlos en organismos de lucha cuyo fin sea la victoria sobre la anarquía capitalista y el bandidaje imperialista. Los sindicatos han de jugar un papel fundamental en la construcción de la economía socialista. Pero para ello la precondition es el derrocamiento de la burguesía y la nacionalización de los medios de producción. Los sindicatos no podrán evitar ser enterrados por las ruinas de la guerra si no siguen el camino de la revolución socialista.

La IV Internacional

La vanguardia proletaria es un enemigo irreconciliable de la guerra imperialista. Pero no la teme. Acepta el combate en el lugar elegido por el enemigo de clase. Y llega al campo de batalla con sus banderas desplegadas.

La IV Internacional es la única organización que predijo correctamente el curso general de los acontecimientos mundiales, que previno la inevitabilidad de una nueva catástrofe imperialista, que denunció los fraudes pacifistas de los demócratas burgueses y los aventureros pequeñoburgueses de la escuela estalinista, que luchó contra la política de colaboración de clase llamada «Frentes Populares», que criticó sin piedad la traición de la Komintern y los anarquistas en España, que atacó sin tregua las ilusiones centristas del P.O.U.M., que galvanizó continuamente a sus cuadros con el espíritu de la lucha de clases revolucionaria. Nuestra política en tiempo de guerra es la continuación concentrada de nuestra política en tiempo de paz.

La IV Internacional basa su programa sobre los cimientos graníticos del marxismo. Rechaza el eclecticismo despreciable que impera en las filas de la burocracia sindical de los diferentes bandos y que con frecuencia sirve de excusa para las capitulaciones ante la democracia burguesa. Nuestro programa está formulado en documentos que se hallan al alcance de todo el mundo y cuya esencia puede resumirse en tres palabras: dictadura del proletariado.

Un programa basado en el bolchevismo

La IV Internacional se basa por completo y sin reservas en la tradición revolucionaria del bolchevismo y en sus métodos organizativos. Dejemos a los pequeñoburgueses maldecir del centralismo. Cualquier obrero que haya participado en una huelga sabe que no hay lucha sin disciplina y sin una dirección fuerte. Nuestra época está penetrada por el espíritu centralista. El capitalismo monopolista ha llevado la centralización a sus últimas consecuencias. El centralismo estatal llamado fascismo es de carácter totalitario. Las democracias se esfuerzan cada vez con mayor decisión en seguir este modelo. La burocracia sindical defiende a zarpazos su poderosa maquinaria. La II y la III Internacional utilizan abiertamente el aparato de Estado en su lucha contra la revolución. En estas condiciones, no hay otra garantía de éxito que contraponer el centralismo revolucionario al de la

reacción. Es indispensable contar con una organización de la vanguardia proletaria forjada en una disciplina de hierro, con una selección de valerosos revolucionarios dispuestos al sacrificio y animados por una infatigable voluntad de vencer. Hay que preparar la ofensiva sistemáticamente, por duro que ello sea, para lanzar sin vacilaciones todo el peso de la clase a la batalla cuando suene la hora decisiva. Tan sólo un Partido centralizado, un Partido que no desfallezca, es capaz de hacer comprender esto a los obreros.

Los escépticos de salón se deleitan en poner de relieve la degeneración del centralismo bolchevique en burocratismo. ¡Como si el curso de la Historia dependiese de la estructura de un Partido! En realidad sucede lo contrario: es el Partido quien depende de la evolución de la lucha de clases. Pero en cualquier caso, el Partido bolchevique fue el único que demostró en la práctica su capacidad de llevar la revolución proletaria hasta sus últimas consecuencias. Tal Partido es lo que necesita ahora el proletariado internacional. Si el régimen burgués sale indemne de la guerra, todos los Partidos revolucionarios sufrirán un proceso de degeneración. Si triunfa la revolución proletaria, desaparecerán las causas que lo producen.

Cuando la reacción triunfa, las masas se fatigan y se desilusionan; en un clima político dominado por la descomposición de las organizaciones tradicionales de la clase obrera, entre crecientes dificultades y obstáculos, el desarrollo de la IV Internacional sólo podía ser lento. Los centristas que despreciaban nuestros esfuerzos han realizado más de una vez intentos aislados y, a primera vista, mucho más prometedores de unir a la extrema izquierda. Sin embargo, todas esas tentativas pretenciosas se redujeron a polvo incluso antes de que las masas pudieran recordar sus nombres. Sólo la IV Internacional sigue nadando contra la corriente con obstinación, con persistencia y con éxito creciente.

¡Hemos pasado la prueba!

Lo que caracteriza a una organización verdaderamente revolucionaria es, ante todo, la seriedad con que elabora y aplica su línea política ante los diferentes

cambios de rumbo de los acontecimientos. El centralismo se fecunda con la democracia. Entre el fuego de la guerra, nuestras secciones discuten apasionadamente de todos los temas de política proletaria, probando sus métodos y librándose de cuantos elementos inestables se nos unieron tan sólo porque se oponían a la II y a la III Internacional. La separación de los compañeros de viaje poco fiables es uno de los gastos extra inevitables en la formación de un Partido revolucionario.

La abrumadora mayoría de nuestros camaradas de diferentes países han pasado las primeras pruebas a que les ha sometido la guerra. Ello tiene un significado crucial para el futuro de la IV Internacional. Cada militante de base de nuestra organización no sólo tiene el derecho, sino el deber de considerarse un cuadro del ejército revolucionario que se creará entre la hoguera de los acontecimientos. La entrada de las masas en el campo de batalla revolucionario reducirá a sus proporciones insignificantes los programas oportunistas, pacifistas y centristas. Un solo revolucionario auténtico en una fábrica, mina, sindicato, regimiento, o buque de guerra es mucho más válido que los centenares de pseudorrevolucionarios pequeñoburgueses que se cuecen en su propio jugo.

Los políticos de la gran burguesía se orientan mucho mejor respecto del papel de la IV Internacional que los pedantes pequeñoburgueses. En vísperas de la ruptura de relaciones diplomáticas, el embajador francés Coulondre y Hitler, tratando de asustarse mutuamente en su entrevista final, estuvieron de acuerdo en que el «único ganador real» iba a ser la IV Internacional. Tras la ruptura de hostilidades contra Polonia, la prensa de mayor tirada de Francia, Dinamarca y otros países publicaba despachos diciendo que en los barrios obreros de Berlín habían aparecido inscripciones con el tema «¡Abajo Stalin! ¡Viva Trotsky!», lo que significa «¡Abajo la III Internacional! ¡Viva la IV!» Cuando los más combativos obreros y estudiantes de Praga organizaron una manifestación para celebrar el aniversario de su independencia nacional, su «protector» el barón Neurath publicó una declaración oficial haciendo recaer la responsabilidad de dicha manifestación sobre los «trotskistas» checos. La crónica de Praga que se publica en el periódico de Benes^[11], el antiguo presidente de la República checa, confirma el hecho de que los trabajadores checos se están convirtiendo al «trotskismo». Hasta ahora todo eso no son

más que síntomas. Pero indican inconfundiblemente la orientación del movimiento. La nueva generación de trabajadores que la guerra empujará hacia la revolución se agrupará bajo nuestras banderas.

La revolución proletaria

Las condiciones fundamentales para una victoria de la revolución proletaria, tal y como las ha establecido la experiencia histórica y el trabajo teórico, son:

1) Una crisis de la burguesía que resulta en la desorientación de la clase dominante.

2Fuerte insatisfacción y como agudos deseos de cambio entre la pequeña burguesía, sin cuyo apoyo no puede mantenerse la gran burguesía.

3Conciencia de su intolerable situación y disposición a la actividad revolucionaria entre el proletariado.

4Programa claro y dirección firme de la vanguardia revolucionaria.

Tales son las cuatro condiciones para una victoria de la revolución proletaria. La causa principal de la derrota en muchas situaciones revolucionarias se debe a que esas cuatro condiciones raramente maduran a la vez. Históricamente, las guerras han causado frecuentes revoluciones porque sacuden a los regímenes trasnochados hasta sus últimas raíces, porque debilitan a la clase dominante y porque aceleran la indignación revolucionaria entre las clases oprimidas.

Ahora la desorientación de la burguesía y la alarma e insatisfacción de las masas populares son ya profundas, tanto en los países beligerantes como en los neutrales. Estas tendencias se acelerarán con cada mes de guerra que pase. Durante los últimos veinte años es una triste verdad, el proletariado ha sufrido una derrota tras otra y cada una de ellas ha sido más grave que la anterior, lo que le hizo perder la confianza en sus Partidos tradicionales y llegar a la guerra en un estado de profunda desmoralización. Sin embargo, no conviene sobreestimar la estabilidad y la duración de estas tendencias. Los hechos las provocaron y los hechos las disiparán.

Son los jóvenes quienes hacen guerras y revoluciones. Millones de

jóvenes, imposibilitados de encontrar trabajo en la industria, comenzaron su vida como parados, permaneciendo fuera de la vida política. Hoy ya están ocupando su lugar o van a ocuparlo en seguida. El Estado se encarga de organizarlos en regimientos, abriéndoles la posibilidad de unificarse como revolucionarios. La guerra disipará también la apatía de las viejas generaciones.

El problema de la dirección revolucionarla

Queda aún por ver el problema de la dirección. ¿No será nuevamente traicionada la revolución, ya que hay dos Internacionales al servicio del imperialismo en tanto que los elementos revolucionarios no son más que una pequeña minoría? En otras palabras: ¿lograremos construir a tiempo un Partido capaz de dirigir la revolución proletaria? Si se quiere una respuesta correcta a esta cuestión, conviene plantearla correctamente. No hay duda de que algunas acciones pueden terminar, terminarán de hecho, en derrotas, dada la inmadurez de la dirección revolucionaria. Pero no hay que tomar las acciones aisladamente, pues el problema es del carácter revolucionario de toda una época.

El mundo capitalista no tiene salida, a menos que se crea que una agonía prolongada lo es. Hay que prepararse para largos años, para decenios de guerras, crisis, breves intervalos de tregua, nuevas guerras, nuevas crisis. Todo joven Partido revolucionario debe tener clara esta perspectiva. La Historia le dará oportunidades suficientes de probarse a sí mismo, de acumular experiencias y de madurar. Cuanto antes se agrupen las filas de la vanguardia, antes acabará la época de estertores sangrientos y menor será la destrucción que haya de caer sobre el planeta. Pero este gran problema de la Historia no quedará resuelto mientras que a la cabeza del proletariado no marche un Partido revolucionario. La cuestión de los ritmos ascendentes y descendentes tiene una enorme importancia, pero no tiene por qué hacernos cambiar ni nuestra perspectiva histórica ni la orientación de nuestra política. La conclusión es sencilla: hay que desplegar aún diez veces más energía en la

tarea de educar y organizar a la vanguardia proletaria. Ésta es precisamente la tarea de la IV Internacional.

Quienes se limitan a apuntar los tristes resultados de la última guerra para tratar de justificar sus convicciones pesimistas cometen un grave error. En primer lugar, la guerra posibilitó la Revolución de Octubre, cuyas lecciones hacen aún vivir a todo el movimiento obrero internacional. En segundo lugar, las condiciones en esta guerra difieren profundamente de las de 1914. La posición económica de los Estados imperialistas es infinitamente peor hoy, en tanto que la capacidad de destrucción bélica es infinitamente superior a la de hace un cuarto de siglo. Hay razones suficientes para esperar esta vez una reacción mucho más rápida y decisiva entre los obreros y los soldados.

La experiencia de la primera guerra afectó profundamente a las masas. La II Internacional basaba su fuerza en las casi intactas ilusiones pacifistas y democráticas de las masas. Los obreros de 1914 creían con toda seriedad que la guerra iba a ser la última. Los soldados se dejaban matar para ahorrar a sus hijos una nueva carnicería. Sólo con estas esperanzas pudieron aguantar una guerra de más de cuatro años. Pero hoy no queda casi nada de aquellas ilusiones democráticas y pacifistas.

Los pueblos soportan la guerra actual sin creer en ella, sin esperar de ella otra cosa que nuevas cadenas. Esto vale también para los Estados totalitarios. La vieja generación obrera que soportó el fardo de la primera guerra imperialista y que no ha olvidado sus lecciones no ha desaparecido aún de escena. La falsedad de las consignas patriotas y pacifistas resuena aún en los oídos de la generación siguiente, la que iba a la escuela durante la guerra. La inestimable experiencia política de esos sectores que se ven hoy aplastados por el peso de la maquinaria bélica mostrará toda su fuerza cuando la guerra enfrente, como ha de hacerlo, a las masas trabajadoras con sus gobiernos.

Socialismo o esclavitud

Nuestras tesis sobre *La guerra y la IV Internacional* (1934) decían: «La

denuncia de la naturaleza completamente reaccionaria, podrida y rapaz del capitalismo moderno; el descrédito de la democracia, el reformismo y el pacifismo; la necesidad imperiosa y urgente que tiene el proletariado de hallar una salida para el desastre que se avecina, colocan con nuevo vigor a la revolución internacional al orden del día con fuerza redoblada».

Hoy ya no se trata, a diferencia del siglo XIX, de limitarse a asegurar un desarrollo más rápido y saneado de la vida económica. Hoy se trata de salvar a la Humanidad del suicidio. Lo que siega la hierba ante los pies de los Partidos oportunistas es precisamente lo agudo de la crisis histórica. Por el contrario, el Partido de la revolución halla una fuente inagotable de esfuerzo al saber que esa crisis se debe a una necesidad histórica inexorable.

Además, es impermisible colocar en un mismo plano a la vanguardia revolucionaria actual y a los internacionalistas aislados que hacían oír su voz al comienzo de la última guerra. Tan sólo el Partido de los bolcheviques rusos representaba una fuerza revolucionaria por aquel entonces. Y aun así, su inmensa mayoría, con la excepción de un puñado de emigrados agrupados en torno a Lenin, no logró librarse de su estrechez de miras nacionalista y elevarse a la perspectiva de la revolución mundial.

La IV Internacional aventaja infinitamente en número y especialmente en preparación a sus predecesores de comienzos de la guerra pasada. La IV Internacional es la heredera directa de la flor del bolchevismo. La IV Internacional ha absorbido la tradición de la Revolución de Octubre y ha elaborado teóricamente la experiencia del rico período histórico de entreguerras. La IV Internacional cree en sí misma y en su futuro.

Las guerras, recordémoslo, aceleran extraordinariamente el desarrollo político. Las grandes empresas que ayer parecían estar a muchos años, si no decenios, de distancia pueden plantearse abiertamente en los próximos dos o tres años, si no antes. Los programas hechos para las condiciones habituales de paz quedarán necesariamente sobrepasados. Por el contrario, el programa de transición de la IV Internacional, tan «irreal» para los políticos miopes, revelará toda su importancia en el proceso de movilización de las masas para la conquista del poder estatal.

Al comienzo de la nueva revolución, los oportunistas volverán a intentar, como hace un cuarto de siglo, convencer a los obreros de que es imposible

construir el socialismo sobre las ruinas y la desolación. ¡Como si el proletariado pudiera escoger! Hay que construir sobre los cimientos que nos da la Historia. La Revolución rusa demostró que el poder obrero puede sacar a un país atrasado de la más negra miseria. Tanto mayores serán los milagros que realizará el proletariado de los países avanzados. La guerra destruye las estructuras básicas, los ferrocarriles, las fábricas, las minas; pero no puede destruir la tecnología, la ciencia, los conocimientos. Tras levantar su propio estado, el proletariado, por medio de la organización correcta de sus propias filas, de la utilización de las fuerzas productivas legadas por el régimen burgués, y de la planificación de la producción de acuerdo con un plan de conjunto, no sólo renovará en unos pocos años todo cuanto haya destruido la guerra, sino que sentará las condiciones para un extraordinario florecimiento cultural basado en la solidaridad.

¿Qué hacer?

La Conferencia Extraordinaria de la IV Internacional lanza este manifiesto en un momento en que los ejércitos alemanes, tras de haber ocupado Holanda y Bélgica y haber aplastado la inicial resistencia aliada, se dirigen como una marea de fuego hacia París y al canal de la Mancha. En Berlín se aceleran los preparativos para la celebración de la victoria. En el campo de los aliados la alarma raya en el pánico. No es éste el momento de embarcarse en especulaciones estratégicas sobre las próximas fases de la guerra. La tremenda superioridad de Hitler está imponiendo su sello a la fisonomía política del mundo entero.

«¿No está la clase obrera obligada en las circunstancias actuales a defender a las democracias en su lucha contra el fascismo alemán?» Así es como plantean el problema amplios círculos pequeñoburgueses para los que el proletariado no es más que un instrumento a usar en favor de esta o aquella fracción burguesa. Rechazamos enérgicamente esa actitud. Naturalmente que existen diferencias entre los regímenes políticos de la sociedad burguesa. También hay diferencia en la comodidad que ofrecen los vagones de un tren.

Pero cuando el tren entero se despeña hacia el abismo, la distinción entre democracia decadente y fascismo asesino se difumina ante el colapso del sistema capitalista en su conjunto.

Con sus victorias y bestialidades, Hitler provoca el justo odio de los obreros de todo el mundo. Pero entre este odio legítimo y la ayuda a sus debilitados pero no menos reaccionarios enemigos hay un abismo infranqueable. La victoria de los imperialistas ingleses o franceses no sería menos inquietante para la suerte de la Humanidad que la de Hitler y Mussolini. La democracia burguesa no puede salvarse. Ayudando a su propia burguesía contra el fascismo extranjero, los trabajadores acelerarían la victoria del fascismo en su propio país. La tarea que la historia nos impone no es la de defender a una fracción del sistema imperialista contra otra, sino la de terminar con el sistema en su conjunto.

Los obreros deben aprender el arte militar

La militarización de las masas se intensifica de día en día. Rechazamos la grotesca idea de terminar con ella por medio de vacías consignas pacifistas. Todas las grandes cuestiones de la próxima época se van a decidir con las armas en la mano. Los trabajadores no deben tener miedo de las armas. Han de aprender a utilizarlas. Los revolucionarios no se separan del pueblo ni en la paz ni en la guerra. Un bolchevique trata de ser no sólo el mejor sindicalista, sino también el mejor soldado.

No estamos dispuestos a permitir que la burguesía lleve en el último minuto soldados sin instrucción o a medio instruir a los campos de batalla. Exigimos que el Estado dé la posibilidad a trabajadores y parados de aprender el manejo del fusil, la granada de mano, la ametralladora, el cañón, el avión, el submarino y todas las demás armas de guerra. Hay que poner en pie escuelas militares especiales en conexión con los sindicatos para que los obreros puedan convertirse en especialistas del arte militar, capaces de cubrir puestos de mando.

¡Ésta no es nuestra guerra!

Al tiempo, no olvidamos ni por un instante que ésta no es nuestra guerra. A diferencia de la II y de la III Internacional, la IV Internacional basa su política no en los éxitos militares de los Estados capitalistas, sino en la transformación de la guerra imperialista en una guerra de los obreros contra los patronos, en el derrocamiento de las clases dominantes de todos los países, en la revolución socialista mundial. Los cambios en los campos de batalla, la destrucción del capital nacional, la ocupación de territorios, la desaparición de algunos Estados no son, desde esta perspectiva, más que trágicos acontecimientos en la marcha hacia la reconstrucción de la sociedad moderna.

Con independencia del curso de la guerra, nosotros cumpliremos nuestras propias tareas; explicaremos a los obreros la irreconciliabilidad entre sus intereses y los del capitalismo sanguinario; movilizaremos a los trabajadores contra el imperialismo; haremos propaganda en favor de la unidad obrera en todos los países, beligerantes y neutrales; llamaremos a la confraternización entre los obreros y soldados de cada país con los obreros y soldados del campo opuesto; movilizaremos a mujeres y jóvenes en contra de la guerra; prepararemos la revolución con constancia, con persistencia, incansablemente, en fábricas y fundiciones, en los pueblos, en los cuarteles, en el frente, en la flota.

Éste es nuestro programa. Proletarios del mundo: ¡no hay más solución que la unidad bajo la bandera de la IV Internacional!



LEON TROTSKY (Lev Davidovich Bronstein; Yanovka, Ucrania, 1877 - Coyoacán, México, 1940). Revolucionario ruso. Nació en una familia judía de labradores propietarios y estudió Derecho en la Universidad de Odessa. Participó desde joven en la oposición clandestina contra el régimen autocrático de los zares, organizando una Liga Obrera del Sur de Rusia (1897).

Fue detenido varias veces y desterrado a Siberia; pero consiguió huir de allí en 1902 y se unió en Londres al que ya aparecía como jefe de la oposición socialdemócrata en el exilio: Lenin. Aunque discrepaba de su concepción autoritaria del partido, colaboró con él e intentó en vano reconciliar a la facción que dirigía (los bolcheviques) con la facción rival de la socialdemocracia rusa (los mencheviques).

Regresó a Rusia para participar en la Revolución de 1905 (en la cual organizó el primer sóviet o consejo revolucionario). Al fracasar la revolución, fue deportado otra vez a Siberia y nuevamente se escapó (1906). Tras recorrer medio mundo entrando en contacto con los focos de conspiradores revolucionarios, se trasladó a Rusia en cuanto estalló la Revolución de

febrero de 1917, que derrocó a Nicolás II.

Abandonando su trayectoria anterior de socialista independiente (en relación con los mencheviques), puso su talento de organizador y de agitador al servicio del Partido Bolchevique y fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. Desempeñó un papel central en la conquista del poder por Lenin: fue el principal responsable de la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques, que instauró el régimen comunista en Rusia (Revolución de octubre de 1917).

Aunque Lenin ocupó la cúspide del poder, Trotski desempeñó un papel crucial en el gobierno soviético hasta la muerte de aquél. Como primer comisario de Asuntos Exteriores de la Rusia bolchevique (1917-18), negoció con los alemanes la Paz de Brest-Litovsk, que retiró al país de la Primera Guerra Mundial para responder a los deseos de paz de las masas y concentrarse en la consolidación de la Revolución. Luego fue comisario de Guerra (1918-25), cargo desde el cual organizó el Ejército Rojo en condiciones muy difíciles y derrotó en una larga guerra civil a los llamados ejércitos blancos (contrarrevolucionarios) y a sus aliados occidentales (1918-20). Su labor fue, por tanto, crucial para la supervivencia del primer Estado comunista del mundo.

Lenin le señaló como su sucesor antes de morir en 1924; pero la ambición de Stalin, que contaba con fuertes apoyos en el aparato del partido, le impidió acceder al poder. Trotski defendía la idea de la «revolución permanente» como vía de realización de los ideales marxista-leninistas (extendiendo gradualmente la Revolución a Alemania y a otros países); mientras que Stalin le opuso la concepción más conservadora de consolidar el «socialismo en un solo país». Las diferencias ideológicas, sin embargo, eran poco más que un pretexto para Stalin, que maniobró hábilmente en busca de aliados y después se deshizo de ellos (incluso físicamente); con estas maniobras consiguió apartar a Trotski de la dirección en 1925, expulsarle del partido en 1927, deportarle a Kazajistán en 1928 y desterrarle del país en 1929.

Trotski no cejó en su lucha revolucionaria, que canalizó desde el exilio escribiendo en defensa de sus ideas (obras como *La revolución permanente*,

1930; o la *Historia de la Revolución Rusa*, 1932) y encabezando una corriente comunista disidente (agrupada en la Cuarta Internacional desde 1938). Stalin le hizo asesinar por un agente soviético (Ramón Mercader).

Notas

[1] *New Deal* es el nombre del plan con que la Administración de Franklin D. Roosevelt (1882-1945, presidente de los Estados Unidos desde 1932 hasta su muerte) trató de resolver los graves problemas económicos creados por la Gran Depresión de 1929, así como los políticos planteados por la radicalización de la clase obrera. La administración Roosevelt llevó a cabo varios proyectos de recuperación y otras reformas legislativas como el *National Recovery Act* (N. R. A.). El reformismo del *New Deal* permitió a la clase capitalista conceder en apariencia algunos derechos a los obreros, aunque en realidad no hacía más que recortarlos profundamente. En 1936, el P. C. de los EE. UU. apoyó a Roosevelt, en una versión americana de la táctica frentepopulista, contribuyendo a canalizar el movimiento obrero hacia el Partido demócrata precisamente en un momento en que la idea de un partido obrero independiente se extendía considerablemente. <<

[2] El Frente Popular o la táctica frentepopulista fue el bandazo derechista de la Internacional Comunista en 1935: política de coaliciones gubernamentales entre partidos obreros y partidos capitalistas liberales, o democráticos. En 1936, en Francia, el gobierno del Frente Popular fue elegido en el momento álgido de un proceso de radicalización acompañado de ocupaciones y otras acciones militantes. León Blum, miembro del Partido Socialista francés, fue el primer ministro durante este corto período de gobierno. Mantuvo una actitud de rompehuelgas cara a la clase obrera francesa y se negó a ayudar a los obreros y campesinos españoles en un momento clave para sus malogrados intentos de resistir el golpe militar de Franco. <<

[3] C.I.O., *Congress of Industrial Organisations* (*Congreso de Organizaciones Industriales*): Surgió originariamente de un Comité constituido en el seno de la Federación Americana del Trabajo (A. F. L.: American Federation of Labor). Los dirigentes conservadores de la A. F. L. se negaron a atender la petición de crear nuevas organizaciones que representaran a los trabajadores radicalizados de las fábricas; en 1938 expulsaron a los sindicatos de la C.I.O., forzándolos a crear su propia organización nacional. Después de una serie de conversaciones tendentes a la unificación, la A. F. L. y la C.I.O. se fusionaron en el año 1955. <<

[4] Nombre abreviado de la III Internacional o Internacional Comunista fundada como alternativa revolucionaria a la II Internacional en 1919 bajo la dirección de Lenin y liquidada en 1943 por Stalin como arras de su alianza con las democracias imperialistas contra Hitler. Precisamente había sido la llegada de Hitler al poder, tras la desastrosa política del P. C. alemán y su aprobación por la Komintern estalinista, lo que había convencido a Trotsky y a la Oposición de izquierda internacional de la bancarrota de la III Internacional y de la necesidad de construir la IV Internacional, fundada en 1938. <<

[5] El gorro frigio es un símbolo del republicanismo francés y de revolución de 1789. La svástica es un viejo símbolo germánico recuperado por los nazis.

<<

[6] Véase nota 2. <<

[7] Nombre con el que los miembros de la Oposición de izquierda se designaban a sí mismos para resaltar su doble fidelidad al bolchevismo y a Lenin frente a las calumnias estalinistas. <<

[8] *America's sixty families* («Las sesenta familias de América») es un libro de Ferdinand Lundberg en el que se describía a la aristocracia financiera americana, acaudillada por sesenta familias de inmensa fortuna. La denominación de «las 200 familias» se ha empleado tradicionalmente para designar a sus equivalentes franceses. <<

[9] Nombre popular de la Federación Sindical Internacional, bajo hegemonía socialdemócrata, que renació en 1919, con sede en Amsterdam. <<

[10] *Ernst Thaelmann* (1889-1944 ó 1945), dirigente del P.C. alemán, puso en práctica sin crítica alguna la desastrosa política del «tercer período» tras el VI Congreso de la Komintern en 1928. De 1929 a 1933, bajo la teoría del «socialfascismo», el P. C. alemán favoreció la política de división de la clase obrera que la socialdemocracia fomentaba a su manera y que abrió las puertas para que Hitler derrotase, sin disparar un solo tiro a la clase obrera mejor organizada de Europa occidental. Thaelmann fue capturado por los nazis en 1933 cuando se disponía a abandonar el país y murió en un campo de concentración durante la guerra. <<

[11] Ministro de Propaganda nazi desde 1933 hasta la derrota del III Reich. <<

[12] Nombre del experimento democrático-burgués en Alemania desde 1919 hasta 1933. La República de Weimar, auspiciada por la socialdemocracia alemana para hacer frente a la inminente revolución socialista habría de sucumbir ante la contrarrevolución fascista de Hitler en 1933, aplastando en su caída a sus creadores. <<

[13] En agosto de 1936, enero de 1937 y marzo de 1938, en medio de las víctimas del gran terror estalinista que no alcanzaron tanta notoriedad, se celebraron en Moscú tres grandes procesos contra «el centro terrorista trotskista-zinovievista», contra «el centro trotskista antisoviético» y contra «el bloque antisoviético de derechistas y trotskistas», respectivamente. En estos procesos fue acusada, juzgada, condenada y habitualmente ejecutada la mayor parte de la vieja guardia bolchevique, de los hombres que, junto a Lenin, habían hecho la Revolución de Octubre. Zinoviev, Kamenev, Evdokimov, Smirnov (en el primer proceso), Piatakov, Radek, Serebriakov (en el segundo), Bujarin, Rykov, Krestinsky (en el tercero), son, entre otros, algunos de los nombres más destacados de los acusados que aparecieron en los procesos. Ausente, pero principal blanco de todas las acusaciones, León Trotsky, al que Stalin mandaría asesinar en 1940. <<

[14] Termidor fue el mes en que los jacobinos franceses, dirigidos por Robespierre, fueron derrocados por una fracción derechista y reaccionaria que, sin embargo, no llegó a restaurar el régimen feudal. Trotsky utilizó el término por analogía para designarla toma de poder por la burocracia estalinista en el seno del Estado obrero, sin por ello llegar a restaurar el capitalismo. <<

[15] Reiss era un agente de la G. P. U. (policía secreta estalinista) que rompió con Stalin en el verano de 1937 y se unió a los partidarios de la IV Internacional. Fue asesinado cerca de Lausana (Suiza) el 4 de septiembre de 1937 por agentes de la G. P. U. <<

[16] Butenko fue un diplomático estalinista que se pasó al fascismo y anunció en Roma que representaba una amplia corriente fascista existente en la U.R.S.S. <<

[17] Nombre con que se conoce a la fracción del Partido bolchevique encabezada por Bujarin desde el final de los años 20. <<

[18] El Buró de Londres era una asociación de partidos centristas no afiliados ni a la II ni a la III Internacional, pero opuestos a la creación de la IV. Pertenecían a ella el Independent Labour Party (Partido Laborista Independiente), de Gran Bretaña, el P.O.U.M. español, la S. A. P. alemana y el P. S. O. P. francés. <<

[1] *James P Cannon* (1890-1976), organizador del I. W. W. (Trabajadores Industriales del Mundo), líder del ala izquierda del Partido Socialista y fundador del Partido Comunista de EE. UU. Se unió a Trotsky y a la Oposición de izquierda tras su presencia, como delegado, en el VI Congreso de la Internacional Comunista celebrado en Moscú en 1928. Expulsado del Partido Comunista, fue dirigente, desde su creación, de la Liga Comunista de EE. UU. (Oposición de izquierda en los EE. UU.), del S.W.P. (Partido Socialista Obrero) y de la IV Internacional. <<

[2] *L.L.N.P. (Liga Laborista no Partidista)*: Creada en 2 de abril de 1936 por dirigentes de la C.I.O. Aunque fue presentada como un importante paso hacia una acción política independiente, su principal cometido fue suministrar a la C.I.O. un aparato que apoyara a Roosevelt y al Partido demócrata en las futuras elecciones presidenciales. George Berry, dirigente de la Unión de Trabajadores Gráficos de la A. F. L., era su presidente, pero sus miembros más conocidos fueron el responsable de cuestiones organizativas, John L. Lewis, dirigente de la C.I.O., y el tesorero Sidney Hillman, dirigente de la Unión de Trabajadores del Textil de la C. I.O. A la L.L.N.P. se afiliaron cincuenta y nueve sindicatos interestatales, en su mayoría integrados en la C.I.O. Después de las elecciones de 1940 (en las que Lewis apoyó al Partido republicano, mientras que el grueso de los dirigentes sindicales de la C.I.O. apoyaron a los demócratas), la L.L.N.P. entró en declive. El grupo de Lewis siguió controlando el aparato de la L.L.N.P. y formalmente ha seguido existiendo de forma nominal, hasta hoy, aunque en la actualidad no es más que un departamento Político del «lobby» de la Unión de Mineros. <<

[3] *C.I.O., Congress of Industrial Organisations (Congreso de Organizaciones Industriales).* <<

[4] *Republican-Fusion*: Coalición política creada en Nueva York para las elecciones municipales de 1933. Combinaba el ala «progresista» del Partido republicano en la localidad —encabezada por el congresista Fiorello H. La Guardia—, con un Partido de fusión de Nueva York compuesto por antiguos socialdemócratas y fuerzas partidarias de un «buen gobierno». Este último grupo apareció a raíz de la publicidad que alcanzó la corrupción de la administración local desde Tammany Hall, sede del aparato del Partido demócrata. <<

[5] *Partido Campesino-Laborista* (Farmer-Labor Party): A partir de la Primera Guerra Mundial aparecieron en el seno de los sindicatos numerosos núcleos locales dispuestos a formar un partido obrero. El más importante estaba encabezado por la Federación del Trabajo de Chicago, que había sido precursora en la canalización del gran ímpetu organizativo y de las huelgas en las industrias cárnicas y del metal. A finales de 1919, estos núcleos se agruparon en Chicago creando un Partido laborista nacional que más tarde adoptaría el nombre de Partido Campesino-Laborista, con objeto de ganar el apoyo de los campesinos. <<

[6] *Sindicatos trotskistas*: En 1934, los transportistas de Minneápolis ganaron una batalla organizativa muy reñida, obteniendo su reconocimiento sindical en una ciudad que antes no había admitido a trabajadores sindicados. A raíz de esta victoria, también obtuvieron respetabilidad y un amplio apoyo del movimiento obrero de todo el país, porque amplios sectores reconocieron que estas huelgas se habrían saldado sin éxito de no ser por la dirección de los trotskistas. Los miembros de la Liga Comunista fueron elegidos para los puestos clave del sindicato de transportistas y de otros sindicatos de la región de Minneápolis. Para mayor información sobre cómo se ganaron las huelgas de 1934, véase la obra de un testigo presencial, *Teamster Rebellion*, de Farrell Dobbs (Monad Press, año 1972). <<

[7] *Vincent Raymond Dunne* (1890-1970) fue uno de los 18 acusados de la causa contra los obreros de Minneapolis, primera aplicación de la famosa Ley Smith por el Gobierno de EE. UU. En este proceso, que comenzó en 1941, 28 de los miembros del S.W.P. fueron procesados por su actividad antiguerra y laboral. Dunne, uno de los fundadores del movimiento trotskista en los EE. UU., fue uno de los dirigentes de las huelgas de los camioneros de Minneapolis. Militó activamente hasta su muerte en el S.W.P. de Minneapolis. <<

[8] *S.W.P.-Socialist Workers Party*, Partido Socialista de los Trabajadores.
Partido trotskista en los EE. UU. <<

[9] *John L. Lewis* (1880-1969) fue presidente de United Mine Workers (sindicato de mineros) desde 1920 hasta 1960 y principal fundador y dirigente de la C.I.O. desde sus comienzos en 1935 hasta su cese en 1940. *Sidney Hillman* (1877-1960) fue presidente de Amalgamated Clothing Workers (sindicato del textil). En el momento en que tuvieron lugar estas discusiones era el segundo dirigente en importancia de la C.I.O. <<

[10] *Pleno*. Sesión plenaria del Comité Nacional del Partido Socialista de los Trabajadores. Este Comité es el órgano máximo entre congresos. <<

[11] *Max Schachtman* (1903-1972) fue uno de los fundadores de la Liga Comunista de EE. UU., del S.W.P. y de la IV Internacional. También ha editado diversos libros y folletos de Trotsky. Después de romper en 1940 con el S.W.P. sobre el tema de la defensa de la U.R.S.S., formó el Partido de los Trabajadores, que recibió más tarde el nombre de Liga Socialista Independiente, que en 1958 fue llevada por Schachtman a integrarse en el Partido Socialista. <<

[12] Partido Laborista de Nueva York. El Partido Laborista americano fue creado en julio de 1936 en el Estado de Nueva York con objeto de prepararse para las elecciones presidenciales de ese otoño. Su política consistía en incluir en su candidatura a los principales candidatos del ala Roosevelt en el Partido Demócrata y de la coalición local Republican-Fusion encabezada por el alcalde La Guardia. El Partido Laborista americano estaba formado principalmente por dirigentes del sindicato de trabajadores de la confección y fue creado como una maniobra para canalizar a favor de Roosevelt y La Guardia los votos de los trabajadores de la confección, de inclinación socialista, que tradicionalmente se negaban a votar por un partido capitalista.

<<

[13] *Samuel Gompers* (1850-1924) fue presidente de la A.F.L. (Federación Americana del Trabajo) de 1886 a 1924, salvo un intervalo de dos años en la década de 1890. Era un conservador, antisocialista y sindicalista de industrias artesanales. Su línea política para la A.F.L. consistía en no respaldar a ningún partido capitalista, pero sí apoyar a candidatos determinados en una elección; es decir: «premia a tus amigos y castiga a tus enemigos». <<

[¹⁴] *Liga*. Era la Liga Comunista de EE. UU., el nombre de la organización trotskista desde 1929 hasta 1934. <<

[15] *John Pepper* era el seudónimo de un húngaro que desempeñó un papel contrarrevolucionario en la revolución húngara y después se unió a los comunistas. Fue uno de los líderes del «grupo ultraizquierdista» que se opuso a Lenin y Trotsky en el III Congreso de la I. C., fue apartado del Partido húngaro por llevar a cabo labor fraccional y enviado a EE. UU. Ahí formó una fracción con Ruthenberg y fue el mentor de Lovestone. Pepper fue el artífice de la línea de intervención del P.C. en el Partido Campesino-Laborista y del coqueteo en 1924 con el «tercer partido» de La Follette. Fue violentamente contrario a la oposición de izquierda, finalmente partidario de Bujarin y después expulsado de la I.

C.

Puesto que Trotsky había polemizado contra la línea de Pepper en la I. C. y dado que Cannon, Dunne y Schachtman, que se hicieron más tarde trotskistas, se habían opuesto a la política y a la fracción de Pepper en el P.C. de EE. UU., la alusión a él como «nuestro común amigo» es irónica. <<

[16] *The Analyst*: Revista de economía, comercio y finanzas. Comenzó a publicarse en 1913 y dejó de aparecer en 1940. <<

[17] ... *estado de cosas en Jersey*. Referencia a la situación en Jersey City, donde la corrompida administración local del alcalde del Partido Demócrata, Frank Hague, hizo uso del poder gubernamental y de la violencia policial, además de pistoleros a sueldo de la patronal, para impedir que la C.I.O. se organizara. Los piquetes estaban prohibidos y los distribuidores de panfletos sindicales eran encarcelados o expulsados de la ciudad. Hague hizo la conocida afirmación de «yo soy la ley» cuando se le acusaba de privar a los sindicalistas de sus más elementales derechos civiles garantizados por la ley.

<<

[18] *Lewis + Green + La Follette* (para *John Lewis* véase la nota 9). William Green (1873-1952), presidente de la A.F.L. desde la muerte de Gompers en 1924 hasta su propia muerte. Sindicalista conservador. Robert M. La Follette, Jr. (1895-1953), perteneciente a la famosa dinastía republicano-progresista de Wisconsin; hijo de Robert M. La Follette que había participado como candidato progresista en las elecciones presidenciales de 1924; por esas fechas, el joven Robert La Follette fue senador. A finales de abril de 1938, su hermano Philip La Follette, entonces gobernador de Wisconsin, había hecho un llamamiento a favor de un nuevo Partido progresista. <<

[19] *Ficrello H. La Guardia* (1882-1947) fue congresista republicano por Nueva York entre 1917-1933, salvo en una legislatura de la primera mitad de los años 20, y el alcalde de Nueva York en 1934-45. <<

[20] Seguidores de Lovestone. Jay Lovestone, secretario del Partido Comunista de EE. UU., había encabezado una fracción derechista en el Partido. A nivel internacional se alineaba con Bujarin, que por aquel entonces formaba bloque con Stalin. Consecuentemente, en 1928 Lovestone expulsó del Partido a los trotskistas americanos; pero cuando Stalin se enfrentó, en 1929, con sus aliados derechistas, Lovestone fue desplazado sumariamente de la dirección y expulsado. El grupo de Lovestone mantuvo una existencia organizativa independiente hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, fecha en que se disolvió. Posteriormente, Lovestone se puso al servicio de la burocracia sindical de EE. UU. como experto anticomunista, convirtiéndose en el principal consejero de política exterior del presidente de la A.F.L.—C.I.O., George Meany. <<

[21] *Enmienda Ludlow*. Enmienda propuesta a la Constitución reclamando que toda declaración de guerra fuera respaldada por un referéndum popular. Adoptó el nombre del congresista Louis Ludlow, de Indiana, que fue el primero en pasar la resolución al Congreso. Volvió a presentarla al Congreso en 1937, mientras el senador La Follette presentaba una resolución similar en el Senado. El Congreso rechazó la enmienda Ludlow el 10 de enero de 1938. Antes, durante esa misma semana, una encuesta Gallup evidenció que un 72 por 100 de los americanos estaban a favor de la enmienda. El S.W.P. consideró que la enmienda Ludlow encajaba en su Programa de Transición y utilizando la consigna «Que el pueblo vote sobre la guerra», desarrolló una campaña agitativa a favor del referéndum popular. <<

[22] *¿A dónde va Francia?* Obra de Trotsky sobre los acontecimientos que se produjeron en Francia entre 1934-1936. En los artículos que aparecen en el libro describe la crisis social francesa de los años treinta, el Gobierno bonapartista de Doumergue en 1934 y el Gobierno del Frente Popular en 1936. Trotsky se oponía al frente populismo y llamaba a la creación de soviets como parte de un programa de acción que posibilitase la victoria de la revolución socialista. <<

[23] *Bimetalismo* es un sistema monetario basado en un patrón de dos metales, por regla general, oro y plata. El bimetalismo fue adoptado formalmente por EE. UU. en 1972, aunque el sistema monetario era monometálico. El movimiento populista agitó a finales del siglo pasado por el patrón-plata, pero en 1900 fue aprobada la ley sobre el patrón-oro. <<

[24] *Impuesto único* es un concepto asociado al nombre de Henry George (1839-1897), un periodista, economista y político reformista americano. Propuso que el Estado nacional recogiera fondos en base al impuesto único sobre la renta de la tierra. <<

[25] *Blanquistas*: Seguidores de Louis-August Blanqui (1805-1881), que suscriben la teoría de la insurrección armada emprendida por pequeños grupos de conspiradores seleccionados y adiestrados, frente a la teoría marxista de la acción de masas. El propio Blanqui participó en todas las insurrecciones francesas desde 1830, pasando por la comuna de París. Estuvo en prisión treinta y tres de sus setenta y seis años de vida. <<

[26] *El talón de hierro* es la más notable de las novelas socialistas de Jack London. Escrita en 1906 y publicada a principios de 1908. Pavorosamente profética en su descripción de las insurrecciones obreras y del fascismo. El argumento de la novela es el descubrimiento y publicación en el cuarto siglo de la era socialista de un documento inacabado, escrito en 1932, que describe el aplastamiento del movimiento obrero americano y de las libertades durante el período 1912-1932, por lo que hoy llamaríamos un régimen fascista. En 1932, cuando de repente termina el manuscrito, el régimen fascista conocido como «El talón de hierro» ha aplastado el primer levantamiento de los obreros. Pero secretamente se está planeando otro. <<

[27] *Partido Radical Socialista*: Principal Partido capitalista en Francia durante el período de entreguerra. No era ni radical ni socialista. Era un partido capitalista liberal, más o menos comparable al Partido Demócrata de los EE. UU., con la diferencia de que poseía una tradición anticlerical y era un baluarte de la masonería. <<

[28] *Carl Skoglund* (1884-1961), presidente de la local 544 de transportistas de Minneapolis (1938-1961), llegó a EE. UU. desde Suecia en 1911. Skoglund se adhirió al Partido Socialista en 1914 y se convirtió en un líder del ala izquierda de la Federación Escandinava. Fue uno de los fundadores del Partido Comunista en 1920. Después de su expulsión en 1928, se unió a la Liga Comunista de EE. UU. y posteriormente fue uno de los fundadores del S.W.P. <<

[¹] Publicado en *The Socialist Appeal*, 29 de junio de 1940. El manifiesto fue aprobado por la Conferencia Extraordinaria de la IV Internacional (Nueva York, 19-26 de mayo de 1940). <<

[2] Abisinia (Etiopía) y Albania habían sido ocupadas respectivamente por Italia en 1935 y 1939. China había sido invadida por primera vez en 1931 y posteriormente en 1937 por el Japón. <<

[3] Política defendida por el presidente yanqui Franklin D. Roosevelt, que mantenía que los USA no volverían a recurrir a invasiones armadas en América Latina y el Caribe. Su política sería actuar como un «buen vecino».

<<

[4] La Vendée es una provincia del sudoeste de Francia que sirvió de base al sentimiento contrarrevolucionario durante la Revolución francesa. <<

[5] Amigo de Stalin desde 1910. Dirigió la ocupación de Polonia oriental en 1939 y parte de las operaciones en Finlandia (1939-40). Nombrado mariscal en 1940, sustituyó a Vorochilov como ministro de Defensa ese mismo año.

<<

[6] Las dos principales organizaciones burguesas de la India, que se oponían al dominio inglés. El National Congress se convirtió en el principal partido de la India tras la independencia, en tanto que la Liga Musulmana se convirtió en la fuerza principal del Pakistán tras su separación de la India. <<

[7] Esta teoría, fruto de Stalin, mantenía que socialdemócratas y fascistas no son opuestos, sino gemelos. Como los socialdemócratas son una variedad del fascismo y como todo el mundo, excepto los estalinistas, era fascista, era impermisible para los estalinistas llevar una política de frente único contra los verdaderos fascistas. Ninguna otra teoría hubiera podido ser de más utilidad para Hitler en los años anteriores a su conquista del poder. En 1934 los estalinistas acabaron por abandonar la teoría y pronto se pusieron a cortejar no sólo a los socialdemócratas, sino también a políticos capitalistas como Roosevelt y Daladier. En esta alusión, Trotsky acentúa la ironía de que los estalinistas, cuyo sectarismo al negarse a colaborar con otras organizaciones obreras de 1928 a 1934 se basaba en que todas las organizaciones no estalinistas eran «socialfascistas» acabasen por convertirse en defensores acrílicos de la Alemania nazi durante el pacto Hitler-Stalin. <<

[8] La política del Kremlin para con Hitler experimentó un súbito giro en junio de 1941, tras la invasión de la U.R.S.S. por los ejércitos del III Reich.

<<

[9] *Sidney Webb* (1859-1947) fue uno de los fundadores de la Fabian Society. Fue ministro de colonias (1929-31) y de dominios (1929-30) británicos. *Marius Moutet* fue el ministro socialista de colonias en el Gobierno del Frente Popular en 1938 y fue responsable del encarcelamiento de Ta Thu Thau, dirigente de los trotskistas indochinos. <<

[10] Estalinista, dirigente de la Confederación del Trabajo de Méjico. Participó activamente en la campaña de calumnias de los estalinistas mejicanos contra Trotsky, que éste estaba convencido de que era una maniobra para preparar a la opinión pública ante un eventual asesinato, como de hecho se produjo. <<

[11] Presidente de Checoslovaquia en 1935. Dimitió en octubre de 1938, tras la ocupación de los Sudetes por los nazis. Fue reelegido presidente en 1946 y se suicidó cuando el P.C. toreó el poder en Checoslovaquia en 1948. <<